

Friedrich Dürrenmatt

La promesa

Réquiem por la novela policíaca



"Muy a menudo es la pura suerte o el azar lo que decide la partida a favor o en contra nuestro"



Lectulandia

Nos encontramos en Suiza, en el cantón de Zurich. Gritli Moser aparece asesinada en el bosque. Era sólo una niña con un vestido rojo. Sus padres la habían enviado a visitar a su abuela. El comisario Matthäi promete encontrar al asesino, sin pensar que con esa promesa está condicionando su entera existencia. Pero la tarea de los detectives no es nunca tan sencilla como lo plantean las novelas, y en el camino de Matthäi aparecen un buhonero, un policía arribista, un dibujo, un psiquiatra, un viaje frustrado a Jordania y hasta un gigante, pero lo que no aparece es el hilo rojo que conduce a la solución del enigma. ¿Acaso el mundo es puro azar y, cuando creemos haber encontrado un orden lógico, se trata sólo de un espejismo? ¿O es simplemente que la estupidez humana no atiende a razones?

Esta novela fue publicada en 1958, cuando Dürrenmatt se hallaba en la cúspide de su carrera literaria. Cruel y mordaz, sórdida e irónica, *La promesa*, fue en un principio un encargo que se hizo al autor para rodar la inquietante y excelente película *El cebo* de Ladislao Vajda en 1958.

Lectulandia

Friedrich Dürrenmatt

La promesa

Réquiem por la novela policíaca

ePub r1.2

Titivillus 05.08.15

Título original: *Das versprechen*
Friedrich Dürrenmatt, 1957
Traducción: Xandru Fernández
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
(r1.1) Corrección en content.opf: dekisi
(r1.2) Corrección de erratas: Astennu
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

DENTRO DEL RELOJ DE CUCO

Son conocidas las líneas que Orson Welles introdujo en el guión de *El tercer hombre*: «En Italia, durante treinta años bajo los Borgia, tuvieron guerras, terror, asesinatos y derramamiento de sangre, pero también tuvieron a Miguel Ángel, Leonardo Da Vinci y el Renacimiento. En Suiza, tuvieron amor fraternal, tuvieron quinientos años de democracia y paz. ¿Y cuál fue el resultado? El reloj de cuco»^[*].

Sabemos que Friedrich Dürrenmatt compartía, al menos en parte, el diagnóstico de Welles. Al igual que H., el cínico narrador de *La promesa*, Dürrenmatt parece hasta tal punto asqueado de un Estado tan sumamente organizado que procura garantizarse a sí mismo un entorno de desorden donde pensar. La práctica totalidad de su obra dramática gira en torno al equívoco fundacional de una civilización presa de pulsiones de muerte y voluntades de poder tan anárquicas como indispensables para el sostenimiento de la maquinaria estatal. A diferencia del otro gran dramaturgo suizo del siglo xx, Max Frisch, Dürrenmatt jamás se apasiona con ninguno de los ideales humanos. El origen de esta novela, *La promesa*, es un ejemplo.

En 1957, Dürrenmatt recibió el encargo de escribir un relato, susceptible de convertirse en película, sobre un tema de interés cívico: las agresiones sexuales contra niños. Lo hizo: desarrolló una trama detectivesca a partir del descubrimiento del cadáver de una niña y a través de las vicisitudes de la investigación policial. Ese primer borrador de *La promesa* fue llevado a la pantalla bajo la dirección de Ladislao Vajda. La película, una coproducción hispano-suiza, se tituló *El cebo (Es geschah am hellichten Tag)*. Pero Dürrenmatt no se detuvo ahí. Siguió escribiendo. «Me interesa dejar claro», escribiría algún tiempo después, «que la película se corresponde en lo esencial a mi intención», no obstante lo cual la novela transcurre por otros derroteros: «una vez acabado el guión, yo seguí trabajando en mi historia. Retomé la fábula otra vez y me la replanteé desde otro punto de vista, ya no tan pedagógico. En cierto sentido, el tema del detective fracasado se convirtió en una crítica de una de las estructuras típicas del siglo xx, lo que me alejó necesariamente del propósito original de la película como trabajo de equipo».

El núcleo de la novela, al igual que el de la película, lo constituye el hallazgo del cadáver de una niña en un bosque. Una niña vestida de rojo, como Caperucita, degollada por alguna especie de Lobo Feroz que el comisario Matthäi promete encontrar y dar caza. En cierto sentido, todo transcurre en medio de una atmósfera de cuento de hadas sórdido y grotesco, y la propia investigación policial termina

plegándose a las reglas de la imaginación infantil. La lógica se tambalea bajo el peso de lo absurdo, y el más lógico de los hombres, el disciplinado y racionalista Matthäi, sufre en su propia carne los dolores del sinsentido. Matthäi experimenta algunas de las reglas que Dürrenmatt explicitó en *Los físicos* como presupuestos de su obra dramática: «La conclusión lógica de una historia se logra cuando los acontecimientos toman el peor giro posible»; «El peor giro posible de los acontecimientos no puede preverse. Se da como resultado de la casualidad»; «Cuanto mayor es la precisión con que los hombres planean sus acciones, más sorprendente es el efecto de verlos afectados por la casualidad»; por último, la escéptica lucidez del escritor consciente de la inutilidad de su obra: «Cualquier intento de una persona de resolver por sí sola un problema que concierne a todos está condenado al fracaso».

Lo que había comenzado como una obra didáctica, destinada a que la sociedad suiza tomara conciencia de un grave problema, derivó, en la novela, en un ácido comentario al pie de la página del abúlico Estado suizo. Pero Matthäi no es, ni mucho menos, un personaje alegórico, y tampoco una caricatura del funcionario ideal de la democracia ideal. Matthäi es un ser de carne y hueso, una de esas creaciones geniales de la literatura que se resisten a ser despachadas categóricamente. «Era tan tenaz e infatigable que todo lo que hacía parecía aburrirle, hasta que se vio envuelto en un caso que de repente le apasionó»: así le describe H., el cínico, el degustador de albóndigas, el Virgilio de Dürrenmatt en su viaje de invierno. Un hombre así, un perseguidor tan incansable como el comisario Matthäi, pide, más bien exige una presa a su altura, un criminal de mente prodigiosa, alguien capaz de esconderse bajo la forma de un «gigante de los erizos»: si Matthäi no cree en la culpabilidad del principal sospechoso, un torpe buhonero, es casi por motivos estéticos, y también por un elevado concepto de sí mismo.

En *La promesa* hay mucho del mejor teatro de Dürrenmatt, personajes tan fascinantes como la Clara Zochanassian de *La visita de la vieja dama*, diálogos tan ágiles como los de *Los físicos* y digresiones tan sorprendentes como aquellas de *El matrimonio del señor Mississippi* donde los cadáveres volvían a la vida para explicar al público la verdadera razón de que hubiesen muerto. Al mismo tiempo, es una estupenda novela policíaca, aunque uno de sus propósitos sea el de mofarse de la novela policíaca como tal, e incluso de la novela en general. No es exageración de prologuista, ni síndrome de Estocolmo de traductor. Digamos que lo prometo.

Xandru Fernández
Xixón, 21 de septiembre de 2008

LA PROMESA

Réquiem por la novela policíaca

El pasado mes de marzo tuve que pronunciar, ante la Sociedad Andreas-Dahinden de la ciudad de Chur^[1] una conferencia sobre el arte de escribir novelas policíacas. Llegué en tren, al anochecer, entre nubes bajas y una deprimente nevisca. Había hielo por todas partes. El evento se celebraba en el salón de la Asociación de Comerciantes. No había mucho público, puesto que aquella misma tarde, en el aula magna del instituto, disertaba Emil Staiger^[2] sobre el Goethe tardío. Nadie se encontraba en su salsa aquella noche, ni siquiera yo, y la mayoría de los asistentes abandonaron el salón antes de que mi intervención hubiese concluido. Mantuve una breve charla con algunos miembros de la junta directiva, con dos o tres profesores de instituto que también habrían preferido al Goethe tardío, así como con una caritativa señora, presidenta honorífica de la Asociación de Empleadas del Hogar de la Suiza Oriental, y luego me retiré, una vez cobrados mis honorarios y mis dietas de viaje, al hotel Steinbock, cerca de la estación, donde me habían proporcionado alojamiento. Pero también aquí desolación.

Aparte de una revista alemana de economía y de algunos *Weltwoche*^[3] atrasados, no había ninguna otra lectura a mi alcance con la que evitar el inhumano silencio del hotel y el consiguiente temor de quedarme dormido y no volver a despertarme. La noche sin tiempo, espectral. En el exterior había dejado de nevar, no había ningún movimiento, las farolas ya no oscilaban, ninguna ráfaga de viento, ningún paseante, ningún animal, nada, sólo una vez llegó de la estación un lejano tañido. Me fui al bar a tomarme un *whisky*. Aparte de la anciana señora que atendía el local, había allí otro hombre que se me presentó casi sin darme tiempo a tomar asiento. Se trataba del doctor H., ex comandante de policía del cantón de Zurich, un hombre alto y fuerte, de modales pasados de moda, con una cadena dorada de reloj cruzándole el chaleco, algo difícil de ver hoy en día. A pesar de su edad, todavía tenía negro el nudoso cabello y espeso el bigote. Estaba sentado junto a la barra en uno de los altos taburetes, bebiendo vino tinto, fumándose un Bahianos y dirigiéndose a la señora del bar por su nombre de pila. Hablaba en voz muy alta y con gestos enérgicos, un hombre sin remilgos que me atraía al mismo tiempo que me repelía. Cuando ya eran cerca de las tres y ya otros cuatro Johnnie Walker habían seguido al primero, se ofreció a llevarme a Zurich a la mañana siguiente en su Opel Kapitän. Puesto que yo sólo conocía muy superficialmente la región de Chur, y en general toda aquella parte de Suiza, acepté la invitación. El doctor H. había venido al cantón de los Grisones ^[4]

en calidad de miembro de una comisión federal y, al ver retrasado su regreso por culpa del mal tiempo, había asistido a mi conferencia, aunque no habló mucho de ello, sólo en una ocasión dijo:

—Su forma de hablar en público es bastante confusa.

A la mañana siguiente nos pusimos en marcha. Para poder dormir un poco, me había tomado al amanecer dos Medomin, y estaba como paralizado. No había mucha claridad, a pesar de que ya era de día desde hacía varias horas. En alguna parte resplandecía un trozo de cielo de color metálico. El resto eran nubes que se arrastraban lánguidas, pesadas, llenas aún de nieve; el invierno parecía no querer abandonar aquella parte del país. La ciudad estaba rodeada de montañas que, sin embargo, no tenían nada de majestuoso sino que parecían montones de tierra, como si alguien hubiese excavado una enorme tumba. También Chur, según parecía, estaba hecha de piedra, gris, con grandes edificios administrativos. Se me hacía increíble que allí creciesen viñas. Intentamos entrar en el casco viejo, pero aquel voluminoso automóvil nos hacía perder el rumbo, encajándose en estrechos callejones sin salida y vías de dirección única, y obligándonos a hacer dificultosas maniobras para salir de aquella maraña de edificios; para colmo de males, el pavimento estaba helado, así que nos alegramos al dejar atrás finalmente la ciudad, a pesar de no haber visto propiamente nada de aquella antigua sede episcopal. Era como una huida. Empezaba a adormecerme, aburrido y hecho polvo; ante nosotros pasó un valle nevado y sombrío, cubierto de nubes bajas, tieso de frío. No sé qué longitud tendría. Nos aproximábamos a una aldea grande, tal vez una ciudad pequeña, a la expectativa, cuando de pronto todo se llenó de sol, de una luz tan potente y cegadora que las superficies nevadas empezaron a fundirse. Se alzaba del suelo una blanca neblina que se apelmazaba de un modo extraño sobre los campos nevados y que de nuevo me privó de ver el valle. Se esfumó como en un mal sueño, como un hechizo, como si yo no hubiese nunca debido conocer aquel país ni aquellas montañas.

Volvió el cansancio, junto con el irritante crepitar de la gravilla con que estaba cubierta la carretera; el coche patinó un poco al cruzar un puente; después, un transporte militar; el parabrisas estaba tan sucio que el limpia-parabrisas no lograba aclararlo. H. iba al volante, huraño, hundido en sí mismo, concentrado en la dificultosa calzada. Me arrepentía de haber aceptado la invitación y maldecía el whisky y el Medomin. Sin embargo, la cosa fue mejorando poco a poco. El valle se hizo de nuevo visible, y adoptó también un aspecto más humanizado. Granjas esparcidas por doquier, aquí y allá pequeñas fábricas, todo limpio y miserable, la carretera ahora sin nieve ni hielo, sólo brillante de humedad pero más segura, así que era posible ir a una velocidad más apropiada. Las montañas se habían ensanchado, ya no eran oprimentes, y nos detuvimos en una gasolinera.

La casa impresionaba de un modo singular, tal vez porque destacaba en aquel entorno tan limpio y tan suizo. Era siniestra, empapada de humedad; arroyos descendían por sus muros. La mitad de la casa era de piedra, la otra mitad un establo

cuyas paredes de madera estaban cubiertas de carteles anunciadores a lo largo de la carretera, aparentemente desde hacía mucho tiempo, pues se habían formado estratos de carteles unos sobre otros: Burrus Tabake, también para pipas modernas, beba Canada Dry, Sport Mint, Vitamine, chocolate con leche Lindt, etcétera. En el panel superior había uno de tamaño gigante: neumáticos Pirelli. Los dos surtidores se hallaban delante de la mitad de piedra de la casa, sobre un pavimento desigual y mal alquitranado; todo parecía desvencijado, a pesar incluso del sol, que ahora parecía lucir casi punzante, malévolos.

—Bajemos —dijo el ex comandante, y yo obedecí, sin comprender qué se proponía pero contento de respirar aire puro.

Junto a la puerta abierta, sentado en un banco de piedra, había un viejo. No se había afeitado ni lavado, llevaba una chaqueta de color claro, sucia y remendada, y pantalones oscuros, brillantes de grasa, que una vez habían formado parte de un smoking. Calzaba unas zapatillas viejas. Se hallaba ensimismado, como ido, y olía desde lejos a aguardiente. Absenta. Alrededor del banco, el asfalto estaba cubierto de colillas que flotaban en la nieve derretida.

—Muy buenas —dijo el comandante, súbitamente incómodo, o eso me pareció—. Lleno, por favor. Súper. Y limpie el parabrisas. —Después se dirigió a mí—: Entremos.

Sólo en ese momento me fijé en que, sobre la única ventana visible, pendía una placa de metal roja, el cartel anunciador de una posada, y sobre la puerta podía leerse: Casa Rosa. Atravesamos un sucio pasillo. Hedor de aguardiente y de cerveza. El comandante abría paso y abrió una puerta de madera que evidentemente le era conocida. El local era miserable y oscuro, con algunas mesas baratas y bancos, recortes de revistas con estrellas de cine pegados en las paredes; la emisora de radio austríaca transmitía un informe económico sobre el Tirol, y detrás del mostrador, casi imperceptible, estaba de pie una esmirriada mujer. Vestía una bata, fumaba un cigarrillo y limpiaba vasos.

—Dos cafés con leche —pidió el comandante.

La mujer se puso a prepararlos, y de la habitación contigua salió una camarera desaliñada a la que le calculé aproximadamente treinta años.

—Tiene dieciséis —zumbó el comandante.

La muchacha nos sirvió los cafés. Vestía una falda negra y una blusa blanca a medio abotonar, bajo la cual no llevaba nada; no se había lavado la cara. Sus cabellos eran rubios como una vez lo habían sido también los de la mujer del mostrador, y estaban revueltos.

—Gracias, Annemarie —dijo el comandante, y dejó el dinero sobre la mesa. La muchacha no respondió ni devolvió el agradecimiento. Bebimos en silencio. El café era horrible. El comandante encendió un Bahianos. La emisora austríaca informaba ahora sobre los niveles de agua y la muchacha deambulaba por la habitación de al lado, donde se vislumbraba algo blanquecino, aparentemente una cama sin hacer.

—Vámonos —sugirió el comandante.

Una vez fuera, pagó después de echar un vistazo al surtidor. El viejo había puesto la gasolina y limpiado el parabrisas.

—Hasta la próxima —dijo el comandante a modo de despedida, y otra vez se me hizo patente su incomodidad; tampoco esta vez respondió el viejo, sino que se sentó de nuevo en su banco y se hundió en sí mismo, alienado, vencido. Pero en cuanto llegamos junto al Open Kapitän y nos volvimos de nuevo, el viejo cerró los puños, los agitó y, jadeando, soltó un brusco chorro de palabras, su rostro transfigurado de infinita convicción:

—Yo sigo esperando, yo sigo esperando, él vendrá, él vendrá.

—Para ser sincero —comenzó el doctor H. más tarde, cuando nos preparábamos para entrar en el paso de Kerenzer^[5] (la carretera estaba helada otra vez, y por debajo de nosotros se extendía el lago Walen^[6], refulgente, gélido, inalcanzable; había vuelto a instalarse en mí la plomiza fatiga del Medomin, el recuerdo del regusto del whisky, el sentimiento de deslizarse en un sueño sin fin y sin sentido)—, para ser sincero, nunca me han llamado mucho la atención las novelas policíacas, y lamento que tampoco usted esté familiarizado con ellas. Una pérdida de tiempo. Fue agradable escuchar su conferencia de ayer; dado que los políticos han fracasado de una manera tan gratuita —y yo debo saberlo, soy uno de ellos, miembro del consejo nacional, como usted sabe (yo no lo sabía, escuchaba su voz como desde lejos, fortificado detrás de mi modorra, y no obstante alerta como un animal en su madriguera)—, la gente espera que al menos la policía sepa tener el mundo bajo control, mientras que yo por mi parte no puedo imaginarme una esperanza más asquerosa. Por desgracia, en todas esas historias de crímenes subyace aún un fraude mayor. Y con esto ni siquiera aludo al hecho de que en ellas los criminales encuentran su castigo. Pues esos hermosos cuentos han de ser moralistas a la fuerza. Pertenecen al tipo de las mentiras necesarias para mantener el orden social, casi como un refrán piadoso: el crimen no vale la pena —mientras que sólo se necesita observar la sociedad humana para descubrir la verdad sobre ese punto—; todo eso puedo dejarlo pasar, aunque sea como un acuerdo comercial, pues todo público y todo contribuyente tiene derecho a sus héroes y a sus *happy end*, y tanto nosotros los policías como ustedes los escritores nos hemos comprometido a proporcionárselos. No, me irrita mucho más la cuestión del argumento en sus novelas. Aquí el fraude es enorme y descarado. Ustedes construyen sus argumentos sobre la base de la lógica, como en el ajedrez: aquí el criminal, aquí la víctima, aquí el confidente, aquí el beneficiario; basta con que el detective conozca las reglas y revise la partida, y ya tiene cazado al criminal y ha logrado que triunfe la justicia. Esa ficción me pone nervioso. La realidad se las arregla con la lógica sólo a medias. Al mismo tiempo, lo admito, nosotros los policías estamos obligados a proceder de acuerdo con la lógica, de un modo científico; pero los factores disonantes que entran en juego son tan frecuentes que muy a menudo es la pura suerte o el azar lo que decide la partida a nuestro favor. O en contra nuestra. Sin embargo, en sus novelas el azar no juega ningún papel, y, si algo tiene la apariencia de azar, al final resulta ser el destino o la providencia; ustedes los escritores siempre acaban por

mandar a paseo la verdad con sus reglas dramáticas. Al diablo con esas reglas. Los acontecimientos no se ajustan a una regla de medida, puesto que no conocemos todos los factores necesarios, sino sólo unos pocos, la mayoría de ellos secundarios. También lo azaroso, lo incalculable, lo inconmensurable, juegan un papel, y un papel demasiado grande. Nuestras leyes se basan sólo en la verosimilitud, en la estadística, no en la causalidad; son sólo aplicables a lo general, no a lo particular. Lo particular está más allá de los cálculos. Nuestros recursos criminalísticos son insuficientes, y cuanto más los ampliamos, más insuficientes se vuelven en el fondo. Pero eso les trae sin cuidado a ustedes los escritores. Nunca intentan vérselas con una realidad que se nos escapa una y otra vez, sino que crean un mundo más manejable. Ese mundo podrá ser perfecto, es posible, pero es una trola. Dejen en paz la perfección si quieren avanzar hacia las cosas mismas, hacia la realidad, como les incumbe a los hombres, en lugar de quedarse sentados, entreteniéndose con inútiles ejercicios de estilo. Pero vamos al asunto.

Esta mañana se ha llevado usted varias sorpresas. La principal de ellas, creo yo, mi discurso: un ex comandante de policía del cantón de Zurich debería mantener puntos de vista más moderados, pero yo soy viejo y no me hago ilusiones. Sé muy bien que todos somos muy problemáticos, que nuestras capacidades son pequeñas, que nos equivocamos fácilmente, pero también sé que a pesar de todo debemos actuar, aun cuando corramos el riesgo de actuar de forma equivocada.

También debe de haberse sorprendido cuando hace un rato me he detenido en esa gasolinera deplorable, y quiero confesarle por qué: el lamentable despojo borracho que nos llenó el depósito fue una vez mi hombre más competente. Dios es testigo de que algo sé de mi oficio, pero Matthäi era un genio, y mucho mejor que ninguno de los detectives de sus novelas.

Ocurrió hace casi nueve años —prosiguió H.—, después de haber adelantado un camión de la compañía Shell. Matthäi era uno de mis comisarios, o mejor, uno de mis tenientes, pues en la policía cantonal utilizábamos terminología militar para designar cada rango. Era doctor en derecho, igual que yo. Se había doctorado en Basilea, su ciudad natal, y se le apodaba, primero en ciertos círculos que se relacionaban con él «profesionalmente», pero después también entre nosotros, Matthäi Jaquematé^[7]. Era un hombre solitario, siempre puntilloso en el vestir, impersonal, formal, carente de relaciones, que ni fumaba ni bebía, pero que dominaba su oficio de forma dura e implacable, tan odioso como exitoso. Nunca llegué a entenderle del todo. Sólo a mí me caía bien, porque me gustan los hombres inteligentes, aun cuando también a mí su falta de sentido del humor me atacaba los nervios a menudo. Su ingenio era prodigioso, pero a la manera de nuestra tierra, con una estructura demasiado sólida y sin sentimientos. Era un hombre de organización, que manejaba el aparato de la policía como una regla de medir. No estaba casado, nunca hablaba de su vida privada y tampoco la tenía. En su cabeza no cabía otra cosa que su trabajo, que desempeñaba como un criminalista de manual, pero sin pasión. Era tan tenaz e infatigable que todo

lo que hacía parecía aburrirle, hasta que se vio envuelto en un caso que de repente le apasionó.

Por aquel entonces el doctor Matthäi se encontraba en la cima de su carrera. En el departamento le ponían algunas pegas. El consejo de gobierno tenía que decidirse sobre mi jubilación y, por consiguiente, también sobre quién sería mi sucesor. Sólo Matthäi se hallaba en condiciones de ser tenido en cuenta. Sin embargo, en la decisión final pesaron objeciones que no podían pasarse por alto. No era sólo que Matthäi no perteneciera a partido alguno, sino que también nuestro equipo habría puesto dificultades. Pero por otro lado se planteaba la objeción de cómo desaprovechar a un funcionario tan eficiente; por lo cual vino como caída del cielo la solicitud que el Estado jordano hizo a la Confederación para enviar a un experto a Amán con el cometido de reorganizar la policía de allí: Matthäi fue la sugerencia de Zurich y fue aceptada tanto por Berna como por Amán. Todo el mundo respiró aliviado. También a él le alegró la decisión, no sólo por motivos profesionales. Él era por entonces un cincuentón: un poco de sol del desierto le haría bien; estaba ilusionado con la partida, con volar por encima de los Alpes y del Mediterráneo, y pensaba en un adiós definitivo, puesto que insinuaba que a su vuelta se trasladaría a Dinamarca con su hermana, que vivía allí tras haber enviudado. Y estaba ocupado precisamente en recoger su mesa de despacho en la sede de la policía cantonal, en la Kasernenstrasse^[8], cuando sonó el teléfono.

Sólo a duras penas logró Matthäi entender el confuso relato —siguió contando el comandante—. Era uno de sus antiguos «clientes», un buhonero llamado Von Gunten, que llamaba desde Magendorf, un villorrio en los alrededores de Zurich. Matthäi no sentía ninguna inclinación a ocuparse de aquel caso en su último día en la Kasernenstrasse, ya tenía el billete de avión y la partida sería dentro de tres días. Pero yo estaba ausente, en una conferencia de comandantes de policía, y no estaba previsto que regresara de Berna antes del anochecer. Había que proceder escrupulosamente, la inexperiencia podía arruinarlo todo. Matthäi telefoneó al puesto de policía de Magendorf. Era hacia finales de abril, en la calle rugía el aguacero, el föhn^[9] había alcanzado la ciudad, pero aún persistía el desesperante y pernicioso calor que apenas te deja respirar.

El oficial Riesen contestó al teléfono.

—¿Llueve también en Magendorf? —preguntó Matthäi de entrada, malhumorado, a pesar de que la respuesta era fácil de adivinar, y su semblante se volvió más sombrío. Después dio instrucciones para que custodiaran discretamente al buhonero en El Ciervo.

Matthäi colgó.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó con curiosidad Feller, que ayudaba a su jefe con la mudanza. Equivalía a transportar una biblioteca completa que se hubiera acumulado poco a poco.

—También está lloviendo en Mägendorf —respondió el comisario—. Avise al coche patrulla.

—¿Asesinato?

—La lluvia es una cochinado —murmuró Matthäi por toda respuesta, indiferente al ofendido Feller.

Con todo, antes de reunirse en el coche con el fiscal y el teniente Henzi, que le aguardaban impacientes, hojeó el expediente de Von Gunten. El hombre tenía antecedentes. Abusos sexuales contra una chica de catorce años.

Pero la orden de custodiar al buhonero resultó un error que de ningún modo podía haberse previsto. Mägendorf constituía una comunidad pequeña. Casi todos allí eran campesinos, aunque también había algunos que trabajaban en plantas industriales, en el valle, o en la cercana fábrica de ladrillos. Había ciertamente algunos «urbanitas» que vivían allí, dos o tres arquitectos, un escultor clasicista, pero ninguno de ellos jugaba ningún papel en la vida del pueblo. Todos se conocían, y casi todos estaban emparentados unos con otros. El pueblo mantenía una relación conflictiva con la ciudad, si bien no de forma oficial, sí de manera larvada; pues los bosques que rodeaban Mägendorf pertenecían a la ciudad, un hecho del que ningún magendorfiano decente se daba por enterado, lo cual inquietaba a las autoridades forestales, que durante años reivindicaron y finalmente consiguieron que se creara en Mägendorf un puesto de policía. A esto se añadía la circunstancia de que cada domingo los habitantes de la ciudad fluían en oleadas al villorrio, anexionándose, y El Ciervo atraía a muchos también por la noche. Teniendo en cuenta todo esto, el policía allí destinado debía comprender bien su oficio, que por lo demás consistía en caerle bien a la gente. Esa comprensión se abrió paso en seguida en la mente del agente Wegmüller cuando le destinaron allí. Procedía de una familia campesina, bebía mucho y ataba corto a los magendorfianos; cierto es que mediante tantas concesiones que habría debido de intervenir yo personalmente, pero vi en él —un poco constreñido también por la falta de personal— un mal menor. A cambio de paz, dejé a Wegmüller tranquilo. Sin embargo, cuando él estaba de vacaciones, sus sustitutos lo pasaban francamente mal. A ojos de los magendorfianos no hacían nada a derechas. Si bien el furtivismo y el robo de madera en las zonas forestales, así como las peleas en el pueblo, pertenecían a la leyenda desde la ya lejana coyuntura favorable, la tradicional resistencia a la autoridad hervía en la población. Esta vez Riesen lo tenía particularmente difícil. Era un chaval sin malicia, fácil de ofender y sin sentido del humor, que no estaba a la altura de las continuas bromas de los magendorfianos y era demasiado sensible incluso para un lugar normal. Se había vuelto invisible por miedo a la población, y había prescindido de los controles y las salidas de servicio. En tales circunstancias debió de resultarle imposible vigilar al buhonero sin llamar la atención. La aparición del policía en El Ciervo, un lugar que él solía evitar con recelo, equivalía de antemano a un gran escándalo. Riesen se comportaba además de un modo tan condescendiente hacia el buhonero que los

campesinos, intrigados, enmudecieron de repente.

—¿Café? —preguntó el dueño del hotel.

—No —respondió el policía—, estoy de servicio.

Los campesinos clavaron la vista en el buhonero con curiosidad.

—¿Qué ha hecho? —preguntó un anciano.

—No ha hecho nada.

El bar era pequeño y estaba lleno de humo, una caverna de madera, calurosa y opresiva, y sin embargo el dueño del hotel no había encendido ninguna luz. Los campesinos estaban sentados ante una larga mesa, unos bebiendo vino blanco, otros cerveza, reducidos a sombras recortadas en los cristales plateados de las ventanas, contra los cuales golpeaba la lluvia y resbalaba formando arroyuelos. En alguna parte el ruido de un fútbolín. En alguna parte el tintineo y los golpes de una máquina tragaperras.

Von Gunten bebía aguardiente. Temblaba. Estaba sentado en un rincón, con el brazo derecho apoyado en el asa de su canasta, y esperaba. Le parecía llevar varias horas allí. Todo era aburrido y silencioso, pero también amenazador. En las ventanas iba aclarando, la lluvia amainaba, y de pronto ya hacía sol otra vez. Sólo el viento continuaba aullando y sacudiendo las paredes. Von Gunten se alegró cuando finalmente aparecieron los coches en el exterior.

—Venga —dijo Riesen, levantándose. Salieron los dos. Delante del establecimiento esperaban una limusina oscura y un gran coche patrulla; les seguía una ambulancia. La plaza del pueblo estaba bañada de una luz deslumbrante. Junto a la fuente había dos chicos de cinco o seis años, una niña y un niño, la niña con una muñeca bajo el brazo. El niño con un látigo pequeño.

—¡Siéntese junto al conductor, Von Gunten! —ordenó Matthäi desde la ventana de la limusina, y después, cuando el buhonero hubo tomado asiento, volviendo a respirar como si se encontrara a salvo, y Riesen hubo subido al otro vehículo—: Ahora enseñenos lo que ha encontrado en el bosque.

Atravesaron un prado húmedo, puesto que el camino hacia el bosque era sólo un charco fangoso, y al poco tiempo rodeaban el pequeño cadáver que habían encontrado entre unos arbustos, sobre la hojarasca, no muy lejos del linde del bosque. Los hombres callaban. De las rugientes copas de los árboles caían aún plateadas gotas que brillaban como diamantes. El fiscal arrojó lejos de sí el Brissago, como si le diese vergüenza. Henzi no se atrevía a mirar. Matthäi dijo:

—Un agente de policía nunca aparta la mirada, Henzi.

Los hombres preparaban sus instrumentos.

—Será difícil encontrar huellas después de haber llovido tanto —dijo Matthäi.

De pronto el niño y la niña estaban allí, en medio de los hombres, mirando, la niña aún con la muñeca bajo el brazo y el niño aún con su látigo.

—Llévense a los niños de aquí.

Un agente les cogió de la mano y los condujo de nuevo a la carretera. Allí se quedaron los niños, inmóviles.

Empezaba a llegar gente del pueblo, se reconocía el dueño de El Ciervo por su delantal blanco.

—Acordonen la zona —ordenó el comisario. Unos colocaron postes. Otros exploraban las inmediaciones. En seguida titilaron las primeras linternas.

—¿Conoce usted a la niña, Riesen?

—No, señor comisario.

—¿La había visto en el pueblo?

—Creo que sí, señor comisario.

—¿Han fotografiado a la niña?

—Todavía tenemos que tomar un par de fotos desde arriba.

Matthäi esperó.

—¿Alguna huella?

—Nada. Está todo embarrado.

—¿Han revisado los botones? ¿Huellas dactilares?

—Es inútil, después de semejante aguacero.

Matthäi se agachó con cautela.

—Con una navaja de afeitar —constató, recogió los dulces que estaban esparcidos por el suelo y los devolvió con cuidado a la canastilla.

—Rosquillas.

Le dieron el aviso de que alguien del pueblo quería hablarle. Matthäi se levantó. El fiscal miró hacia el linde del bosque. Allí había un hombre de pelo blanco con un paraguas colgado de su antebrazo izquierdo. Henzi estaba apoyado en un haya. Estaba pálido. El buhonero se había sentado sobre su canasta y protestaba en voz baja:

—Por casualidad, pasé por aquí sólo por casualidad.

—Traigan a ese hombre.

El hombre del pelo blanco atravesó los arbustos y se quedó de piedra.

—Dios mío —murmuró—. Dios mío.

—¿Puedo preguntarle cómo se llama? —inquirió Matthäi.

—Soy el profesor Luginbühl —respondió el hombre del pelo blanco en voz baja y con la mirada perdida.

—¿Conoce a esa chica?

—Es Gritli Moser.

—¿Dónde viven sus padres?

—En Moosbach.

—¿Está lejos del pueblo?

—A un cuarto de hora.

Matthäi observaba el cadáver. Era el único que osaba hacerlo. Nadie decía una palabra.

—¿Cómo ha sido? —preguntó el profesor.

—Una agresión sexual —respondió Matthäi—. ¿Iba la niña a clase con usted?

—Iba con la señorita Krumm. Estaba en tercero.

—¿Tienen más hijos los Moser?

—Gritli era hija única.

—Alguien tiene que decírselo a los padres.

Se quedaron callados de nuevo.

—¿Usted, señor profesor? —preguntó Matthäi.

Durante unos momentos Luginbühl no contestó.

—No me crea un cobarde —dijo por fin, titubeando—, pero preferiría no hacerlo. No puedo —reconoció en voz baja.

—Entiendo —dijo Matthäi—. ¿Y el párroco?

—En la ciudad.

—Bien —respondió Matthäi, con tranquilidad—. Puede irse, señor Luginbühl.

El profesor volvió a la carretera. Allí continuaba agrupándose cada vez más gente del pueblo.

Matthäi miró en dirección a Henzi, que continuaba apoyado en el haya.

—No, por favor, comisario —dijo Henzi en voz baja. También el fiscal negó con la cabeza. Matthäi miró de nuevo al suelo y después observó el vestido rojo que colgaba de los arbustos, roto y empapado en sangre y agua de lluvia.

—Entonces tendré que hacerlo yo —dijo, y recogió el canastillo con las

rosquillas.

Moosbach estaba situado en una pequeña depresión cenagosa cerca de Mägendorf. Matthäi había dejado el coche oficial en el pueblo y fue andando. Quería ganar tiempo. Divisó la casa desde lejos. Se detuvo y miró alrededor. Había oído pasos. El niño y la niña estaban allí otra vez, con las caras enrojecidas. Debían de haber utilizado un atajo, de otro modo no se explicaba que pudieran estar allí.

Matthäi siguió su camino. La casa era baja, de blancas paredes con vigas oscuras y tejado de madera. Detrás de la casa árboles frutales y, en el jardín, tierra negra. Un hombre cortaba leña delante de la casa. Levantó la vista y reparó en el comisario que se le acercaba.

—¿Qué desea? —dijo el hombre.

Matthäi dudó. Estaba indeciso. Seguidamente se presentó y preguntó, sólo para ganar tiempo:

—¿El señor Moser?

—Soy yo, ¿qué quiere usted? —dijo el hombre otra vez. Ahora estaba más cerca y permanecía de pie delante de Matthäi, con el hacha en la mano. Debía de tener casi cuarenta años. Era delgado, de rostro arrugado, y sus ojos grises observaban inquisitivos al comisario. En la puerta apareció una mujer, también ella con una falda roja. Matthäi consideró qué debía decir. Lo había estado considerando largamente, pero todavía no lo sabía. Entonces Moser vino en su ayuda. Había visto la canastilla en la mano de Matthäi.

—¿Le ha ocurrido algo a Gritli? —preguntó, y miró otra vez a Matthäi con ojos expectantes.

—¿Han enviado ustedes a Gritli a algún sitio? —preguntó el comisario.

—A casa de su abuela, en Fehren —respondió el campesino.

Matthäi reflexionó; Fehren era el pueblo más cercano.

—¿Hacia Gritli ese camino a menudo? —preguntó.

—Todos los miércoles y los sábados por la tarde —dijo el campesino, y a continuación preguntó, lleno de un súbito terror—: ¿Por qué quiere saberlo? ¿Por qué trae usted esa canastilla?

Matthäi dejó la canastilla sobre el tocón donde Moser partía la leña.

—Han encontrado muerta a Gritli, en el bosque, cerca de Mägendorf —dijo.

Moser no se movió. Tampoco lo hizo la mujer, que permanecía junto a la puerta, con su falda roja. Matthäi vio cómo el sudor resbalaba sobre el rostro pálido del

hombre, formando arroyos. De buena gana habría apartado la mirada, pero estaba fascinado por aquel rostro y por aquel sudor, y así se mantuvieron inmóviles y mirándose uno a otro.

—Gritli ha sido asesinada —se oyó decir Matthäi, con una voz que parecía tan carente de compasión que le ponía enfermo.

—Pero eso no es posible —susurró Moser—, no puede haber un demonio semejante. —Le temblaba la mano con que empuñaba el hacha.

—Lo hay, señor Moser —dijo Matthäi.

El hombre le miró fijamente.

—Quiero ver a mi niña —dijo, de un modo casi inaudible.

El comisario negó con la cabeza.

—Yo no lo haría, señor Moser. Sé que es terrible lo que le estoy diciendo, pero es mejor que no vea a Gritli.

Moser se acercó más al comisario, tanto que los dos hombres casi podían tocarse con los ojos.

—¿Por qué es mejor? —gritó.

El comisario guardó silencio.

Moser sopesó con la mirada el hacha que tenía en la mano, como queriendo golpear con ella, pero después miró alrededor y se acercó a la mujer que no se había apartado de la puerta. Todavía inmóvil, todavía muda. Matthäi esperó. Nada se le escapaba, y tuvo la certeza de que nunca lograría olvidar aquella escena. Moser estrechaba a su mujer. Se estremecía entre sollozos inaudibles. Escondía el rostro en el hombro de su mujer, mientras ésta miraba al vacío.

—Mañana por la tarde podrán ver a Gritli —prometió el comisario, desvalido—. Parecerá que estuviera dormida.

Entonces, súbitamente, habló la mujer.

—¿Quién es el asesino? —preguntó con una voz tan tranquila e imparcial que Matthäi se sobresaltó.

—Pronto lo averiguaremos, señora Moser.

La mujer contemplaba a Matthäi con insistencia, apremiándole.

—¿Lo promete usted?

—Lo prometo, señora Moser —dijo el comisario, deseoso de marcharse.

—¿Por su salvación?

El comisario se quedó perplejo.

—Por mi salvación —dijo, finalmente. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—Entonces vaya —ordenó la mujer—. Lo ha jurado por su salvación.

Matthäi quería añadir alguna palabra de consuelo, pero no sabía ninguna.

—Lo siento —dijo en voz baja, y se volvió. Hizo el viaje de vuelta despacio, por el mismo camino que había tomado para venir. Ante sí estaba Mägendorf con el bosque detrás. Arriba, el cielo, ahora despejado. Volvió a ver a los niños, agachados al borde de la carretera, por la que caminaba el comisario con paso cansado, que le

siguieron correteando. Entonces oyó un grito procedente de la casa, a su espalda, un grito como de animal. Aceleró el paso, sin saber si era el hombre o la mujer quien lloraba de aquel modo.

De vuelta en Mägendorf, Matthäi se dio de bruces con la primera dificultad. El enorme coche patrulla había llegado al pueblo y esperaba al comisario. El lugar del crimen y sus proximidades habían sido escrupulosamente explorados y después acordonados. Tres policías de paisano se habían quedado ocultos en el bosque. Tenían la misión de observar a los transeúntes. Tal vez diesen así con el rastro del asesino. Los demás hombres tenían que volver a la ciudad. El cielo estaba despejado, pero la lluvia no había traído ningún alivio. El föhn estaba otra vez sobre las gentes y los bosques, bramaba en grandes oleadas húmedas. El antinatural calor pesaba sobre los hombres volviéndolos huraños, irritables, impacientes. Las farolas estaban ya encendidas, aunque todavía era por la tarde. Los habitantes del pueblo se habían reunido en masa. Habían descubierto a Von Gunten. Le habían tomado por el asesino; los buhoneros son siempre sospechosos. Suponían que le habían arrestado y rodeaban el coche de policía. El buhonero permanecía dentro del vehículo, en silencio. Se encogía temblando entre los policías que permanecían sentados, rígidos. Los magendorfianos se acercaban cada vez más al coche, pegando las caras a las ventanillas. Los policías no sabían qué hacer. En el coche oficial, detrás del coche patrulla, se hallaba el fiscal; también él había sido inmovilizado. Además habían rodeado el coche del médico forense que había llegado desde Zurich, y la ambulancia con el pequeño cadáver, un automóvil blanco con la cruz roja. Los hombres esperaban con aire amenazador, pero silenciosos; las mujeres pegadas a las casas. También ellas silenciosas. Los niños se habían subido al brocal de la fuente del pueblo. Una rabia sorda, sin plan alguno, mantenía agrupados a los vecinos. Querían venganza, justicia. Matthäi intentó abrirse paso hacia el coche patrulla, pero no le fue posible. Lo mejor sería buscar al alcalde. Preguntó por él. Nadie le respondió. Sólo fue audible alguna amenaza en voz baja. El comisario reflexionó un momento y fue hasta el hotel. No se había equivocado, en El Ciervo estaba sentado el alcalde. Era un hombrecillo corpulento, de aspecto enfermo. Bebía un vaso de Veltliner tras otro y espiaba tras las ventanas bajas.

—¿Qué debo hacer, comisario? —preguntó—. La gente es terca. Ellos creen que con la policía no es suficiente. Quieren hacer justicia por sí mismos. —Después suspiró—. Gritli era una buena chica. Todos la queríamos.

El alcalde tenía lágrimas en los ojos.

—El buhonero es inocente —dijo Matthäi.

—Si así fuese no le habrían arrestado.

—No está arrestado. Le necesitamos como testigo.

El alcalde observó a Matthäi con mirada torva.

—Lo único que quieren es escapar —dijo—. Sabemos bien a qué atenernos.

—Como alcalde tiene usted que preocuparse ante todo por que podamos partir libremente.

El otro vació su tercer vaso. Bebió sin decir una palabra.

—¿Y bien? —preguntó Matthäi, enojado.

El alcalde seguía en sus trece.

—El buhonero va a pagarlo con su cuello —rezongó.

El comisario habló con claridad.

—¿Va a empezar una pelea, alcalde?

—¿Pelearía usted por un asesino?

—Sea culpable o no, la ley es la ley.

El alcalde, airado, paseó por la baja estancia de un lado a otro. Como nadie le atendía, se sirvió él mismo otro vino en la barra. Bebió tan atropelladamente que grandes franjas oscuras le recorrieron la camisa. La muchedumbre continuaba fuera, en silencio. Pero cuando el conductor intentó poner en marcha el coche patrulla, el cerco se estrechó todavía más.

Entonces también el fiscal entró en el hotel. Se había abierto paso con dificultad entre los magendorfianos. Sus ropas estaban en desorden. El alcalde se asustó. La presencia de un fiscal le resultaba desagradable. Como a todo hombre normal, no le parecía una profesión libre de sospechas.

—Señor alcalde —dijo el fiscal—, sus conciudadanos parecen estar a punto de cometer un linchamiento. No veo más salida que pedir refuerzos. Así entrarán en razón.

—Intentemos hablarles una vez más —les propuso Matthäi.

El fiscal golpeó con el índice de la mano derecha en el pecho del alcalde.

—Si no hace usted que nos escuchen —gruñó—, va a saber lo que es bueno.

Fuera empezó a repicar la campana de la iglesia. Por todas partes llegaban magendorfianos. Incluso llegaron los bomberos y tomaron posiciones frente a la policía. Cayeron los primeros insultos. Estridentes, aislados.

—¡Cabrones! ¡Cobardes!

Los policías se prepararon. Esperaban el ataque de la multitud que se mostraba cada vez más inquieta, aunque estaban tan indefensos como los magendorfianos. Estaban acostumbrados a mantener el orden y a hacer frente a acciones individuales; aquí se enfrentaban con algo desconocido. Sin embargo, los vecinos volvieron a quedarse parados, se tranquilizaron. El fiscal había salido de El Ciervo en compañía del alcalde y de Matthäi. Ante la puerta de El Ciervo había una escalinata de piedra con barandillas de hierro.

—Vecinos —anunció el alcalde—, os pido que por favor escuchéis al señor fiscal

Burkhard.

No hubo reacción visible de la multitud. Los campesinos y los obreros continuaron como estaban, silenciosos, amenazadores, inmóviles bajo el cielo que comenzaba a cubrirse con el primer resplandor de la noche; las farolas temblaban sobre la plaza como lunas pálidas. Los magendorfianos estaban decididos a apoderarse del hombre al que tomaban por el asesino. Los coches de policía permanecían en medio de la marea humana como grandes bestias oscuras. Intentaban zafarse una y otra vez, los motores bramaban y de nuevo eran refrenados, sin aliento. No tenía sentido. Todo estaba lleno de una pesada impotencia ante lo ocurrido aquel día, los frontones oscuros del pueblo, la plaza, la muchedumbre, como si el asesinato hubiese envenenado el mundo.

—Señoras y señores —comenzó el fiscal, inseguro y con voz débil, aunque se le escuchaba palabra por palabra—, vecinos de Mägendorf, estamos conmocionados por este crimen atroz. Gritli Moser ha sido asesinada. No sabemos quién ha cometido el crimen...

El fiscal no pudo continuar.

—¡Fuera!

Levantaban los puños y le silbaban.

Matthäi observaba a la muchedumbre con fascinación.

—Rápido, Matthäi —ordenó el fiscal—, use el teléfono. Pida refuerzos.

—¡Von Gunten es el asesino! —gritó un campesino largo y escuálido, con el rostro quemado por el sol, que llevaba días sin afeitarse—. ¡Lo he visto, no había nadie más en el valle!

Era un campesino cuyas tierras estaban en aquella parte del valle.

Matthäi se adelantó.

—Señoras y señores —dijo—, soy el comisario Matthäi. Estamos dispuestos a entregaros al buhonero.

Tan grande fue la sorpresa que se hizo un silencio de muerte.

—¿Se ha vuelto usted loco? —le susurró el fiscal al comisario, con los nervios de punta.

—Desde tiempos remotos, en nuestro país los criminales han sido juzgados por un tribunal, cuando eran culpables, y para hablar claramente, también cuando eran inocentes —prosiguió Matthäi—. Ahora vosotros habéis acordado constituíros en tribunal. Puesto que tenéis ese derecho y habéis decidido hacer uso de él, nosotros no tenemos nada más que investigar aquí.

Matthäi hablaba de forma clara e inteligible. Campesinos y obreros escuchaban con atención. Estaban pendientes de sus palabras. Puesto que Matthäi les había tomado en serio, también ellos debían tomarle en serio a él.

—No obstante —prosiguió Matthäi—, hay algo que he de exigir, igual que a cualquier otro tribunal: justicia. Pues resulta evidente que sólo podríamos entregaros al buhonero si estuviésemos convencidos de que queréis justicia.

—¡Queremos justicia! —gritó uno.

—Vuestro tribunal ha de cumplir un requisito si quiere ser un tribunal legítimo. Ese requisito consiste en evitar a todo trance la injusticia. También vosotros habéis de someteros a ese requisito.

—¡Aceptado! —gritó un trabajador de la fábrica de ladrillos.

—Por lo tanto, debéis averiguar si se ha procedido justa o injustamente con Von Gunten al inculparle del asesinato. ¿Por qué se le ha considerado sospechoso?

—Ya le acusaron en otra ocasión —gritó un campesino.

—Eso refuerza la sospecha de que Von Gunten podría ser el asesino —explicó Matthäi—, pero no es ninguna prueba de que realmente lo sea.

—Yo le vi en el valle —volvió a decir el campesino de rostro hirsuto y quemado por el sol.

—Suba aquí —le conminó el comisario.

El campesino vaciló.

—Ve, Heiri —gritó uno—, no seas gallina.

El campesino miró a su alrededor. Inseguro. El alcalde y el fiscal habían retrocedido hasta la puerta de El Ciervo, así que sólo Matthäi y el campesino se encontraban sobre la plataforma.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó el campesino—. Soy Heiri Benz.

Los magendorfianos, tensos, miraban a los dos hombres. Los policías habían enfundado las porras. También ellos observaban sin aliento el fenómeno. Los más jóvenes del pueblo se habían encaramado a la escalera del coche de bomberos, que estaba a medio levantar.

—Usted vio al buhonero en el valle, señor Benz —comenzó el comisario—. ¿Estaba él solo?

—Solo.

—¿Qué hacía usted allí, señor Benz?

—Estaba con mi familia plantando patatas.

—¿Cuánto tiempo llevaban allí?

—Desde las diez. Habíamos comido allí mismo, en el campo —dijo el campesino.

—¿Y no vio usted a nadie más que al buhonero?

—A nadie, puedo jurárselo —afirmó el campesino, solemne.

—¡Eso es una tontería, Benz! —exclamó un trabajador—. ¡A las dos pasé yo junto a tu huerto!

Otros dos trabajadores se unieron al último. También ellos habían pasado por el valle, en bicicleta, a eso de las dos.

—Y yo pasé por el valle con mi carro, ceporro —gritó un campesino—. Pero tú siempre estás trabajando como un maniático, pedazo de tacaño, y haces currar a tu familia hasta que a todos se les tuerce el espinazo. Podría pasar por delante de ti un ciento de tías desnudas y no te darías ni cuenta.

Risas.

—Según esto, el buhonero no era el único que estaba en el valle —hizo constar Matthäi—. Pero sigamos buscando. Paralela al bosque va una carretera que se dirige a la ciudad. ¿Pasó alguien por allí?

—Fritz Gerber —exclamó alguien.

—Yo pasé por allí —reconoció un campesino desmañado que estaba sentado en la boca de riego—. En carro.

—¿Cuándo?

—Hacia las dos.

—De esa carretera parte un camino en dirección al bosque que pasa por el lugar del crimen —afirmó el comisario—. ¿Vio usted a alguien por allí, señor Gerber?

—No —gruñó el campesino.

—¿Observó tal vez algún automóvil aparcado?

El campesino titubeó.

—Me parece que sí —dijo, inseguro.

—¿Lo sabe a ciencia cierta?

—Había uno allí.

—¿Puede que fuera un Mercedes de color rojo?

—Es posible.

—¿O tal vez un Volkswagen gris?

—También es posible.

—Sus respuestas son muy poco precisas —dijo Matthäi.

—Me quedé medio dormido en el carro —confesó el campesino—. Todo el mundo lo hace con este calor.

—Entonces tengo que advertirle muy seriamente de que no se debe dormir en una vía pública —le regañó Matthäi.

—Ya ponen atención los caballos —dijo el campesino.

Todos rieron.

—Ahora empezáis a ver la dificultad que se os presenta como jueces —prosiguió Matthäi—. El crimen no se cometió en completa soledad. A tan sólo cincuenta metros había una familia trabajando en el campo. Si hubiesen estado atentos, no habría ocurrido esta fatalidad. Pero no estaban atentos, porque ni siquiera se les pasaba por la imaginación la posibilidad de un crimen semejante. No vieron pasar a la niña, ni vieron a ninguno de los que pasaban por el camino. Les llamó la atención el buhonero, eso es todo. Pero tampoco el señor Gerber, que dormitaba en su carro, puede hacer ninguna declaración importante con la precisión necesaria. Así están las cosas. ¿Se demuestra así la culpabilidad del buhonero? Debéis haceros esa pregunta. Además, juega en su favor el hecho de que fue él quien avisó a la policía. Yo no sé cómo queréis proceder vosotros en vuestra condición de jueces, pero me gustaría deciros cómo procederíamos nosotros, los policías.

El comisario hizo una pausa. De nuevo se encontraba solo ante los

magendorfianos. Benz, desconcertado, había vuelto a reunirse con la muchedumbre.

—Todo sospechoso sería sometido a una investigación lo más escrupulosa posible sin tener en cuenta su posición social, siguiendo todas las pistas imaginables, y no sólo esto: se llamaría a la policía de otros países, si fuese necesario. Veis que vuestro tribunal cuenta con pocos recursos, mientras que nosotros poseemos un aparato gigantesco para descubrir la verdad. Ahora, decidid qué debe hacerse.

Silencio. Los magendorfianos se habían quedado ensimismados.

—¿De verdad nos entregaría al buhonero? —preguntó el obrero.

—Tenéis mi palabra —respondió Matthäi—. Si decidís que eso es lo que hay que hacer.

Los magendorfianos estaban confusos. Las palabras del comisario les habían impresionado. El fiscal estaba nervioso. La cosa le parecía preocupante. Pero soltó un suspiro.

—Llévenselo —había gritado un campesino.

Los magendorfianos, en silencio, abrieron un pasillo. El fiscal, aliviado, se encendió un Brissago.

—Se ha arriesgado mucho, Matthäi —comentó—. Imagínese que hubiese tenido que mantener su palabra.

—Sabía que eso no ocurriría nunca —respondió tranquilamente el comisario.

—Espero que no haga usted nunca una promesa que deba mantener —dijo el fiscal, y acercó un fósforo al Brissago por segunda vez, saludó al alcalde y se dirigió al coche recién liberado.

Matthäi no acompañó al fiscal en su regreso. Fue a reunirse con el buhonero. Los agentes le hicieron sitio. Hacía calor dentro del enorme vehículo. No se atrevían todavía a bajar las ventanillas. Si bien los magendorfianos les habían dejado pasar, aún seguían allí. Von Gunten se agachó detrás del conductor, y Matthäi se sentó junto a él.

—Soy inocente —protestó Von Gunten en voz baja.

—Por supuesto —dijo Matthäi.

—Nadie me cree —murmuró Von Gunten—, tampoco los policías.

El comisario sacudió la cabeza.

—Eso son sólo figuraciones tuyas.

El buhonero no se dejaba tranquilizar.

—Usted tampoco me cree, comisario.

El automóvil se puso en marcha. Los policías guardaron silencio. Fuera se había hecho de noche. Las farolas arrojaban luces doradas sobre los rostros rígidos. Matthäi percibía la desconfianza que todos abrigaban hacia el buhonero, la sospecha que iba en aumento. Sintió lástima por él.

—Yo le creo, Von Gunten —dijo, sintiendo que ni siquiera lograba persuadirse del todo a sí mismo—, sé que es usted inocente.

Se acercaban las primeras casas de la ciudad.

—Tendrá usted que declarar aún ante el comandante, Von Gunten —dijo el comisario—. Es usted nuestro testigo más importante.

—Entiendo —murmuró el buhonero, y a continuación rezongó—: Tampoco usted me cree.

—Tonterías.

El buhonero seguía en sus trece. «Lo sé», dijo en voz baja, casi inaudible, y contempló los anuncios luminosos rojos y verdes que resplandecían como constelaciones espectrales sobre el automóvil.

Esos fueron los hechos de los que se me informó en la Kasernenstrasse a mi regreso de Berna en el expreso de las siete y media. Era la tercera criatura asesinada de aquel modo. Dos años antes había sido en el cantón de Schwyz, y cinco años antes en Sankt-Gallen, los dos con una navaja de afeitar, sin rastro alguno del asesino. Me trajeron al buhonero. Era un hombre de cuarenta y ocho años, pequeño, aceitoso, de mala salud, pero locuaz y desvergonzado, pese a estar asustado. En todo momento fue muy preciso. Se había detenido junto al linde del bosque, se había descalzado, había colocado su canasta sobre la hierba. Se había propuesto visitar Mägendorf y vender allí su mercancía, cepillos, tirantes, hojas de afeitar, cordones, etcétera, pero de camino se enteró por el cartero de que Wegmüller estaba de vacaciones y Riesen le sustituía. Así que no había sabido qué hacer y se había tumbado en la hierba; él conocía a las autoridades y sabía que nuestros policías jóvenes experimentan muy a menudo arrebatos de celo profesional. Se fue quedando dormido. El pequeño valle en sombras, la carretera atravesando el bosque. No demasiado lejos, una familia de campesinos trabajando, con un perro dando vueltas alrededor. La comida en El Oso de Fehren había sido opulenta: Bernerplatte^[10] y Twanner^[11]; le gustaba comer opíparamente, y tenía los medios para ello, puesto que, a pesar de ir tan descuidado, desaseado y harapiento, su aspecto engañaba, pues él era uno de esos buhoneros que ganan dinero y tenía algo ahorrado. Después vinieron cuatro cervezas y, cuando se tumbó en la hierba, dos tabletas de chocolate. La tormenta y las rachas de viento le habían adormecido por completo. Pero un poco más tarde le sobresaltó un grito, el grito nervioso de una niña pequeña, y le había parecido, cuando miró amodorrado a su alrededor, como si la familia de campesinos se hubiese sorprendido un momento, prestando atención a algo; pero después, mientras el perro seguía dando vueltas a su alrededor, volvieron a sus posturas encorvadas. Algún pájaro, eso fue lo que se le pasó por la cabeza, un búho pequeño tal vez, qué sabía él. Pero la explicación le tranquilizó. Se quedó adormecido otra vez, pero entonces le llamó la atención el repentino silencio de muerte de la naturaleza, y observó de pronto el cielo, ahora siniestro. Inmediatamente se deslizó dentro de los zapatos y recogió la canasta, incómodo y receloso, y entonces el grito del misterioso pájaro llegó de nuevo a sus oídos. Entonces decidió que sería mejor no tentar a Riesen, dejar a Mägendorf lo que era de Mägendorf. Era un nido nada rentable. Había querido volver a continuación a la ciudad y había tomado el sendero del bosque para atajar hasta la estación de

SBB^[12], y fue allí donde se quedó clavado ante el cuerpo de la niña asesinada. Después había ido a El Ciervo y había informado a Matthäi; no les había dicho nada a los campesinos, por miedo a convertirse en sospechoso.

Ésa fue su declaración. Dejé que el hombre se desahogara, pero no le permití marcharse. Tal vez no fue lo correcto. El fiscal no había dictado prisión preventiva, pero no había tiempo para andarse con remilgos. Su relato me parecía fiel a la verdad, pero estaba aún por demostrar, y además Von Gunten tenía antecedentes. Yo estaba de mal humor. Aquel caso no me daba buena espina: todo se iba a ir a la mierda de algún modo, no sabía cómo; simplemente era así como lo sentía. Me acerqué a la *boutique*, como yo la llamaba, un cuartucho lleno de humo al lado de mi despacho oficial. Me había agenciado una botella de Châteauneuf-du-Pape en un restaurante cerca de Sihlbrücke, y me tomé unos cuantos vasos. Reinaba siempre un terrible desorden en aquel cuarto, no voy a negarlo; libros y expedientes amontonados unos sobre otros, a propósito, naturalmente, pues soy de la opinión de que en este Estado tan sumamente organizado todo el mundo tiene la obligación de procurarse pequeñas islas de desorden, aunque sea a escondidas. Después hice que me trajesen las fotografías. Eran terribles. A continuación estudié el mapa. El lugar del crimen no habría podido ser elegido de manera más perversa. No era posible deducir a priori si el asesino provenía de Mägendorf, de los pueblos cercanos o de la ciudad, y tampoco si había llegado andando o en tren. Todo era posible. Llegó Matthäi.

—Lamento mucho —le dije— que haya tenido que ocuparse de un asunto tan triste en su último día con nosotros.

—Es nuestro trabajo, comandante.

—Cada vez que miro estas fotografías, me dan ganas de mandar ese trabajo al infierno —respondí, y volví a guardar las fotografías en el sobre.

Estaba enfadado, y tal vez no atinaba a dominar del todo mis sentimientos. Matthäi era mi mejor comisario —ya ve usted que insisto en llamarle así, dándole un rango que, aunque no es el correcto, me resulta más simpático—, en ese momento detestaba profundamente que tuviera que marcharse.

Fue como si adivinara mis pensamientos.

—Creo que lo mejor sería que le diese el caso a Henzi —dijo.

Dudé. Habría considerado la propuesta si no se tratara de una agresión sexual. Con cualquier otro delito es mucho más fácil. Sólo es preciso considerar los motivos, necesidad de dinero, arrebatos pasionales, y el círculo se estrecha alrededor del sospechoso. Pero con una agresión sexual ese método no tiene sentido. Puede ser que uno vea a una niña, o a un niño, durante un viaje de negocios, le haga subir a su automóvil: ningún testigo, ningún observador, y esa noche está otra vez sentado en su casa, tal vez en Lausana, tal vez en Basilea, donde sea, y nosotros aquí, sin puntos de apoyo. No subestimaba a Henzi, era un agente muy capaz, pero no me parecía lo suficientemente experimentado.

Matthäi no compartía mis preocupaciones.

—Lleva tres años trabajando a mis órdenes —dijo—, yo le he enseñado el oficio, y no puedo imaginarme un sucesor más capacitado. Cumplirá su cometido igual que lo haría yo. Y además yo todavía puedo estar aquí mañana —concedió.

Hice venir a Henzi y le ordené que organizara con el brigadier Treuler una sección de homicidios restringida. Le alegró; era su primer «caso autónomo».

—Agradézcaselo a Matthäi —gruñí, y le pregunté por el estado de ánimo de los hombres. Andábamos a ciegas, no teníamos puntos de apoyo ni resultados, y era importante que los hombres no se percatasen de nuestra inseguridad.

—Están convencidos de que ya tenemos al asesino —hizo notar Henzi.

—¿El buhonero?

—El sospechoso no está descartado del todo. Von Gunten ya cometió una vez un delito de abusos.

—Con una de catorce —objetó Matthäi—. Esto es muy distinto.

—Deberíamos someterle a un interrogatorio —propuso Henzi.

—Hay tiempo para eso —resolví—. No creo que ese hombre tenga nada que ver con el asesinato. Es simplemente antipático, y eso aquí equivale a sospechoso. Pero ése es un principio subjetivo, señores, no científico, y no podemos abandonarnos a él sin poner más de nuestra parte.

Con eso me despedí de ellos sin que mi humor hubiera mejorado.

Movilizamos a todos los hombres disponibles. Aquella misma noche y durante el día siguiente indagamos en los garajes por si se habían encontrado manchas de sangre en algún coche, y más tarde hicimos lo mismo en las lavanderías. Después comprobamos las coartadas de todos aquellos que alguna vez habían tenido contacto con ciertos artículos del código penal. Nuestros hombres, equipados con perros e incluso con un detector de minas, penetraron en el bosque de Magendorf donde se había cometido el crimen. Escudriñaron cada árbol en busca de huellas, esperando ante todo encontrar el arma del crimen. Analizaron sistemáticamente cada metro cuadrado, descendieron por la quebrada, inspeccionaron el arroyo. Reunieron los objetos encontrados y peinaron el bosque hasta Magendorf.

Yo mismo tomé parte en la búsqueda, aunque no era mi estilo. También Matthäi parecía inquieto. Era una agradable mañana de primavera, suave, sin viento, pero seguíamos de un humor lúgubre. Henzi interrogaba a los campesinos y a los obreros de la fábrica en El Ciervo, y nosotros nos encaminamos a la escuela. Acortamos camino atravesando un prado con árboles frutales. Algunos ya estaban llenos de flores. Procedente de la escuela, se oía cantar «Toma mi mano y guíame»^[13]. La plaza delante de la escuela estaba vacía. Llamé a la puerta del aula de la que salía el canto, y entramos.

Quienes cantaban eran niños y niñas, de entre seis y ocho años. Las tres clases inferiores. La maestra, que dirigía el coro, dejó caer las manos y nos miró con desconfianza. Los niños dejaron de cantar.

—¿Señorita Krumm?

—¿Sí?

—¿La maestra de Gritli Moser?

—¿Qué quieren de mí?

La señorita Krumm andaba cerca de los cuarenta, era flaca, con grandes ojos agriados.

Me presenté y después me dirigí a los niños.

—¡Buenos días, niños!

Los niños me miraban con curiosidad.

—¡Buenos días! —dijeron.

—Estabais cantando una bonita canción.

—Estamos ensayando el coro para el funeral de Gritli —explicó la maestra.

En el cajón de arena habían construido la isla de Robinsón. En las paredes colgaban dibujos infantiles.

—¿Qué tipo de niña era Gritli? —pregunté, vacilante.

—Todos la queríamos —dijo la maestra.

—¿Era inteligente?

—Era una niña con una fantasía extraordinaria.

Volví a vacilar.

—Tengo que hacerles algunas preguntas a los niños.

—Adelante.

Caminé entre la clase. La mayoría de las niñas llevaba todavía trenzas y delantales de colores.

—Habréis oído —dije— lo que le ha pasado a Gritli Moser. Yo soy de la policía, el comandante, algo así como el jefe de unos soldados, y mi trabajo es buscar al hombre que ha matado a Gritli. No voy a hablaros como a niños, sino como a adultos. El hombre al que buscamos está enfermo. Todos los hombres que hacen algo así están enfermos. Y como está enfermo, intenta atraer a los niños a un escondite para hacerles daño, puede ser en un bosque o en una cueva, siempre en un sitio oculto, y eso ocurre muy a menudo: en el cantón tenemos más de doscientos casos al año. Y muchas veces ocurre incluso que ese hombre hace tanto daño a un niño que lo mata, como le ocurrió a Gritli. Por eso tenemos que encerrar a esos hombres. Son demasiado peligrosos para dejarles vivir en libertad. Os preguntaréis ahora por qué no encerramos antes a ese hombre, antes de que ocurriese una desgracia como la de Gritli. Pues porque no hay ninguna manera de reconocer a esos hombres enfermos. Están enfermos por dentro, no por fuera.

Los niños escuchaban conteniendo la respiración.

—Tenéis que ayudarme —proseguí—. Tenemos que encontrar al hombre que mató a Gritli Moser, o de lo contrario matará a otra niña.

Yo estaba ahora en medio de la clase.

—¿Dijo Gritli si algún extraño había hablado con ella?

Los niños callaban.

—¿Hay algo de Gritli que os haya llamado últimamente la atención?

Los niños no sabían nada.

—¿Tenía Gritli últimamente alguna cosa que no tuviese antes?

Los niños no respondían.

—¿Quién era la mejor amiga de Gritli?

—Yo —musitó una niña.

Era una cosita diminuta con el pelo y los ojos castaños.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Ursula Fehlmann.

—Entonces tú eras amiga de Gritli, Ursula.

—Nos sentábamos juntas.

La niña hablaba en voz tan baja que tuve que agacharme.

—¿Y a ti tampoco hubo nada que te llamara la atención?

—No.

—¿No se encontró Gritli con nadie?

—Sí, se encontró con alguien —respondió la niña.

—¿Con quién?

—No era un hombre —dijo la niña.

La respuesta me sorprendió.

—¿Qué quieres decir, Ursula?

—Se encontró con un gigante —dijo la niña en voz baja.

—¿Un gigante?

—Sí —dijo la niña.

—¿Quieres decir que se tropezó con un hombre muy grande?

—No, mi padre es un hombre muy grande, pero no es un gigante.

—¿Cómo de grande era entonces? —pregunté.

—Como una montaña —respondió la niña— y negro del todo.

—Y ese... gigante... ¿le regaló algo a Gritli? —pregunté.

—Sí —dijo la niña.

—¿Qué?

—Un erizo.

—¿Un erizo? ¿Qué quieres decir, Ursula? —pregunté, confuso.

—El gigante tenía erizos pequeños por todas partes —aseguró la niña.

—Eso no tiene sentido, Ursula —le objeté—, ¡un gigante no tiene erizos!

—Este era un gigante con erizos.

La niña no cedió un ápice. Volví junto al atril de la maestra.

—Tenía usted razón —dije—, parece que Gritli tenía realmente mucha fantasía, señorita Krumm.

—Era una niña muy creativa —respondió la maestra y clavó sus ojos tristes en algún punto en el vacío—. Ahora tengo que seguir ensayando con el coro. Para el funeral de mañana. Los niños todavía no están listos.

Comenzó a dar el tono.

Los niños volvieron a cantar «Toma mi mano y guíame».

Tampoco el interrogatorio de los magendorfianos en El Ciervo —donde relevamos a Henzi— produjo nada nuevo, y por la tarde volvimos a Zurich tan faltos de resultados como habíamos llegado. Silenciosos. Yo había fumado mucho y me había tomado un tinto de la región. Ya conoce usted ese vino traidor. Matthäi iba sentado junto a mí en el asiento de atrás del coche, igual de fúnebre que yo, y sólo cuando empezamos a descender hacia el Römerhof empezó a hablar.

—No creo —dijo— que el asesino sea de Mägendorf. Debe tratarse del mismo criminal que en el cantón de Sankt-Gallen y el cantón de Schwyz: el asesinato se ha producido de la misma manera. Me parece muy plausible que el sujeto opere desde Zurich.

—Es posible —contesté yo.

—Será algún conductor, posiblemente algún viajante. El campesino Gerber vio un coche aparcado en el bosque.

—Hoy he interrogado yo personalmente a Gerber —expliqué—. Ha admitido que dormía demasiado profundamente para poder darse cuenta de nada.

Nos quedamos callados de nuevo.

—Me sabe mal dejarle en mitad de un caso sin resolver —comenzó él entonces, con voz algo insegura—, pero tengo que cumplir el contrato con el gobierno de Jordania.

—¿Parte usted mañana? —le pregunté.

—A las tres de la tarde —respondió—, vía Atenas.

—Le envidio, Matthäi —dije, y hablaba en serio—. También a mí me gustaría más ser jefe de policía entre los árabes que aquí en Zurich.

Después le dejé junto al Hotel Urban, donde vivía desde hacía años, y me dirigí al Kronenhalle, donde comí debajo del cuadro de Miró. Siempre me siento ahí y como hasta reventar.

Cuando volví a la Kasernenstrasse a eso de las diez, al pasar delante del hasta entonces despacho de Matthäi, me encontré con Henzi en el pasillo. Ya había abandonado Mägendorf al mediodía, y eso me había sorprendido, pero como le había puesto al frente del caso, no me pareció apropiado cuestionar sus actos. Henzi era de Berna, ambicioso, pero apreciado por los hombres. Se había casado con una Hottinger ^[14], se había pasado del partido socialista a los liberales y llevaba camino de hacer carrera. Esto lo menciono sólo de pasada; ahora está con los independientes.

—El tipo todavía no ha confesado —dijo.

—¿Quién? —le pregunté, sorprendido, deteniéndome frente a él—. ¿Quién no ha confesado?

—Von Gunten.

Vacilé.

—¿Cuánto tiempo llevan de interrogatorio?

—Toda la tarde —dijo Henzi— y nos pasaremos toda la noche si es preciso. Ahora está Treuler con él. Yo sólo he salido a tomar un poco el aire.

—Me gustaría estar presente —respondí, con cierta curiosidad, y entré en el hasta entonces despacho de Matthäi.

El buhonero estaba sentado en una silla de oficina sin respaldo. Treuler había arrastrado su silla hasta el escritorio de Matthäi, usándolo ahora para apoyar su brazo izquierdo, y tenía las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en su mano izquierda. Fumaba un cigarrillo. Feller levantaba acta. Henzi y yo permanecíamos junto a la puerta, fuera de la vista del buhonero, que nos volvía la espalda.

—Yo no lo hice, sargento —murmuraba el buhonero.

—Tampoco he dicho que lo hicieras. Yo sólo he dicho que podrías haberlo hecho —replicó Treuler—. Ya averiguaremos si tengo razón o no. Empecemos desde el principio. Te habías detenido junto al linde del bosque, tan campante, ¿no es eso?

—Sí, sargento.

—¿Y te dormiste?

—Así es, sargento.

—¿Por qué? Tú querías ir a Mägendorf.

—Estaba cansado, sargento.

—¿Por qué interrogaste al cartero sobre la policía de Mägendorf?

—Para informarme, sargento.

—¿Qué querías saber?

—No me han renovado la licencia. Por eso quería saber cómo andaban las cosas con la policía de Mägendorf.

—¿Y cómo andaban las cosas con la policía de Magendorf?

—Me enteré de que en Magendorf había un sustituto. Eso me dio miedo, sargento.

—Yo soy también un sustituto —explicó el policía secamente—. ¿También te doy miedo?

—Sí, sargento.

—En esas circunstancias, ¿ya no querías ir al pueblo?

—Eso es, sargento.

—Esa es una versión de los hechos no tan mala —dijo Treuler, aprobatorio—. Pero tal vez haya otra versión que tenga la ventaja de ser la verdadera.

—He dicho la verdad, sargento.

—¿No sería que estabas intentando averiguar por el cartero si había algún policía cerca?

El buhonero miró a Treuler con desconfianza.

—¿Qué quiere decir con eso, sargento?

—Bueno —respondió Treuler con tranquilidad—, creo que querías cerciorarte, ante todo, de la ausencia de policía en el valle, porque estabas esperando a la niña.

El buhonero, aterrado, miró fijamente a Treuler.

—Yo no conocía a la niña, sargento —gritó, desesperado—, y aunque la hubiera conocido, nunca habría podido hacer tal cosa. No estaba yo solo en el valle. La familia de campesinos estaba allí, en el campo. Yo no soy un asesino. ¡Tiene que creerme!

—Pero si te creo —le concedió Treuler—, sólo es que tengo que verificar tu historia, tienes que entenderlo. Nos has contado que después de tomarte ese descanso te internaste en el bosque para volver a Zurich.

—Venía la tormenta —explicó el buhonero—, así que quería tomar un atajo, sargento.

—¿Y fue entonces cuando encontraste el cuerpo?

—Sí.

—¿Y no lo tocaste?

—Eso es, sargento.

Treuler se quedó en silencio. Aunque yo no podía ver la cara del buhonero, sentía toda su angustia. Me apenaba. Pero cada vez estaba más convencido de que era culpable, aunque tal vez sólo fuese porque esperaba encontrar finalmente a un culpable.

—Te hemos quitado la ropa, Von Gunten, y te hemos dado otra. ¿Puedes decirme por qué? —preguntó Treuler.

—No lo sé, sargento.

—Para efectuar una prueba con bencidina. ¿Sabes qué es una prueba con bencidina?

—No, sargento —respondió sin aliento el buhonero.

—Una prueba química para detectar manchas de sangre —explicó Treuler con una placidez fantasmal—. Hemos encontrado sangre en tu guardapolvo, Von Gunten. Y era de la niña.

—Porque... porque tropecé con el cuerpo, sargento —sollozó Von Gunten—. Fue espantoso.

Se tapó la cara con las manos.

—¿Y eso nos lo has ocultado, naturalmente, por miedo?

—Sí, sargento.

—¿Y ahora tenemos que creerte otra vez?

—Yo no soy el asesino, sargento —suplicó el buhonero, desesperado—, créame. Vaya a buscar al doctor Matthäi, él sabe que digo la verdad. Por favor.

—El doctor Matthäi ya no se ocupa de este caso —respondió Treuler—. Mañana se marcha a Jordania.

—A Jordania —susurró Von Gunten—. No lo sabía.

Se quedó callado, mirando al suelo. Se hizo en la habitación un silencio sepulcral, sólo se oía el tic-tac del reloj y alguna vez un automóvil que pasaba por la calle.

Entonces intervino Henzi. Primero cerró la ventana, después se sentó tras el escritorio de Matthäi, con aire amigable y cortés, pero colocando la lámpara de tal modo que la luz iba a caer sobre el buhonero.

—No se exalte, señor Von Gunten —dijo el teniente, afable—, no queremos maltratarle, sólo nos esforzamos por averiguar la verdad. Por eso hemos de recurrir a usted. Es usted el testigo más importante. Tiene usted que ayudarnos.

—Sí, doctor —respondió el buhonero, y pareció que cobraba de nuevo algo de valor. Henzi se preparó una pipa—. ¿Qué fuma usted, Von Gunten?

—Cigarrillos, doctor.

—Dele uno, Treuler.

El buhonero meneó la cabeza. Miró al suelo. La luz le cegaba.

—¿Le molesta la luz? —preguntó amablemente Henzi.

—Me da directamente en los ojos.

Henzi volvió a regular la pantalla de la lámpara.

—¿Mejor así?

—Mejor —respondió el buhonero en voz baja. Su voz sonaba agradecida.

—Dígame usted, Von Gunten, ¿qué vende usted? ¿Paños de cocina? —empezó Henzi.

—Sí, paños de cocina también.

El buhonero había dudado al responder. No sabía qué pretendía Henzi con aquella pregunta.

—¿Y qué más?

—Cordones, doctor. Cepillos de dientes. Pasta de dientes. Crema de afeitar.

—¿Cuchillas de afeitar?

—También, doctor.

—¿De qué marca?

—Gillette.

—¿Eso es todo, Von Gunten?

—Creo que sí, doctor.

—De acuerdo. Pero creo que se ha olvidado usted de algo —dijo Henzi mientras volvía a ocuparse de su pipa—. No tira bien —comentó, y como de pasada añadió—: Enumere usted el resto de sus cosas con calma, Von Gunten. Hemos inspeccionado con todo detalle su canasta.

El buhonero no dijo nada.

—¿Y bien?

—Cuchillos de cocina, doctor —dijo el buhonero en voz baja y afligida. Su cuello perlado de sudor. Henzi dejaba escapar una bocanada de humo detrás de otra, con tranquilidad, lentamente, un joven y amable señor lleno de benevolencia.

—¿Algo más, Von Gunten, aparte de cuchillos de cocina?

—Navajas de afeitar.

—¿Por qué ha dudado usted en reconocerlo?

El buhonero no respondió. Henzi alargó la mano sin intención aparente, como si fuese a ocuparse de nuevo de la lámpara. Pero volvió a retirar la mano cuando Von Gunten se estremeció. El sargento miró al buhonero sin compasión alguna. Fumaba un cigarrillo tras otro. A esto se añadía el humo de la pipa de Henzi. El aire en la habitación era asfixiante. Me hubiera encantado abrir la ventana. Pero formaba parte del método tener la ventana cerrada.

—La niña fue asesinada con una navaja de afeitar —constató Henzi, de forma discreta y como por casualidad. Silencio. El buhonero parecía que se hubiese desplomado en su silla, exangüe.

—Estimado señor Von Gunten —continuó Henzi, mientras se reclinaba en su asiento—, hablemos de hombre a hombre. No necesitamos engañarnos. Yo sé que ha cometido usted el crimen. Pero también sé que está usted tan horrorizado por su acción como yo, como todos. Fue algo que ocurrió, simplemente. De repente se convirtió usted en una bestia, asaltó y mató a la niña sin que usted quisiera y sin poder hacer otra cosa. Algo era más fuerte que usted. Y cuando volvió en sí, Von Gunten, se horrorizó usted lo indecible. Se marchó usted a Mägendorf porque quería entregarse, pero ahora ha perdido el coraje. El coraje de confesar. Tiene usted que recobrar ese coraje, Von Gunten. Y nosotros queremos ayudarle.

Henzi guardó silencio. El buhonero se removió un poco en su silla. Parecía que se hubiera venido abajo.

—Yo soy su amigo, Von Gunten —afirmó Henzi—, aproveche esta oportunidad.

—Estoy cansado —se quejó el buhonero.

—Todos lo estamos —respondió Henzi—. Sargento Treuler, tráiganos café y cerveza para más tarde. También para nuestro huésped Von Gunten, en la policía cantonal somos hospitalarios.

—Soy inocente, comisario —musitó el buhonero con voz ronca—, soy inocente.

Sonó el teléfono; Henzi contestó, escuchó con atención, colgó y sonrió.

—Dígame, Von Gunten, ¿qué comió usted ayer? —preguntó con calma.

—Bernerplatte.

—¿Y qué más?

—Queso y postre.

—¿Emmental, Gruyere?

—Tilsiter y Gorgonzola —respondió Von Gunten, limpiándose el sudor de los ojos.

—Comen bien, los buhoneros —replicó Henzi—. ¿Y no comió usted nada más?

—Nada.

—Yo me lo pensaría mejor —le advirtió Henzi.

—Chocolate —recordó de pronto Von Gunten.

—¿Lo ve usted, como había algo más? —asintió Henzi, animándole—. ¿Dónde lo

comió?

—Junto al bosque —dijo el buhonero, y miró a Henzi con suspicacia y cansancio. El teniente apagó la lámpara.

Ahora sólo la luz del escritorio iluminaba débilmente la habitación llena de humo.

—Acabo de recibir el informe del instituto médico forense, Von Gunten —explicó Henzi, pesaroso—. Han diseccionado a la niña. Y han encontrado chocolate en su estómago.

Ahora también yo estaba convencido de que el buhonero era culpable. Su confesión era sólo cuestión de tiempo. Asentí en dirección a Henzi y salí de la habitación.

No me había equivocado. A la mañana siguiente, era sábado, Henzi me llamó a las siete. El buhonero había confesado. A las ocho ya estaba yo en la oficina. Henzi se encontraba todavía en el despacho que había sido de Matthäi. Miraba por la ventana abierta, cuando se volvió hacia mí, cansado, y me saludó. Botellas de cerveza por el suelo, el cenicero repleto. Pero no había nadie más en el cuarto.

—¿Una confesión detallada? —pregunté.

—Todavía hay que corregirla —respondió Henzi—. La cuestión es que ha confesado.

—Espero que se haya procedido de la forma correcta —gruñí. El interrogatorio había durado más de veinte horas. Naturalmente, eso no estaba permitido: pero en la policía no siempre podemos seguir el reglamento.

—No se ha empleado ningún método prohibido, comandante —explicó Henzi.

Fui a la *boutique* e hice que me trajeran al buhonero. Apenas podía sostenerse y le sujetaban los policías que le habían doblegado; pero no se sentó cuando se lo pedí.

—Von Gunten —dije involuntariamente con un tono amigable en la voz—, he oído que ha confesado usted haber matado a la pequeña Gritli Moser.

—Yo maté a la niña —respondió el buhonero mirando al suelo y en voz tan baja que apenas pude entenderle—. Ahora déjenme en paz.

—Váyase ahora a dormir, Von Gunten —dije—, más tarde seguiremos hablando.

Le condujeron fuera. En la puerta se dio de bruces con Matthäi. El buhonero se detuvo. Respiraba con dificultad. Su boca se abrió como si quisiera decir algo, pero se calló. Lo único que hizo fue mirar a Matthäi, que se hizo a un lado, azorado.

—Vamos —dijo el policía y se llevó a Von Gunten.

Matthäi entró en la *boutique* y cerró la puerta tras de sí. Yo encendí un Bahianos.

—Ahora, Matthäi, ¿qué dice usted de esto?

—¿Lo han interrogado durante más de veinte horas?

—Ese método lo aprendió Henzi de usted, también usted era así de obstinado en sus interrogatorios —le repliqué—. Pero siendo su primer caso, el primer caso de Henzi propiamente dicho, lo ha llevado de perlas, ¿no le parece?

Matthäi no me respondió.

Mandé traer dos cafés con leche y unos *croissants*.

Ambos teníamos mala conciencia. El café caliente no nos puso de mejor humor.

—Tengo la impresión —dijo Matthäi finalmente— de que Von Gunten se

retractará de su confesión.

—Es posible —contesté, lóbrego—, y entonces tendremos que trabajármolo de nuevo.

—¿Le considera usted culpable? —preguntó.

—¿Usted no? —le repliqué.

Matthäi vaciló:

—Sí, seguramente sí —respondió sin convicción.

A través de la ventana la mañana inundaba la habitación. Plateada y borrosa. Desde el Sihlquai llegaban los ruidos de la calle y el estrépito de los soldados en sus barracones.

Entonces apareció Henzi. Entró sin llamar.

—Von Gunten se ha ahorcado —nos anunció.

La celda se encontraba al final del largo pasillo. Corrimos hacia allí. Dos hombres se encargaban ya del buhonero. Yacía en el suelo. Le habían rasgado la camisa; el pecho velludo estaba inmóvil. En la ventana se bamboleaban todavía sus tirantes.

—No puede hacerse nada más —comentó uno de los policías—. Está muerto.

Volví a encender mi Bahianos apagado, y Henzi encendió un cigarrillo.

—Con esto queda cerrado el caso Gritli Moser —declaré y, fatigado, emprendí la vuelta a mi despacho a través del interminable pasillo—. Y a usted, Matthäi, le deseo un feliz viaje a Jordania.

Sin embargo, cuando Feller, a eso de las dos de la tarde, recogió a Matthäi para llevarle al aeropuerto, y como el equipaje ya había sido facturado, el comisario comentó que, dado que aún tenía tiempo, le gustaría dar un rodeo por Magendorf. Feller obedeció y condujo a través del bosque. Llegaron a la plaza del pueblo cuando pasaba el cortejo fúnebre, una larga comitiva de gente silenciosa. Gente del pueblo y de las aldeas vecinas, junto con otros que habían venido de la ciudad para asistir al entierro. Los periódicos ya habían informado de la muerte de Von Gunten; había una sensación general de alivio. La justicia había triunfado. Matthäi había dejado el coche y se hallaba, junto con Feller y rodeado de niños, enfrente de la iglesia. El féretro iba sobre un carro tirado por dos caballos y estaba cubierto de rosas blancas. Detrás del féretro iban los niños del pueblo, de dos en dos, con una corona, conducidos por la maestra, el profesor, el párroco, las niñas vestidas de blanco. A continuación iban los padres de Gritli Moser, dos sombras oscuras. La mujer se detuvo y contempló al comisario. Su rostro no tenía expresión, sus ojos estaban vacíos.

—Ha cumplido su promesa —dijo en voz baja, pero con tanta claridad que Matthäi pudo oírla—. Gracias.

Siguió caminando. Indómita, orgullosa junto a un hombre roto, definitivamente viejo.

Toda la comitiva desfiló por delante del comisario: el alcalde, representantes del gobierno, campesinos, obreros, amas de casa, hijas, todos con sus mejores vestidos, con el traje de los domingos. Todo era silencio bajo el sol de la tarde, ninguno de los espectadores hacía el menor ruido, sólo eran audibles el repicar de las campanas de la iglesia, el rodar del carro y los incontables pasos de los hombres sobre el rugoso pavimento de la calle.

—Lléveme al aeropuerto —dijo Matthäi, y volvieron a subir al coche.

Después de despedirse de Feller, y tras haber pasado el control de pasaportes, Matthäi compró la *Neue Zürcher Zeitung* en la sala de espera. En ella venía una fotografía de Von Gunten en la que se le identificaba como asesino de Gritli Moser, pero también venía una fotografía del comisario con una reseña sobre su honroso nombramiento. Un hombre que se encontraba en la cima de su carrera. Sin embargo, cuando se encaminaba hacia la pista de despegue, con el impermeable colgado del brazo, observó que la terraza del edificio estaba llena de niños. Eran colegiales que visitaban el aeropuerto. Había chicos y chicas con coloridas ropas de verano, y un rincón con banderitas y pañuelos al viento, gritos de júbilo y de asombro ante las subidas y las bajadas de los gigantescos aparatos plateados. El comisario, absorto, tardó en alcanzar el avión de Swissair que le esperaba. Cuando llegó, ya todos los demás pasajeros habían subido. La azafata que les había conducido al avión le tendió la mano para recoger el billete, pero el comisario se volvió de nuevo. Observó a los niños que, alegres y envidiosos, hacían señas hacia los aviones a punto de despegar.

—Señorita —dijo—, yo no voy.

Y se volvió hacia el edificio del aeropuerto, atravesando la terraza y el incommensurable tropel de niños en dirección a la salida.

A primera hora de la mañana del domingo recibí a Matthäi, pero no en la *boutique*, sino en el despacho oficial, con sus igualmente oficiales vistas al Sihlquai. Las paredes cubiertas de cuadros de Gubler, Morgenthaler y Hunziker, respetados pintores de Zurich. Yo estaba furioso, me habían estado fastidiando; había recibido una llamada del departamento político, de un hombre empeñado en hablar en francés y sólo en francés; la embajada jordana había protestado y el consejo de gobierno me exigía explicaciones que yo no podía dar, pues no comprendía el proceder de mi antiguo subordinado.

—Tome asiento, señor Matthäi —dije. La formalidad de mi trato le entristeció un poco. Nos sentamos. Yo no fumaba y no hacía ademán de ir a hacerlo. Eso le desconcertó—. La Confederación —proseguí— acordó enviar a un experto policial al Estado jordano, señor doctor Matthäi, acuerdo por el cual adquirió usted un compromiso con Jordania. Ha faltado usted a ese compromiso al negarse a viajar. Los dos somos expertos en leyes, no necesito hablar más claro.

—No es necesario —dijo Matthäi.

—Por eso le pido que haga aún ese viaje a Jordania, y tan rápidamente como le sea posible —le sugerí.

—No voy a hacerlo —replicó Matthäi.

—¿Por qué no?

—El asesino de Gritli Moser sigue en libertad.

—¿Cree usted que el buhonero era inocente?

—Sí.

—Pero tenemos su confesión.

—Debió de perder los nervios. El largo interrogatorio, la desesperación, el sentimiento de haber sido abandonado. Y yo no estoy libre de culpa por ello —continuó en voz baja—. El buhonero acudió a mí, y yo no le ayudé. Quería irme a Jordania.

La situación era extraordinaria. Todavía el día anterior nos tratábamos mutuamente con absoluta familiaridad, y ahora estábamos sentados tiesos y formales el uno frente al otro con nuestros trajes de domingo.

—Quiero pedirle que me asigne de nuevo el caso, comandante —dijo Matthäi.

—A eso no puedo acceder bajo ninguna circunstancia —respondí—; usted ya no forma parte de esto, señor Matthäi.

El comisario me miró sorprendido.

—¿Estoy despedido?

—Usted ya no pertenece a la policía cantonal, dado que aceptó el puesto en Jordania —expliqué tranquilamente—. Si usted ha roto ese compromiso, es cosa suya. Pero si le colocáramos aquí de nuevo, eso significaría que aprobamos el paso que ha dado. Tiene usted que comprender que eso es imposible.

—Ya —respondió Matthäi—. Lo comprendo.

—Desgraciadamente ya no puede hacerse nada —sentencié. Nos quedamos un instante callados.

—Cuando pasé por Magendorf de camino al aeropuerto, había niños allí —dijo Matthäi en voz baja.

—¿Qué quiere decir con eso?

—En el cortejo fúnebre había niños.

—Eso es algo natural.

—Y también en el aeropuerto había niños, estaba lleno de colegiales.

—¿Y qué?

Me quedé observando a Matthäi con admiración.

—Supongamos que tengo razón, supongamos que el asesino de Gritli Moser vive aún, ¿no estarían todos esos niños en peligro? —preguntó Matthäi.

—Seguramente —contesté con calma.

—Si sigue existiendo la posibilidad de que estén en peligro —continuó Matthäi con énfasis—, es obligación de la policía proteger a los niños e impedir un nuevo crimen.

—Por eso no tomó usted el avión —le pregunté, despacio—, para proteger a los niños.

—Por eso —respondió Matthäi.

Callé durante un rato. Ahora veía la cosa más clara y empezaba a comprender a Matthäi. Debíamos admitir la posibilidad de que los niños corrieran peligro, dije entonces. En el caso de que la suposición de Matthäi fuese correcta, sólo cabría esperar que el asesino real se entregara o, en el peor de los casos, que en su siguiente crimen dejara alguna pista que nos fuese más útil. Lo que estaba diciendo sonaba cínico, pero no lo era. Era solamente terrible. El poder de la policía tenía límites y debía tener límites. Ciertamente todo era posible, también lo inverosímil, pero nosotros teníamos que ceñirnos a lo verosímil. No podíamos afirmar a ciencia cierta si Von Gunten era culpable, nunca podríamos afirmarlo; pero podíamos afirmar que probablemente era culpable. A no ser que nos inventáramos a un culpable desconocido, el buhonero era el único candidato que teníamos. Ya había cometido abusos sexuales, llevaba consigo una navaja de afeitar y chocolate, tenía sangre en la ropa, había desempeñado su oficio en Schwyz y en Sankt-Gallen, donde se habían cometido los otros dos crímenes, y además había hecho una confesión y se había suicidado: dudar de su culpabilidad sonaba a diletantismo. El sentido común nos

decía que Von Gunten era el asesino. Corríamos el riesgo de que el sentido común estuviese equivocado, el riesgo de ser humanos. Tendríamos que aceptarlo. Y por desgracia el asesinato de Gritli Moser no era el único crimen del que debíamos ocuparnos. Acabábamos de enviar una patrulla a Schlieren. Había habido cuatro asaltos violentos aquella noche. Desde un punto de vista puramente técnico, ya no podíamos permitirnos el lujo de reabrir la investigación. Sólo podíamos hacer lo que estuviera en nuestra mano y lo habíamos hecho. Los niños siempre estaban en peligro. Cada año se producían más de doscientos crímenes con componente sexual. Sólo en el cantón. Podíamos educar a los padres, prevenir a los niños, y lo habíamos hecho, pero nunca podríamos cerrar tan estrechamente el cerco policial que no se produjese ningún otro crimen. Siempre habría crímenes, y no porque hubiera poca policía, sino porque había policía, en general. Si no fuéramos necesarios, no habría crímenes. Debíamos tener eso siempre presente. Teníamos que cumplir con nuestro deber, en eso llevaba razón Matthäi, pero nuestro primer deber consistía en mantenernos dentro de nuestros límites, de lo contrario acabaríamos siendo un Estado policial.

Me callé.

Fuera empezaron a repicar las campanas de la iglesia.

—Comprendo que su situación... personal... se ha vuelto difícil. Se encuentra usted entre la espada y la pared —concluí, conciliador.

—Se lo agradezco, señor —dijo Matthäi—. De momento quiero ocuparme del caso de Gritli Moser. En privado.

—Abandone ese asunto —le aconsejé.

—Ni lo sueñe —respondió.

No manifesté mi irritación.

—¿Puedo al menos rogarle que no nos atosigue más con el tema? —le pregunté mientras me levantaba.

—Como usted quiera —dijo Matthäi. Tras lo cual nos despedimos sin darnos la mano.

Fue duro para Matthäi tener que abandonar la comisaría vacía pasando por delante de su antiguo despacho. Habían cambiado ya la placa de la puerta, y Feller, que también en domingo andaba merodeando por allí, se azoró al encontrarse con él. Apenas saludó, sólo murmuró algo inaudible. Matthäi se sintió como un fantasma, pero lo que más penoso le resultaba era que ya no tenía un coche oficial a su disposición. Estaba resuelto a volverse a Mägendorf tan pronto como le fuese posible; pero ya no podía llevar a cabo su propósito sin más ni más, dado que el viaje hasta allí, aunque no largo, era complicado. Debía tomar el tren y después hacer transbordo a un autobús; en el tren se encontró con Treuler, que iba con su mujer a visitar a sus suegros; miró fijamente al comisario, atónito, pero no le hizo ninguna pregunta. Matthäi se encontró también con algunos otros conocidos, entre ellos un profesor de la ETH^[15] y un pintor. Les dio vagas explicaciones sobre el hecho de no haber partido a Jordania; de todos modos, la situación fue bastante violenta, puesto que habían celebrado juntos su «ascenso» y su partida; se sintió tan fantasmal como un resucitado.

En Mägendorf las campanas de la iglesia habían dejado de sonar. Los campesinos paseaban por la plaza del pueblo o se iban en grupos a El Ciervo. El tiempo era más fresco que la víspera, enormes bancos de nubes se aproximaban desde el oeste. Junto al Moosbach jugaban los crios al fútbol; nada indicaba que pocos días antes hubiese tenido lugar un crimen a pocos metros del pueblo. Todo era alegre, en alguna parte cantaban «Am Brunnen vor dem Tore»^[16]. Había niños jugando al escondite delante de una gran casa con fachada de madera entramada y un tejado imponente; un niño contaba en voz alta hasta diez, y los demás corrían a esconderse. Matthäi los miraba.

—Señor —dijo una vocecilla junto a él. Matthäi miró alrededor.

Entre una leñera y el muro de un jardín había una niña con un vestido azul. Ojos castaños, cabello castaño. Ursula Fehlmann.

—¿Qué quieres? —le preguntó el comisario.

—Ponte delante de mí —cuchicheó la niña—, así no me verán.

El comisario se situó delante de la niña.

—Ursula —dijo.

—No hables tan alto —musitó la niña— o se darán cuenta de que hablas con alguien.

—Ursula —musitó también el comisario—. Lo del gigante yo no me lo creo.

—¿Qué no te crees?

—Eso de que Gritli Moser se encontró con un gigante grande como una montaña.

—Pero había uno.

—¿Lo viste tú?

—No, pero lo vio Gritli. Ahora quédate quieto.

Un niño pelirrojo y con pecas se acercó con sigilo desde la casa. Era el niño al que le tocaba buscar. Se paró delante del comisario y luego continuó andando sigiloso hasta el otro lado de la casa. La niña se rió bajito.

—No me ha visto.

—Gritli te contó un cuento —cuchicheó el comisario.

—No —dijo la niña—. Todas las semanas el gigante esperaba a Gritli y le daba erizos.

—¿Dónde?

—En el valle de Rotkehlcher —respondió Ursula—. Y además ella lo dibujó. Así que tiene que existir. Y también los erizos.

Matthäi se sobresaltó.

—¿Gritli dibujó al gigante?

—El dibujo está colgado en la clase —dijo la niña—. Déjeme pasar.

Y escurriéndose por entre Matthäi y la leñera, corrió hacia la casa y con un grito de júbilo tocó la jamba de la puerta que hacía las veces de madre antes de que la alcanzara el niño que venía corriendo desde detrás de la casa.

Las noticias que me llegaron durante la mañana del lunes fueron estrambóticas e inquietantes. Primero me llamó el alcalde de Magendorf para quejarse de que Matthäi había entrado en la escuela y robado un dibujo de la difunta Gritli Moser; me dijo que no iba a permitir que la policía cantonal siguiera husmeando por su pueblo, necesitaban recuperar la tranquilidad después de todo el horror que habían vivido; finalmente, y no de manera amable, me advirtió de que perseguiría a Matthäi con un perro si volvía a verle por allí. Después fue Henzi quien se quejó de una violenta discusión que había tenido con Matthäi en el Kronenhalle. Su antiguo superior estaba visiblemente bebido, había vaciado un litro de *Réserve du Patron* y pedido coñac a continuación, después de lo cual le había llamado asesino de la justicia; a su esposa, la Hottinger, le había asqueado. Pero eso no fue todo. Tras el parte de la mañana, Feller me contó que nada menos que un tipo de la policía municipal le había dicho que Matthäi había sido visto en distintos bares y que se alojaba ahora en el Hotel Rex. También me enteré de que Matthäi, ahora, fumaba. Parisiennes. El tipo estaba como transformado, cambiado, como si en una noche hubiese mudado de carácter. Temí una inminente crisis nerviosa y llamé a un psiquiatra que a menudo elaboraba informes para nosotros.

Para mi sorpresa, el médico me contestó que Matthäi había pedido cita con él para aquella misma tarde, después de lo cual le informé de lo ocurrido.

A continuación escribí a la embajada de Jordania, informando de que Matthäi había caído enfermo y solicitando un permiso de dos semanas, después de las cuales el comisario se presentaría en Amán.

La clínica se encontraba lejos de la ciudad, cerca de un pueblo llamado Röthen. Matthäi había tomado el tren y debía recorrer aún un largo trecho. Estaba demasiado impaciente para esperar el camión de correos que en seguida le adelantó y al que Matthäi siguió con la mirada hosca. Atravesaba pequeñas aldeas. Junto a la carretera jugaban niños, y los campesinos trabajaban en los campos. El cielo plateado estaba cubierto. Había vuelto a enfriar, la temperatura iba hacia los cero grados, afortunadamente sin alcanzarlos. Matthäi bordeó las colinas y después de pasar Röthen siguió por el sendero que cruzando la llanura conducía a la casa de salud. Lo primero que le llamó la atención fue un edificio amarillo con una alta chimenea. Parecía corresponder a alguna lúgubre instalación fabril. Pero en seguida la imagen se volvió más amigable. En efecto, el edificio principal estaba oculto por hayas y chopos. Distinguió también cedros y una secoya gigante. Entró en el parque. El sendero se ramificaba. Matthäi siguió una señal que rezaba: «Dirección». Entre la vegetación centelleaba un estanque, aunque quizá era sólo un banco de niebla. Silencio sepulcral. Matthäi sólo oía sus pasos crujir sobre la grava. Después alcanzó a percibir el ruido de un rastrillo. Había un mozo ocupándose del sendero de grava. Se movía despacio y acompasadamente. Matthäi se detuvo indeciso. No sabía adonde debía dirigirse; no había más señales indicadoras.

—¿Podría decirme dónde se encuentra la Dirección? —se dirigió al joven. El muchacho no contestó una palabra. Continuó rastrillando con calma, igual que una máquina, como si nadie le hubiera dirigido la palabra, como si nadie más se hallara presente. En su rostro no había expresión alguna, y el trabajo que realizaba contrastaba de tal modo con su manifiestamente imponente fuerza corporal que Matthäi se sintió sobrecogido por la sensación de encontrarse en peligro. Como si el mozo se dispusiera a atacarle con el rastrillo. Se sentía inseguro. Continuó andando, vacilante, y entró en un patio. Un poco más adelante entró en otro, más grande que el primero. A ambos lados había columnatas, como en un claustro; pero el patio terminaba en un edificio que parecía ser una casa de campo. Tampoco aquí había nadie a la vista, aunque se oía, procedente de algún lugar indeterminado, una voz quejumbrosa, aguda y suplicante, que repetía constantemente la misma palabra, una y otra vez, sin parar. Matthäi volvió a detenerse indeciso. Una inexplicable tristeza se apoderó de él. Estaba abatido como nunca lo había estado. Accionó el picaporte de un viejo portal lleno de profundas hendiduras y tallas; pero la puerta no cedió. Sólo se

oía la voz, siempre aquella voz. Como alguien que gritara dormido entre las columnas. En algunos de los enormes jarrones había tulipanes rojos, en otros amarillos. Entonces oyó pasos; un anciano de alta estatura y porte majestuoso venía por el sendero de grava. Extrañado, ligeramente asombrado. Una enfermera le guiaba.

—Buenas tardes. Busco al profesor Locher.

—¿Tiene usted cita? —preguntó la enfermera.

—Me está esperando.

—Vaya al salón —dijo la enfermera, señalando una puerta de dos hojas—, irán a buscarle.

Se alejó, llevando del brazo al anciano, que parecía aturdido; abrió una puerta y desapareció con él. Aquella voz desconocida seguía oyéndose. Matthäi entró en el salón. Era una habitación grande con muebles antiguos, con sillones y un descomunal sofá, sobre el cual pendía el retrato de un hombre en un pesado marco dorado. Debía tratarse del fundador del hospital. De las demás paredes colgaban imágenes de paisajes tropicales, quizá de Brasil. A Matthäi le pareció reconocer las afueras de Rio de Janeiro. Se dirigió a otra puerta de dos hojas. Conducía a una terraza. Había grandes cactus en la barandilla de piedra. Pero ya no se abarcaba el parque con la vista, la niebla se había espesado. Matthäi vislumbró un extenso aunque difuso terreno con algunos monumentos o mausoleos y, sombrío e inquietante, un álamo plateado. El comisario se impacientaba. Encendió un cigarrillo; su nueva pasión le tranquilizaba. Volvió a la estancia y se dirigió al sofá, ante el cual había una vieja mesa redonda con algunos libros viejos: Gustav Bonnier, *Flore complete de France, Suisse et Belgique*. Lo hojeó: láminas de flores y hierbas dibujadas con esmero, sin duda muy hermosas y sedantes, pero que al comisario no le decían absolutamente nada. Se fumó otro cigarrillo. Finalmente llegó una enfermera, una pequeña y enérgica persona con gafas sin montura.

—¿Señor Matthäi? —preguntó.

—Servidor.

La enfermera le observó.

—¿No trae equipaje?

Matthäi sacudió la cabeza, momentáneamente sorprendido por la pregunta.

—Sólo he venido a hacerle algunas preguntas al profesor —respondió.

—Venga conmigo —dijo la enfermera, y guió al comisario por una pequeña puerta.

Entraron en un cuarto pequeño y, para asombro de Matthäi, más bien miserable. No había nada a la vista que pudiera relacionarse con la medicina. En una pared había cuadros similares a los del salón, además de otras fotografías de hombres de semblante severo con gafas sin montura y barba, rostros monstruosos. Evidentemente, los predecesores del director. La mesa y las sillas estaban cubiertas de libros, sólo un viejo sillón de cuero permanecía libre. El médico, con su bata blanca, estaba sentado detrás de sus informes. Era pequeño, flaco, pajaril, y llevaba unas gafas sin montura como las de la enfermera y los barbudos de la pared. Las gafas sin montura parecían ser aquí obligatorias, tal vez un emblema o el distintivo de una orden comunitaria, pensó Matthäi, como la tonsura de los monjes.

La enfermera se retiró. Locher se levantó y saludó a Matthäi.

—Bienvenido —dijo, algo azorado—, póngase cómodo. Está todo un poco desordenado. Somos una fundación benéfica, así que no nos llevamos bien con las finanzas.

Matthäi se sentó en el sillón de cuero. El médico encendió la lámpara de mesa, pues el cuarto estaba bastante a oscuras.

—¿Puedo fumar? —preguntó Matthäi.

Locher vaciló.

—Por favor —dijo, y observó con atención a Matthäi por encima de los polvorientos lentes—. Pero usted antes no fumaba, ¿o sí?

—No lo hacía.

El médico tomó un pliego de papel y empezó a escribir, sin duda tomando nota. Matthäi esperó.

—Nació usted el 11 de noviembre de 1903, ¿no es cierto? —preguntó el médico mientras escribía.

—Cierto.

—¿Sigue estando en el Hotel Urban?

—Ahora estoy en el Rex.

—Así que ahora en el Rex. En la calle Weinberg. ¿Vive usted siempre en hoteles, mi buen Matthäi?

—Parece que le sorprenda.

El médico levantó la vista del papel.

—De hombre a hombre —dijo—, lleva usted treinta años viviendo en Zurich.

Otros habrían formado una familia, tendrían hijos, mantendrían vivo el futuro. ¿No tiene usted vida privada? Perdón que se lo pregunte.

—Ya entiendo —respondió Matthäi, que de pronto vio clara la situación, incluyendo la pregunta de la enfermera acerca del equipaje—. El comandante le ha informado.

El médico colocó la pluma a un lado con cuidado.

—¿Qué quiere decir con eso, señor mío?

—Le ha encargado a usted que me investigue —continuó Matthäi, aplastando su cigarrillo—. Porque a la policía cantonal no le parezco... completamente... normal.

Los dos hombres guardaron silencio. Fuera, la niebla se apelmazaba delante de la ventana, un crepúsculo invisible que se arrastraba gris por el pequeño cuarto atestado de libros y legajos. Además, el frío, el aire enrarecido, mezclado con el olor de algún medicamento.

Matthäi se levantó, avanzó hacia la puerta y la abrió.

Al otro lado había dos hombres con batas blancas y los brazos cruzados. Matthäi volvió a cerrar la puerta.

—Dos celadores. Por si causo problemas.

Locher no perdía la calma.

—Escúcheme, Matthäi —dijo—. Ahora quiero hablarle como médico.

—Como usted quiera —respondió Matthäi, sentándose.

Había llegado a oídos de Locher, según explicó éste mientras volvía a tomar la pluma, que Matthäi últimamente se había comportado de una forma que no podía calificarse de normal. Por eso venía a cuento que le dijera un par de cosas. Matthäi tenía un oficio rudo, y estaba obligado a comportarse de un modo igual de rudo con las personas que pertenecían a su esfera, y por eso debía disculparle a él, al médico, si hablaba sin rodeos, pues también su oficio le había vuelto rudo. Y suspicaz. Consideraba llamativo el proceder de Matthäi al dejar pasar una ocasión única como aquello de Jordania, totalmente inesperado, ni corto ni perezoso. A eso se sumaba la idea fija de querer atrapar a un asesino al que ya habían encontrado; la posterior y repentina decisión de empezar a fumar, la igualmente inusitada afición a la bebida, nada menos que cuatro coñacs dobles después de un litro de *Réserve*, de hombre a hombre, aquello tenía toda la maldita pinta de un cambio caprichoso de carácter, eran síntomas de una enfermedad incipiente. Matthäi debía ser el primer interesado en dejarse examinar con el fin de formarse una idea clara, tanto desde el punto de vista clínico como desde el psicológico, y por eso quería proponerle que se quedara en Röthen unos pocos días tan sólo.

El médico dejó de hablar y se retiró otra vez detrás del papel, escribiendo de nuevo.

—¿Tiene usted accesos de fiebre?

—No.

—¿Trastornos al hablar?

—Tampoco.

—¿Voces?

—Tonterías.

—¿Sudoraciones?

Matthäi meneó la cabeza. El crepúsculo y la cháchara del médico le estaban haciendo perder la paciencia. Palpó buscando los cigarrillos. Los encontró por fin; sostuvo temblando la cerilla encendida que le alcanzaba el médico. Temblando de rabia. La situación era demasiado sencilla, tendría que haberlo previsto y haber elegido a otro psiquiatra. Pero le gustaba aquel médico al que en la Kasernenstrasse llamaban muy a menudo más por caridad que por su valía como experto; tenía confianza en él porque los demás médicos le valoraban poco, porque pasaba por ser un tipo raro y un visionario.

—Está agitado —concluyó el médico. Casi alborozado—. ¿Debo llamar a la enfermera? Cuando quiera que le muestren su habitación...

—Ni se me ocurriría —respondió Matthäi—. ¿Tiene usted coñac?

—Le daré un tranquilizante —propuso el médico, levantándose.

—No necesito ningún tranquilizante, necesito un coñac —replicó el comisario con rudeza.

El médico debía de haber accionado algún oculto mecanismo de alarma, pues en la puerta apareció un celador.

—Traíganos pitando de mi apartamento una botella de coñac y dos vasos —ordenó el médico, frotándose las manos como si tuviese frío—. ¡Hala!

El celador desapareció.

—Realmente, Matthäi —explicó el médico—, me parece necesario y urgente que sea usted hospitalizado. De otro modo podría esperarse un derrumbe completo tanto espiritual como corporal. Pero podemos evitarlo, ¿no es cierto? Con coraje, deberíamos tener éxito.

Matthäi no respondió. El médico calló también. Sonó entonces el teléfono, Locher lo cogió y dijo: «No puedo hablar ahora». Al otro lado de la ventana la oscuridad era casi total, la noche había llegado súbitamente.

—¿Quiere que encienda la lámpara del techo? —preguntó el médico, sólo por decir algo.

—No.

Matthäi había recobrado la calma. Cuando el celador apareció con el coñac, se sirvió un vaso, se lo bebió y se sirvió otro.

—Locher —dijo—, déjese de esas payasadas de «de hombre a hombre» y «hala» y todo eso. Usted es médico. ¿Alguna vez en todos sus años de profesión ha tenido un caso que haya sido incapaz de resolver?

El médico miró atónito a Matthäi. La pregunta le había cogido de improviso, y le preocupaba no saber a qué se refería.

—La mayoría de mis casos no se resuelven —respondió finalmente sin rodeos, si

bien en ese mismo instante se dio cuenta de que nunca habría dado esa contestación a un paciente, cosa que Matthäi era a sus ojos.

—Puedo imaginármelo, teniendo en cuenta su profesión —respondió Matthäi con una ironía que deprimió al médico.

—¿Ha venido usted hasta aquí para hacerme esa pregunta?

—Entre otras.

—¿Qué pasa con usted, por amor de Dios? ¿No era usted el hombre más racional del mundo? —preguntó el médico, azorado.

—No lo sé —respondió Matthäi, inseguro—. La niña asesinada.

—¿Gritli Moser?

—No consigo dejar de pensar en esa niña.

—¿No puede usted dejarlo estar?

—¿Tiene usted hijos? —preguntó Matthäi.

—Ni siquiera estoy casado —respondió el médico en voz baja y azorado de nuevo.

—Así que ni siquiera. —Matthäi calló, sombrío—. Mire usted, Locher —explicó a continuación—, yo estuve allí y lo vi todo y no aparté la vista como mi sucesor Henzi, el «normal». Había un cadáver mutilado yaciendo sobre la hojarasca, con tan sólo el rostro intacto, un rostro infantil. Seguí mirando y en el matorral aparecieron también una falda roja y unas rosquillas. Pero lo terrible no fue eso.

Matthäi se quedó otra vez callado. Como aterrado. Era un hombre que nunca hablaba de sí mismo y que ahora se veía forzado a hacerlo de golpe porque necesitaba a aquel pequeño médico pajaril con gafas ridículas para que le ayudase, pero cuya confianza debía ganarse.

—Hace un momento le ha extrañado —continuó finalmente— que yo siempre viva en un hotel. Yo nunca he querido enfrentarme al mundo, siempre he querido controlarlo como un especialista, pero sin compadecerme de él. Quería permanecer por encima de él, sin perder la cabeza y dominándolo como un técnico. Soporté la visión de la niña, pero cuando me vi delante de sus padres, de repente ya no lo soporté más, quería alejarme cuanto antes de aquella maldita casa en Moosbach, y así prometí por mi salvación encontrar al asesino, tan sólo para no tener que seguir viendo el sufrimiento de aquellos padres, sin importarme que no pudiera mantener esa promesa a causa de mi traslado a Jordania. Y entonces se apoderó de mí otra vez la vieja indiferencia, Locher. Era repugnante. No di la cara por el buhonero. Dejé que ocurriera. Me convertí de nuevo en el ser impersonal que era antes, en Matthäi Jaquemate, que es como me llaman en Niederdort. Me escaqueé en la tranquilidad, en la superioridad, en la ceremonia, en la inhumanidad, hasta que vi a los niños en el aeropuerto.

El médico apartó sus notas.

—Y me volví —dijo Matthäi—. El resto ya lo conoce usted.

—¿Y ahora? —preguntó el médico.

—Ahora estoy aquí. Porque no creo que el buhonero fuese culpable y porque debo mantener mi promesa.

El médico se levantó y fue hasta la ventana.

Apareció el celador, y el otro detrás de él.

—Vuelvan al sanatorio —dijo el médico—, ya no voy a necesitarles.

Matthäi se sirvió coñac y se rió.

—Es bueno, este Rémy Martin.

El médico seguía junto a la ventana, mirando afuera.

—¿Cómo puedo ayudarle yo? —preguntó, desvalido—. No soy criminalista. — Se volvió hacia Matthäi—. ¿Por qué cree usted tan firmemente que el buhonero no era culpable? —preguntó.

—Vea.

Matthäi puso un papel encima de la mesa y lo desdobló con cuidado. Era un dibujo infantil. En la parte inferior derecha estaba escrito, con trazos irregulares, «Gritli Moser», y aparecía un hombre dibujado con lápices de colores. Era grande, mayor que los abetos que le rodeaban como maravillosas hierbas, la cara dibujada como dibujan los niños, punto, punto, coma, raya, un redondel alrededor, ahí tienes la cara. Llevaba un sombrero negro y ropas negras, y de su mano derecha, que era un disco redondo con cinco rayas, caían unas pequeñas líneas negras con muchos pelillos, como asteriscos, descendiendo sobre una minúscula niña, más pequeña que los abetos. Arriba del todo, en el cielo propiamente dicho, había un automóvil negro, y junto a él un extraño animal con unos curiosos cuernos.

—Este dibujo lo hizo Gritli Moser —explicó Matthäi—. Lo saqué de la escuela.

—¿Qué representa? —preguntó el médico, mientras observaba perplejo el dibujo.

—El gigante de los erizos.

—¿Qué quiere decir eso?

—Gritli contó que un gigante en el bosque le había regalado un erizo pequeño. El dibujo representa ese encuentro —explicó Matthäi, señalando las pequeñas líneas.

—Y ahora usted cree...

—No puede descartarse la sospecha de que Gritli Moser haya dibujado a su asesino bajo la forma del gigante de los erizos.

—Tonterías, Matthäi —replicó enojado el médico—, ese dibujo es un simple producto de la imaginación, no ponga sus esperanzas en él.

—Es probable —respondió Matthäi—, pero el automóvil ha sido observado con mucha atención. Diría incluso que se trata de un viejo coche americano, y el gigante ha sido dibujado muy vividamente.

—Pero los gigantes no existen —objetó el médico, impaciente—. No me cuente usted cuentos.

—Un hombre grande y corpulento podría parecerle un gigante a una niña pequeña.

El médico contempló a Matthäi con admiración.

—¿Considera usted que el asesino fue un hombre de talla extraordinaria?

—Naturalmente, sólo es una vaga suposición —se zafó el comisario—. De ser acertada, el asesino andaría por ahí en un viejo coche americano de color negro.

Locher se empujó las gafas hacia la frente. Cogió el dibujo y lo observó con atención.

—¿Qué quiere que haga? —preguntó, indeciso.

—Supongamos que yo no poseyera del asesino nada más que este dibujo —explicó Matthäi—, que ésta fuese la única pista que yo pudiera seguir. En ese caso, yo sería igual que un profano delante de una radiografía. No sabría interpretar el dibujo.

El médico sacudió la cabeza.

—No hay nada en este dibujo infantil que pueda interpretarse como una alusión al asesino —respondió, volviendo a dejar el dibujo encima de la mesa—. Sólo es posible decir algo sobre la niña que realizó el dibujo. Debió de haber sido una niña inteligente, despierta y alegre. Los niños no dibujan sólo lo que ven, sino también lo que sienten. La fantasía y la realidad se mezclan. Así, en este dibujo hay cosas reales, el hombre, el coche, la niña; y otras que están como en clave, el erizo, el animal de grandes cuernos. Puro enigma. Y la solución al mismo, en fin, Gritli se la llevó consigo a la tumba. Soy médico, no médium. Vuelva a guardarse su dibujo. Es absurdo seguir perdiendo el tiempo con él.

—Es sólo que no se atreve.

—Es sólo que odio perder el tiempo.

—Lo que usted llama perder el tiempo es tal vez un método antiguo —explicó Matthäi—. Usted es un científico y sabe lo que es una hipótesis de trabajo. Considere usted como tal mi suposición de tener que encontrar al asesino a partir de ese dibujo. Tome usted parte en esa ficción mía, y veamos adonde nos conduce.

Locher observó largamente al comisario con una mirada meditabunda, y después examinó otra vez el dibujo.

—¿Qué aspecto tenía el buhonero? —preguntó.

—Insignificante.

—¿Inteligente?

—No tonto, pero perezoso.

—¿No había sido juzgado ya una vez por abusos sexuales?

—Tuvo algo con una de catorce años.

—¿Relaciones con alguna otra persona de sexo femenino?

—Como todo buhonero. Andaba todo el tiempo de un lado para otro —respondió Matthäi.

Locher ahora estaba interesado. Algo no cuadraba.

—Es una lástima que ese Don Juan confesara y se ahorcara —rezongó—, de no ser por eso no me parecería un maníaco sexual. Pero consideremos ahora su hipótesis. El gigante de los erizos tiene en el dibujo un aspecto que podríamos considerar

perteneciente a un depredador sexual. Se le ve grande y corpulento. Los hombres que abusan de los niños de ese modo son la mayoría de las veces primitivos, más o menos débiles mentales, idiotas o imbéciles, como los llamamos los médicos, robustos, tendentes a los actos violentos y, con respecto a las mujeres, con complejo de inferioridad o impotentes.

Hizo una pausa, parecía haber descubierto algo.

—Sorprendente —dijo.

—¿Qué es?

—La fecha debajo del dibujo.

—¿Y bien?

—Más de una semana antes del crimen. Gritli Moser debió de conocer a su asesino antes del hecho, si su hipótesis es correcta, Matthäi. Es muy raro que haya narrado su encuentro en forma de cuento.

—Es como lo hacen los niños.

Locher negó con la cabeza.

—Ni siquiera los niños hacen algo sin una razón —dijo—. Seguramente el gran hombre de negro prohibió a Gritli que contara su misterioso encuentro. Y el angelito le obedeció y contó un cuento en lugar de la verdad, de otro modo alguien habría sospechado y se hubiera salvado. Reconozco que en ese caso la historia se vuelve algo diabólica. ¿Fue violada la niña? —preguntó bruscamente.

—No —respondió Matthäi.

—¿Les ocurrió lo mismo a las niñas que fueron asesinadas en Sankt-Gallen y en Schwyz?

—Exacto.

—¿También con una navaja de afeitar?

—También.

El médico se sirvió ahora un coñac.

—No se trata de un crimen sexual —comentó—, sino de un acto de venganza. El asesino quería vengarse de las mujeres a través del crimen, da igual que se tratara del buhonero o del gigante de los erizos de la pobre Gritli.

—Pero una niña no es una mujer.

Locher no se desvió de su camino.

—Pero puede hacer las veces de mujer para un hombre enfermo —explicó—. Dado que no se atreve con mujeres, se atreve con niñas pequeñas. Las asesina en lugar de asesinar mujeres. Por eso aborda siempre al mismo tipo de niñas. Vea cómo las víctimas son todas iguales. No olvide que se trata de un sujeto primitivo, ya sea débil mental de nacimiento o haya llegado a ello por culpa de una enfermedad, tales individuos no tienen ningún control sobre sus impulsos. La capacidad de resistencia que tienen contra tales impulsos es anormalmente escasa, es condenadamente poco lo que se necesita para convertir a un hombre en una bestia: un metabolismo algo alterado, algunas células degeneradas.

—¿Y la razón de su venganza?

El médico reflexionó.

—Quizás un conflicto sexual —explicó a continuación—, quizá fue sometido o explotado por una mujer. Quizás ella era rica y él pobre. Quizás ella ostentaba una posición social superior a la de él.

—Nada de eso es aplicable al buhonero —advirtió Matthäi.

El médico se encogió de hombros.

—Entonces alguna otra cosa sería aplicable a su caso. Entre hombres y mujeres son posibles las cosas más absurdas.

—¿Persiste el peligro de un nuevo asesinato? —preguntó Matthäi—. En caso de que el buhonero no fuera el asesino.

—¿Cuándo ocurrió el asesinato del cantón de Sankt-Gallen?

—Hace cinco años.

—¿Y el del cantón de Schwyz?

—Hace dos.

—Los intervalos entre caso y caso se van acortando —concluyó el médico—. Eso podría interpretarse como la aceleración de un deterioro mental. La resistencia frente a los impulsos parece ir haciéndose cada vez más débil, y el enfermo seguramente cometerá un nuevo crimen dentro de unos meses, tal vez semanas, en caso de encontrar una oportunidad.

—¿Qué hay de su conducta en el intervalo?

—Al principio el enfermo se sentirá como aliviado —comentó el médico algo vacilante—, pero pronto irá acumulando nueva rabia, y se le presentará de nuevo la necesidad de vengarse. Primero se detendrá cerca de donde haya niños. Digamos que cerca de las escuelas o en lugares públicos. Gradualmente empezará a merodear con su automóvil y buscará una nueva víctima, y cuando haya encontrado a la niña, se hará amigo de ella, hasta que al final ocurra de nuevo.

Locher guardó silencio.

Matthäi tomó el dibujo, lo dobló y se lo guardó en un bolsillo interior. Después miró hacia la ventana, en la cual era ahora de noche.

—Deséeme suerte para encontrar al gigante de los erizos, Locher —dijo.

El médico clavó la vista en él, sorprendido, cayendo en la cuenta de improvisó.

—El gigante de los erizos no es una simple hipótesis de trabajo para usted, ¿no es verdad, Matthäi? —dijo.

—Para mí es real —reconoció Matthäi—. No he dudado ni por un segundo de que él es el asesino.

Todo lo que le había dicho era pura especulación, un simple juego intelectual sin valor científico, explicó el médico, enojado por haberse dejado engañar y no haber penetrado en las intenciones de Matthäi. Sólo había apuntado a una simple posibilidad entre miles de posibilidades. Siguiendo el mismo método podía demostrarse que todo el mundo podría haber sido el asesino, por qué no, cualquier

contrasentido era concebible y de algún modo justificable lógicamente, eso bien que lo sabía Matthäi. Él, Locher, había compartido esa ficción sólo por ser cortés, pero ahora también Matthäi debía ser lo bastante hombre para ver la realidad sin hipótesis, y tener la valentía de admitir los factores que demostraban inequívocamente la culpabilidad del buhonero. El dibujo era un simple producto de la fantasía o correspondía a un encuentro de la niña con un hombre que no era el asesino, que podía no ser el asesino.

—Confíeseme con toda tranquilidad —respondió Matthäi, mientras se tomaba otro coñac—, qué grado de probabilidad hay que atribuir a sus explicaciones.

El médico no respondió. Volvió a sentarse detrás de su vieja mesa de despacho, rodeado de sus libros y archivos: director exhausto de una clínica que ya hacía mucho que había envejecido, que carecía de fondos a pesar de sus desesperados esfuerzos.

—Matthäi —dijo finalmente, a guisa de remate de la conversación, y su voz sonó fatigada y amarga—, usted persigue algo imposible. No voy a ponerme patético. Usted cuenta con su propia voluntad, cuenta con su amor propio, cuenta con su orgullo, no le gusta rendirse. Eso puedo entenderlo, también yo soy así. Sin embargo, si lo que usted quiere es buscar a un asesino que con toda probabilidad no existe y al que usted nunca llegaría a encontrar aunque existiera, pues hay muchísimos como él que no llegan a asesinar porque no han encontrado la ocasión; si es así, la cosa tiene mal aspecto. Demuestra usted un gran valor al escoger la locura como método, eso lo reconozco de buen grado: hoy día se llevan las posiciones extremas; pero si ese método no le conduce a su meta, me temo que entonces no le quedará a usted otra cosa que la locura.

—Adiós, doctor Locher —dijo Matthäi.

Locher me envió un informe sobre la entrevista. Como de costumbre, su caligrafía gótica, minuciosa, como cincelada, era casi ilegible. Llamé a Henzi. También él tuvo que estudiar aquel documento. Su conclusión fue que el médico hablaba de opiniones sin valor. Yo no estaba tan seguro, me parecía que el médico se amilanaba ante lo arriesgado de sus propias deducciones. Tenía dudas. Ciertamente no poseíamos ninguna confesión detallada del buhonero, nada que hubiéramos podido verificar, sino tan sólo una confesión general. Además, aún no se había hallado el arma del crimen, ninguna de las navajas de afeitar encontradas en la canasta presentaba restos de sangre. Eso me daba que pensar. Nada de aquello exoneraba a Von Gunten, los motivos para sospechar de él seguían siendo poderosos, pero yo estaba intranquilo. El procedimiento de Matthäi tenía para mí más sentido de lo que yo mismo reconocía. Tanto importuné al fiscal, que por fin me permitió registrar otra vez el bosque junto a Mägendorf, a pesar de lo cual volvimos de nuevo sin resultados. Seguía sin aparecer el arma del crimen. Aparentemente yacía aún en las profundidades del valle, como Henzi creía.

—Ahora —dijo, sacando de la cajetilla uno de sus horteras cigarrillos perfumados— ya no podemos hacer nada más por este caso. Da lo mismo que Matthäi esté loco o no lo esté. Tenemos que decidirnos.

Señalé las fotografías que había mandado a buscar. Las tres niñas asesinadas eran idénticas.

—Pero esto nos lleva otra vez al gigante de los erizos.

—¿Por qué? —respondió Henzi sin perder la sangre fría—. Las niñas se ajustan al tipo del buhonero. —Se rió—. Me pregunto qué se propondrá Matthäi. No quisiera estar yo en su pellejo.

—No le subestime —gruñí—. Es capaz de todo.

—¿Será capaz de encontrar a un asesino que no existe, comandante?

—Tal vez —respondí, y volví a guardar las tres fotografías en el expediente—. Yo sólo sé que Matthäi nunca se rendirá.

No me equivocaba. El primer aviso vino del jefe de la policía municipal. Después de una reunión. Habíamos tenido que solucionar un nuevo caso de incompetencia y, cuando ya se despedía, aquel desgraciado se puso a hablar de Matthäi. Supongo que para hacerme rabiar. Me contó que le habían visto bastantes veces en el zoo, y que se había comprado un Nash en un garaje en la plaza Escher-Wyss. En seguida recibí más

noticias. Estas me dejaron completamente turbado. Estaba en el Kronenhalle, un sábado por la tarde, lo recuerdo bien. A mi alrededor se congregaban todos los que en Zurich eran alguien y tenían apetito, entre solícitas camareras, el carro de la comida humeando, y el ruido del tráfico que llegaba desde la calle. Me senté, confiado, debajo del Miró, y acababan de traerme mi sopa de albóndigas cuando me abordó el representante de una de las grandes firmas de carburantes. Se sentó a mi mesa sin más. Iba un poco bebido y envalentonado, pidió un Marc y me contó, riendo, que mi antiguo teniente había cambiado de profesión y se encargaba ahora de una gasolinera en los Grisones, cerca de Chur, un establecimiento que la empresa ya había querido cerrar debido a su poca rentabilidad.

Al principio no quise dar crédito a aquella historia. Se me antojaba absurda, estúpida, un sinsentido.

El representante seguía en sus trece. Alabó la capacidad de Matthäi para ser eficiente también en su nueva profesión. La gasolinera despuntaba. Matthäi tenía muchos clientes. Casi exclusivamente aquellos que ya habían trabajado con Matthäi, aunque fuese de otra manera. Tan pronto como se corrió la voz de que Matthäi Jaquemate se había convertido en empleado de gasolinera, de todas partes aparecieron disparados «los de los viejos tiempos» con sus vehículos. Atendía tanto a medios de transporte antediluvianos como a los Mercedes más caros. La gasolinera de Matthäi se había convertido en una especie de lugar de peregrinación para los bajos fondos de toda Suiza Oriental. La venta de gasolina se había disparado desafortunadamente. Hasta tal punto, que la empresa le había proporcionado un segundo surtidor para súper. También se había ofrecido a construirle un edificio moderno en lugar de la vieja casa donde vivía él ahora. Él había declinado la oferta, agradecido, y también había rehusado contratar a un ayudante. A menudo había colas de coches y motos, pero nadie se mostraba impaciente. El honor de ser atendidos por un ex teniente de la policía cantonal era evidentemente demasiado grande.

No supe qué responder. El representante se despidió, y cuando el carro llegó con mi pedido yo ya no tenía apetito, comí apenas y pedí una cerveza. Más tarde, como de costumbre, apareció Henzi con la Hottinger, hosco, pues una votación no había salido como él deseaba. Le conté las novedades. Opinó que Matthäi había perdido el juicio, como él había profetizado, y de inmediato se puso de mejor humor y se comió dos bistecs, mientras la Hottinger hablaba sin parar de una obra de teatro donde ella conocía a algunos de los actores.

Unos días después, sonó el teléfono. Durante una reunión. Otra vez con la policía municipal, por supuesto. Se trataba de la directora de un orfanato. La anciana señorita me contó, muy nerviosa, que Matthäi se había presentado ante ella, vestido muy ceremoniosamente, todo de negro, evidentemente para dar una impresión de seriedad, y le había preguntado si podría él adoptar a una niña determinada de las que formaban el círculo de sus pupilas, como ella las llamaba. Sólo esa niña en particular; siempre había sido su deseo tener un hijo, y, ahora que dirigía su propio taller en los

Grisones, se encontraba en posición de poder educar a uno. Ni que decir tiene que ella había rechazado aquella locura, cortésmente, apelando a los estatutos de la residencia; pero mi ex teniente le había causado una impresión tan extraordinaria que había considerado su deber informarme. Luego colgó. Por supuesto que era extraño. Di una chupada a mi Bahianos, atónito. Pero todavía hubo otro incidente que a los de la Kasernenstrasse nos hizo definitivamente incomprensible el comportamiento de Matthäi. Habíamos arrestado a un tipo muy poco de fiar. Se trataba de un proxeneta oficioso, oficialmente un peluquero de señoras, que se había instalado en una magnífica villa a orillas de un lago, en uno de esos pueblos excepcionalmente confortables en que se han recreado tantos escritores. En todo caso, el tráfico de taxis y automóviles privados era allí más que denso. Yo había apenas empezado a tomarle declaración, cuando empezó a elevar el tono. Brillaba de felicidad al restregarnos por las narices aquella noticia. Matthäi vivía en su gasolinera con la Heller. De inmediato llamé a la policía de Chur: las informaciones concordaban. Me callé, los hechos me habían dejado sin habla. El peluquero de señoras se sentó triunfante delante de mi mesa de despacho, mascando chicle. Capitulé y le ordené al viejo pecador que en el nombre de Dios se largara. Ya habíamos terminado.

El suceso era alarmante. Yo estaba perplejo, Henzi indignado, el fiscal asqueado, y el consejo de gobierno, a cuyos oídos llegó también el caso, lo calificó de deshonor. La Heller había sido huésped nuestra en la Kasernenstrasse. Una colega suya —en fin, en todo caso una mujer muy conocida— había sido asesinada; habíamos sospechado que la Heller sabía más de lo que nos contaba, y finalmente le habíamos mostrado el camino para largarse del cantón de Zurich, si bien, salvando su profesión, no había nada en concreto contra ella. Pero en la administración siempre hay gente con prejuicios. Decidí intervenir e ir allá. Me figuraba que el comportamiento de Matthäi guardaba relación con Gritli Moser, pero no comprendía cómo. Mi ignorancia me ponía furioso y me volvía inseguro, a lo que había que añadir la curiosidad detectivesca. Como representante de la ley y el orden, quería averiguar a qué se estaba jugando.

Me puse en camino. En mi coche, solo. Era domingo, una vez más, y se me ocurre — cuando vuelvo la vista a aquellos días— que en esta historia casi todo lo más relevante sucedió en domingo. Por todas partes repicaban las campanas, el país entero parecía repicar y retumbar; incluso me tropecé con una procesión en algún lugar del cantón de Schwyz. En la carretera un coche tras otro, en la radio un sermón tras otro. Después, los ecos de disparos de armas de fuego, los silbidos, los rugidos, en cada pueblo el estruendo típico de los campos de tiro. Todo estaba inmerso en un desasosiego monstruoso y sin sentido, parecía que toda la Suiza oriental se hubiera puesto en movimiento; en alguna parte había una carrera de automóviles, después una legión de coches de la Suiza occidental; viajes familiares, clanes enteros en circulación, y cuando finalmente llegué a la gasolinera, que, por otra parte, usted ya conoce, estaba agotado de toda la bulliciosa paz de Dios. Miré a mi alrededor. Por aquel entonces la gasolinera no daba la impresión de abandono que da hoy. Era mucho más acogedora, todo estaba limpio y había geranios en las ventanas. Todavía no había ningún bar. Todo era cómodo y pequeñoburgués. Además, a la orilla de la carretera estaba todo lleno de objetos que indicaban la presencia de algún niño, un columpio, una casa de muñecas sobre una tarima, un cochecito de muñecas, un balancín con forma de caballo. Matthäi en persona estaba despachando a un cliente que se largó apresuradamente en su Volkswagen en cuanto yo llegué con mi Opel. Junto a Matthäi estaba una niña de siete u ocho años con una muñeca en brazos. Tenía trenzas rubias y llevaba una falda roja. La niña me resultaba familiar, pero no sabía por qué, puesto que no se parecía nada a la Heller.

—¿No era ése Meier el Rojo? —dije, señalando al Volkswagen que se alejaba—. Sólo hace un año que le soltamos.

—¿Gasolina? —preguntó Matthäi, indiferente. Llevaba puesto un mono azul.

—Súper.

Matthäi llenó el depósito y limpió los cristales.

—Catorce con treinta.

Le di quince.

—Quédese el cambio —dije, cuando quiso darme el cambio, e inmediatamente me puse colorado—. Discúlpeme, Matthäi, se me ha escapado.

—Pero por favor —respondió, guardándose el dinero—, ya estoy acostumbrado.

Me sentía avergonzado, y miré de nuevo a la niña.

—Una niña muy guapa —dije.

Matthäi abrió la portezuela de mi coche.

—Le deseo un buen viaje.

—El caso es —rezongué— que me gustaría hablar con usted. Por todos los demonios, Matthäi, ¿qué significa todo esto?

—Le prometí no fastidiarle más con el caso de Gritli Moser, comandante. Hágame usted el mismo favor y no me fastidie a mí tampoco —respondió, volviéndome la espalda.

—Matthäi —le contesté—, déjese de niñerías.

Guardó silencio. Entonces se oyeron silbidos y disparos. Debía de haber algún otro campo de tiro en las inmediaciones. Eran cerca de las once. Contemplé cómo Matthäi atendía a un Alfa Romeo.

—Ése cumplió tres años y medio —observé, mientras el coche se alejaba—. ¿Podemos entrar? Los disparos me ponen nervioso. No puedo soportarlos.

Me condujo al interior de la casa. En el pasillo nos encontramos con la Heller, que venía del sótano cargada de patatas. Todavía era una hermosa mujer, y yo me sentía algo avergonzado como agente de la ley, con mala conciencia. Nos observó interrogante, por un instante algo intranquila, o eso parecía, pero después me saludó con amabilidad. Me causó una buena impresión en general.

—¿Es de ella la niña? —pregunté en cuanto la mujer hubo desaparecido en la cocina.

Matthäi asintió.

—¿Dónde encontró a la Heller?

—Aquí cerca. Trabaja en la fábrica de ladrillos.

—¿Y qué está haciendo aquí con usted?

—Bueno —respondió Matthäi—, necesito a alguien que me ayude con la casa.

Sacudí la cabeza.

—Me gustaría hablar con usted a solas —dije.

—Annemarie, ve a la cocina —le ordenó Matthäi.

La niña se fue.

El cuarto era humilde, pero pulcro. Nos sentamos a una mesa junto a la ventana. Fuera, los disparos sonaban con fuerza. Una salva detrás de otra.

—Matthäi —le pregunté de nuevo—, ¿qué significa todo esto?

—Muy simple, comandante —respondió mi ex comisario—, estoy pescando.

—¿Qué quiere usted decir?

—Trabajo de detective, comandante.

Me encendí un Bahianos, de mal humor.

—No soy ningún principiante, pero realmente no comprendo nada.

—Deme uno.

—Sírvase, por favor —dije, y le alcancé el estuche. Matthäi sacó una botella de aguardiente. Estábamos sentados al sol; la ventana estaba medio abierta, y fuera, al

otro lado de los geranios, el clima benigno del mes de junio y las detonaciones. Cuando se detenía un coche, lo que ocurría pocas veces puesto que ya era casi mediodía, era la Heller quien lo atendía.

—Seguro que Locher ya le habrá informado de nuestra conversación —dijo Matthäi, después de encender cuidadosamente el Bahianos.

—No hemos adelantado nada con ello.

—Pero yo sí.

—¿De qué manera?

—El dibujo de la niña se corresponde con la verdad.

—Ya. ¿Y qué significan los erizos?

—Eso aún no lo sé —respondió Matthäi—, pero he descubierto qué significa el animal de los extraños cuernos.

—¿Y bien?

—Es una cabra montes —dijo Matthäi lentamente, dándole al cigarro una calada y soltando a continuación una larga bocanada que llenó de humo la estancia.

—¿Por eso iba usted al zoo?

—Durante días enteros —respondió—. También le pedí a la niña que dibujara la cabra montés. Lo que dibujó se parece al animal de Gritli Moser.

Caí en la cuenta.

—La cabra montés es el animal heráldico de los Grisonos —dije—. El escudo de armas de esta región.

Matthäi asintió.

—A Gritli le llamó la atención el escudo de armas en la placa de matrícula del coche.

La conclusión era simple.

—Deberíamos haberlo pensado —rezongué.

Matthäi contemplaba la ceniza creciendo en su cigarro, el humo que se elevaba levemente.

—El error —dijo, con calma— que cometimos, usted, Henzi y yo, fue suponer que el asesino procedía de Zurich. En realidad procedía de los Grisonos. He estado indagando en los escenarios de los crímenes, y todos están en el trayecto Grisonos-Zurich.

Consideraré el asunto.

—Matthäi, puede que ahí tengamos algo —tuve que reconocerle.

—Pero eso no es todo.

—¿Y bien?

—Estuve con unos pescadores.

—¿Pescadores?

—Pues sí, pescadores, unos niños tan sólo, a decir verdad.

Le miré perplejo.

—Verá usted —me explicó—, después de mi descubrimiento lo primero que hice

fue venirme al cantón de los Grisones. Lógicamente. Pero en seguida me di cuenta de que era inútil. El cantón de los Grisones es tan grande que es imposible encontrar aquí a un hombre del que no se sabe nada salvo que es corpulento y conduce un viejo coche americano. Más de siete mil kilómetros cuadrados, más de ciento treinta mil personas dispersas por un sinfín de valles: es algo imposible. Entonces, un gélido día, me dejé caer por el río Inn, en la Engadina, y me quedé contemplando a los niños que trajinaban a la orilla del río. Ya iba a marcharme cuando observé que los chavales se habían vuelto hacia mí, vigilantes. Parecían asustados y estaban allí parados, desconcertados. Uno tenía una caña de pescar que se había fabricado él mismo. «Seguid pescando», dije. Los niños me observaban con desconfianza. «¿Es usted policía?», preguntó un pelirrojo con pecas, de unos doce años. «¿Tengo aspecto de serlo?», contesté. «No lo sé», respondió el niño. «No soy policía», dije. Luego estuve mirando cómo lanzaban el cebo al agua. Eran cinco niños, todos ellos absortos en su tarea. «No pica ninguno», dijo el pecoso al cabo de un rato, con resignación, y subió desde la orilla hasta donde yo estaba. «¿Tiene usted un cigarrillo?», me preguntó. «¿A tu edad?», dije yo, «no me hagas reír». «Me dio la impresión de que me daría usted uno», dijo el niño. «Entonces no me queda otro remedio», respondí y le alcancé mi paquete de Parisiennes. «Gracias», dijo el pecoso, «ya tengo yo fuego». Expulsaba el humo por la nariz. «Esto viene bien, después del fracaso total con la pesca», explicó, con aires de suficiencia. «Sin embargo», dije yo, «tus amigos parecen tener más paciencia que tú. Siguen pescando, y seguro que en seguida atrapan algo». «No lo harán», aseguró el chico, «como mucho un timalo». «A ti te gustaría atrapar una carpa», me mofé. «Las carpas no me interesan», respondió el chico. «Truchas. Pero para eso hace falta dinero». «¿Cómo es eso?», pregunté. «Cuando yo era chico las pescábamos a mano». Él sacudió la cabeza con desdén. «Serían crías», dijo. «Pero intente atrapar con la mano a una trucha adulta. La trucha es un depredador, como la carpa, pero más difícil de atrapar. Y además necesitas un permiso, y eso cuesta dinero», agregó el muchacho. «Bueno, seguro que lo que hacéis aquí lo hacéis sin dinero», reí. «Pero el inconveniente es», explicó el chico, «que no podemos ir a los buenos sitios. En los sitios buenos sólo dejan a los que tienen permiso». «¿A qué llamas tú un sitio bueno?», pregunté. «Está claro que no entiende usted nada de peces», sentenció el chico. «Lo reconozco», respondí. Estábamos los dos sentados tranquilamente sobre el talud de la orilla. «¿Se imagina usted que pescar es algo tan simple como lanzar la caña al agua en cualquier parte?», dijo. Lo pensé un poco y pregunté: «¿Acaso no es así?» «Típico de un principiante», replicó el pecoso, soltando otra vez el humo por la nariz: «Para pescar hay que entender de dos cosas: de sitios y de cebos». Yo le escuchaba maravillado. «Supongamos», prosiguió el muchacho, «que quiere usted pescar una trucha, un depredador adulto. Lo primero que tiene que plantearse es dónde preferirá vivir el pez. Naturalmente, en algún sitio donde se encuentre a resguardo de la corriente, pero, en segundo lugar, cerca de donde pase una fuerte corriente, pues será donde haya más animales, así que el mejor

sitio sería río abajo, detrás de una piedra en un desnivel, o todavía mejor: en un desnivel detrás del pilar de un puente. Esos sitios, por desgracia, están ocupados por pescadores con permiso». «Un sitio donde la corriente quede interrumpida», recapitulé yo. «Lo ha cogido», asintió él, altanero. «¿Y el cebo?», pregunté. «Eso depende de si quiere usted atrapar a un depredador, o digamos un timalo o una farra, que son vegetarianos», fue su respuesta. «Una farra, por ejemplo, puede atraparse usando una cereza. Pero para coger un depredador, como una trucha o una perca, debe usar usted algo vivo. Una mosca, una lombriz o un pez pequeño». «Algo vivo», dije yo, pensativo, y me levanté. «Toma», dije, y le di el paquete entero de Parisiennes. «Te lo has ganado. Ahora sé cómo atrapar a mi pez. Primero tengo que buscar el sitio y después el cebo».

Matthäi se calló. Yo no dije nada durante un rato, seguí bebiendo aguardiente, clavando la vista en el tardío día de primavera al otro lado de la ventana, oyendo los ecos de las escopetas, y volví a encender mi casi extinto cigarro.

—Matthäi —empecé, finalmente—, ahora comprendo adonde quiere llegar con lo de los peces. Este sitio, esta gasolinera es el sitio ideal, y esa carretera es la corriente, ¿no es cierto?

Matthäi no mudó su semblante.

—Todo el que vaya de los Grisones a Zurich usará esta carretera, si no quiere dar un rodeo y tomar el paso de Oberalp —respondió, con calma.

—Y la niña es el cebo —dije, espantado—. Y ahora sé también a quién se parece —concluí—. A Gritli Moser.

Nos quedamos callados de nuevo. Fuera hacía más calor, las montañas espejeaban en la niebla, y los disparos continuaban, tenía que tratarse de un concurso de tiro.

—¿No cree que lo que está haciendo es algo diabólico? —pregunté al fin, no sin vacilar.

—Es posible —me respondió.

Le pregunté, preocupado:

—¿Pretende usted esperar aquí hasta que el asesino pase por ahí delante, vea a Annemarie y caiga en la trampa que le ha preparado?

—El asesino *debe* pasar por aquí —respondió.

Reflexioné.

—Bueno —dije entonces—, supongamos que tiene usted razón. Existe ese asesino. Cabe esa posibilidad. En nuestra profesión todo es posible. Pero ¿no cree usted que su método es demasiado arriesgado?

—No hay otro método —explicó, y arrojó los restos de su cigarro por la ventana—. Yo no sé nada del asesino. No puedo buscarle. Por tanto debo buscar a su siguiente víctima, una niña, y usar a esa niña de cebo.

—Bueno —dije—, pero ese método lo ha adoptado usted de los usos y costumbres de los pescadores. Y una cosa no se corresponde con la otra. Una niña no puede estarse continuamente parada junto a una carretera, haciendo de cebo, también

tiene que ir a la escuela, abandonando su puesto junto a la jodida carretera.

—Pronto empezarán las vacaciones —respondió Matthäi, obstinado.

Sacudí la cabeza.

—Me temo que se le ha ido a usted la cabeza —repliqué—. No puede quedarse aquí hasta que suceda algo que quizá no llegue a suceder. Concedido, puede que el asesino aparezca por aquí, pero todavía está por ver si picará el anzuelo, para seguir con el símil. Y usted espera y espera...

—También con los peces hay que esperar —respondió Matthäi, terco.

Espié a través de la ventana, contemplando cómo la mujer atendía a Oberholzer. Seis años en la prisión de Regendorf.

—¿Sabe la Heller por qué está usted aquí, Matthäi?

—No —repuso—. Sólo le dije que necesitaba un ama de casa.

Me sentía incómodo. El hombre me infundía respeto; ciertamente, su método era algo fuera de lo común, pero tenía algo de grandioso. De pronto, le admiré, y deseé que tuviera éxito, aunque sólo fuese por humillar al odioso Henzi; sin embargo se trataba de un plan casi desesperado, el riesgo era demasiado grande, y las expectativas de éxito demasiado reducidas.

—Matthäi —intenté hacerle entrar en razón—, todavía está usted a tiempo de recuperar su puesto en Jordania, de lo contrario enviarán a Schafroth.

—Que le envíen.

Todavía no quise darme por vencido.

—¿No le gustaría volver a unirse a nosotros?

—No.

—De momento le destinaríamos a trabajos de oficina, con su salario de siempre.

—No me apetece.

—También podría pedir traslado a la policía municipal. Debería usted pensárselo, aunque sólo fuera desde el punto de vista económico.

—Casi gano más ahora como empleado de gasolinera que trabajando para el Estado —respondió Matthäi—. Pero ahí viene un cliente, y la Heller tiene que ir a ocuparse del asado.

Se levantó y salió. En seguida tuvo que atender a otro cliente. A Leo el Guapo. Para cuando hubo acabado, yo ya estaba sentado al volante de mi coche.

—Matthäi —le dije a modo de despedida—, realmente se encuentra usted más allá de toda ayuda posible.

—Así son las cosas —respondió, haciéndome señas de que la carretera estaba libre. Junto a él estaba la niña del vestido rojo, y junto a la puerta apareció la Heller, con delantal, mirando otra vez con desconfianza. Metí la marcha atrás.

Así que esperó. Inflexible, obstinado, apasionado. Atendía a sus clientes, hacía su trabajo, servía gasolina, cambiaba el aceite, rellenaba de agua los radiadores, limpiaba los cristales, siempre las mismas tareas mecánicas. La niña estaba a su lado o junto a la casa de muñecas cuando volvía de la escuela, saltando, retozando, observándolo todo con asombro, hablando sola, o sentada en el columpio, cantando, con las trenzas sueltas y la faldita roja. Él esperaba y esperaba. Los coches pasaban ante él, coches de todos los colores y de todas las clases, coches viejos, coches nuevos. Él esperaba. Tomaba nota de todos los vehículos del cantón de los Grisones, buscando en los archivos a sus propietarios, informándose acerca de ellos en los registros municipales. La Heller trabajaba en una pequeña fábrica cerca del pueblo, en dirección a las montañas, y regresaba al anochecer por la pequeña colina detrás de la casa, con la cesta de la compra y una bolsa llena de pan, y muchas noches oía silbidos apagados por los alrededores de la casa, pero nunca abría la puerta. Llegó el verano, ardiente, interminable, brillante, pesado, descargando a menudo en violentas tormentas, y en seguida empezaron las vacaciones. La oportunidad de Matthäi había llegado. Annemarie estaba ahora siempre a su lado y al lado de la carretera, a la vista de todos los que pasaran. Él esperaba y esperaba. Jugaba con la niña, le contaba cuentos, todos los cuentos de Grimm, todos los de Andersen, las Mil y Una Noches, inventándose algunos él mismo, desviviéndose por mantener a la niña pegada a él, a la carretera, donde debía estar. Ella se conformaba con las historias y los cuentos. Los automovilistas contemplaban a la pareja asombrados o conmovidos con el idilio de padre e hija, le regalaban chocolate a la niña, charlaban con ella sin que Matthäi les quitara ojo. ¿Era ese hombre corpulento el asesino? Su coche era de los Grisones. ¿O ese alto y delgado que hablaba ahora con la niña? Era propietario de una confitería en Disentis, ya se lo había dicho una vez. ¿Le compruebo el aceite? Como usted quiera. Yo le echaría medio litro. Veintitrés con diez. Que tenga un buen viaje. Él esperaba y esperaba. Annemarie le quería, estaba contenta con él; él sólo tenía una cosa en mente: la aparición del asesino. Para él no había nada sino esa fe en su aparición, esa esperanza, ese único anhelo, ese solo cumplimiento. Se imaginaba cómo llegaría el tipo, imponente, siniestro, ingenuo, lleno de confianza y afán homicida, cómo aparecería junto al surtidor, sonriendo amigablemente con sonrisa forzada y vestido para la ocasión, tal vez un ferroviario jubilado o un viejo aduanero; cómo la niña se dejaría atraer, poco a poco, cómo les seguiría él a ambos cuando se adentraran en el

bosque detrás de la gasolinera, agazapado, silencioso, cómo se precipitaría hacia él en el instante preciso y cómo se desencadenaría un cruento y feroz combate cuerpo a cuerpo, el desenlace, la salvación, y cómo el asesino yacería finalmente ante él, destrozado, gimoteando, confesando. Pero a continuación se repetía a sí mismo que todo aquello sería imposible mientras siguiera vigilando tan ostensiblemente a la niña; que debía dar más libertad a la niña si es que aspiraba a obtener algún resultado. Entonces dejaba a Annemarie alejarse libremente de la carretera y la seguía en secreto, dejando abandonada la gasolinera ante la cual los coches hacían sonar la bocina con irritación. La niña brincaba entonces de camino al pueblo, un trayecto de una media hora, jugaba con niños en alguna granja o junto al linde del bosque, pero siempre regresaba al poco rato. Estaba acostumbrada a la soledad y era esquiva. Los otros niños la evitaban. Entonces él cambiaba otra vez de táctica, inventaba nuevos juegos, nuevos cuentos, volvía a asegurarse de que Annemarie no se movía de su lado. Esperaba y esperaba. Imperturbable, inamovible. Sin dar explicaciones. Pues la Heller ya hacía tiempo que había observado la delicadeza con que trataba él a la niña. Nunca se había creído que Matthäi la hubiera aceptado como ama de casa por pura bondad de carácter. Ella tenía la intuición de que él se proponía algo, pero se sentía a salvo con él, quizá por primera vez en su vida, y por tanto no le daba más vueltas; tal vez también se hacía ilusiones, quién sabe lo que se le pasa por la cabeza a una mujer sin recursos; en todo caso, el interés que Matthäi mostraba hacia su hija lo atribuyó ella con el tiempo a un cariño sincero, si bien muchas veces volvían a salir a la luz su vieja desconfianza y su viejo sentido de la realidad.

—Señor Matthäi —dijo ella una vez—, no es asunto mío, pero ¿vino aquí el comandante de la policía cantonal por mi causa?

—Qué va —respondió Matthäi—, ¿por qué debería haberlo hecho?

—La gente del pueblo habla de nosotros.

—Y eso qué importa.

—Señor Matthäi —empezó ella otra vez—, su estancia aquí ¿tiene algo que ver con Annemarie?

—Tonterías —rió él—. Simplemente es que quiero a la niña, eso es todo, señora Heller.

—Usted es bueno conmigo y con Annemarie —respondió ella—. Si tan sólo supiera por qué.

Entonces las vacaciones tocaron a su fin; llegó el otoño, acentuando los tonos del paisaje, rojos y amarillos, como bajo una lupa gigantesca. Para Matthäi fue como si hubiera perdido una gran oportunidad; pero siguió esperando. Tenaz y obstinado. La niña iba andando a la escuela, él iba a buscarla la mayoría de los días, al mediodía y por la noche, para llevarla en coche a casa. Su plan era cada vez más descabellado, más irrealizable, sus expectativas de éxito cada vez más escasas, y él lo sabía de sobra; se preguntaba cuántas veces habría pasado el asesino por la gasolinera, quizás a diario, en todo caso semanalmente; y sin embargo no había ocurrido nada, él aún

andaba a tientas en la oscuridad, aún no se vislumbraba ningún indicio, ni una sombra de sospecha, sólo automovilistas que iban y venían, de vez en cuando charlaban con la niña, inofensivos, de manera casual, impenetrables. ¿Cuál de ellos era el que él buscaba, si es que se trataba de uno de ellos? Tal vez no había obtenido ningún éxito porque su anterior oficio era todavía muy conocido; eso sí que no había podido impedirlo, y tampoco había contado con ello. Sin embargo, insistía, esperaba y esperaba. Ya no podía echarse atrás; la espera era el único método, por mucho que le agotara, por muy cerca que en ocasiones se encontrara de hacer las maletas y largarse precipitadamente a Jordania; por mucho que en ocasiones temiera perder la razón. Luego había horas, días, en que todo le daba igual, se mostraba apático, cínico, dejaba que todo siguiera su curso, sentándose en el banco delante de la gasolinera, bebiendo un aguardiente tras otro, con la mirada perdida y el suelo cubierto de colillas. Tan pronto como recobraba el ánimo, más se hundía a continuación en la indiferencia, haraganeando días enteros, semanas enteras, en una absurda y cruel espera. Perdido, hundido, desesperado y sin embargo lleno de esperanza. Pero un día, cuando estaba allí sentado, sin afeitar, soñoliento, sucio de aceite, tuvo un sobresalto. De repente cayó en la cuenta de que Annemarie aún no había vuelto de la escuela. Se puso en camino, a pie. La polvorienta carretera sin asfaltar iniciaba su suave ascenso por detrás de la casa para descender a continuación, seguir por una reseca planicie y atravesar el bosque junto al cual podía verse el pueblo desde lejos, viejas casas agazapadas alrededor de una iglesia, humo azul sobre las chimeneas. Desde allí también se abarcaba con la vista el camino que Annemarie debía tomar, pero no se veía ni rastro de ella. Matthäi se giró de nuevo hacia el bosque, con los nervios en tensión, alerta; abetos enanos, maleza, crujientes hojas rojas y marrones cubriendo el suelo, el martilleo de un pájaro carpintero en algún lugar de la espesura donde los grandes abetos se estiraban hacia el cielo y entre los cuales el sol se abría paso con destellos oblicuos. Matthäi se apartó del camino, aventurándose por entre las zarzas y la maleza; las ramas le golpeaban en el rostro. Llegó a un claro, miró sorprendido alrededor, nunca se había fijado en aquel sitio. Desembocaba allí un gran sendero proveniente del otro lado del bosque y que parecía servir para transportar hasta allí la basura del pueblo, puesto que en el claro se elevaba una montaña de cenizas flanqueada por latas de conserva, alambres oxidados y demás chatarra, una acumulación de basura desbordando sobre un arroyo que murmuraba en medio del claro. Entonces Matthäi atisbo por fin a la niña. Estaba sentada en la orilla de la pequeña corriente plateada, junto a ella la muñeca y la cartera de la escuela.

—Annemarie —llamó Matthäi.

—Ya voy —respondió la niña, pero siguió sentada.

Matthäi escaló con precaución el montón de basuras y se puso junto a la niña.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

—Esperar.

—¿A quién?

—Al mago.

La niña no tenía en la cabeza nada más que cuentos; lo mismo esperaba a un hada que a un mago; era como una parodia de su propia espera. La desesperación volvió a caer sobre él, la comprensión de la inutilidad de sus actos y la paralizante certeza de que a pesar de ello debía seguir esperando, porque no podía hacer otra cosa que esperar, esperar y esperar.

—Ven conmigo —dijo, indiferente, tomó a la niña de la mano y atravesó con ella el bosque de vuelta a casa, se sentó de nuevo en el banco y volvió a quedarse ensimismado; llegó el atardecer, la noche; todo le era ahora indiferente; allí sentado, fumando, esperó y esperó, mecánicamente, obstinadamente, implacable, de vez en cuando musitando, invocando sin saberlo: ven de una vez, ven, ven, ven; inmóvil a la pálida luz de la luna, se quedó dormido de repente, se despertó tieso de frío al amanecer y se arrastró hasta la cama.

Pero al día siguiente Annemarie volvió de la escuela algo más pronto que de costumbre. Matthäi se levantaba del banco justo entonces para ir a buscar a la niña cuando la vio venir, con la cartera a la espalda, cantando en voz baja y brincando, cambiando el peso de una pierna a la otra. La muñeca colgaba de su mano, sus pequeños pies traqueteaban sobre el suelo.

—¿Tienes deberes? —le preguntó Matthäi.

Annemarie sacudió la cabeza sin dejar de cantar «María se sentó en una piedra»^[17], y entró en la casa. Él la dejó ir, estaba demasiado desesperado, demasiado desconcertado, demasiado cansado para contarle un cuento nuevo o retenerla a su lado con un nuevo juego.

Sin embargo, cuando la Heller llegó, la pregunta de ésta fue:

—¿Se ha portado bien Annemarie?

—Pero si ha estado en la escuela —respondió Matthäi.

La Heller le miró extrañada:

—¿En la escuela? Pero si Annemarie no tenía hoy clase, había una conferencia o algo así.

Matthäi se puso en guardia. La frustración de las últimas semanas se desvaneció de repente. Se olía que estaba cerca la culminación de su esperanza, de su demencial espera. Se controló con gran esfuerzo. No le hizo más preguntas a la Heller. Tampoco se abalanzó sobre la niña. Pero al día siguiente, por la tarde, condujo hasta el pueblo y dejó el coche en un callejón. Quería observar a la niña sin ser visto. Eran casi las cuatro. De las ventanas brotaban canciones, después el alboroto de los niños saliendo de clase, revoloteando como locos, niños peleándose unos con otros, piedras volando, niñas cogidas del brazo; pero Annemarie no estaba entre ellos. Apareció la maestra, precavida, y examinó a Matthäi con severidad. Después le confirmó que Annemarie no había ido a clase y le preguntó si estaba enferma, ya que anteayer tampoco había ido, y tampoco había traído ningún justificante. Matthäi respondió que en efecto la niña estaba enferma, se despidió y condujo como fuera de sí de vuelta hacia el

bosque.

Se precipitó hacia el claro, pero no encontró nada. Exhausto, respirando con dificultad, lleno de arañazos y sangrando a causa de las ramas volvió al coche y condujo de vuelta a la gasolinera, pero antes de llegar vio a la niña delante de él, saltando a lo largo del borde de la carretera. Se detuvo.

—Sube, Annemarie —dijo, amigablemente, después de haber abierto la puerta.

Matthäi la cogió del brazo y la niña trepó al automóvil. Se extrañó. La manita de la niña estaba pegajosa. Y cuando examinó su propia mano, se encontró con manchas de chocolate.

—¿Quién te ha dado chocolate? —preguntó.

—Una niña —respondió Annemarie.

—¿En la escuela?

Annemarie asintió. Matthäi no dijo nada. Aparcó delante de la casa. Annemarie saltó afuera y se sentó en el banco junto a la gasolinera. Matthäi la observó furtivamente. La niña se metió algo en la boca y empezó a masticar. Matthäi se le acercó lentamente.

—Déjame ver —dijo, y abrió con cautela la manita flojamente cerrada de la niña. En su interior había una bola de chocolate mordisqueada y con forma de erizo. Una trufa.

—¿Tienes más? —preguntó Matthäi. La niña sacudió la cabeza.

El comisario hurgó en el bolsillo de la falda de Annemarie, sacó su pañuelo, lo desenrolló; dentro había otras dos trufas.

La niña no dijo nada.

Tampoco el comisario dijo nada. Le embargó una dicha enorme. Se sentó en el banco junto a la niña.

—Annemarie —preguntó por fin, y su voz temblaba mientras mantenía cuidadosamente en la mano las dos bolas de chocolate con forma de erizo—. ¿Te las ha dado el mago?

La niña siguió callada.

—¿Él te ha prohibido hablar de ello? —preguntó Matthäi.

Ninguna respuesta.

—No tienes por qué hacerlo —dijo Matthäi, afable—. Es un mago bueno. Mañana puedes volver a verle.

La niña sonrió inmediatamente como llena de alegría, abrazó a Matthäi, ardiendo de felicidad, y después salió corriendo en dirección a su cuarto.

A la mañana siguiente, hacia las ocho, justo cuando acababa yo de llegar a mi despacho, Matthäi colocó las trufas sobre mi mesa; estaba tan excitado que apenas saludó. Iba vestido como antaño, aunque sin corbata y sin afeitarse. Tomó un cigarro de la caja que le tendí y se puso a soltar grandes bocanadas.

—¿Qué quiere que haga con este chocolate? —pregunté, desconcertado.

—Los erizos —respondió Matthäi.

Le miré sobrecogido, haciendo rodar las bolas de chocolate entre mis dedos.

—¿Cómo es eso?

—Muy simple —explicó—, el asesino le dio trufas a Gritli Moser, y ella las tomó por erizos. El dibujo está descifrado.

Reí.

—¿Cómo va a probarlo?

—Es que ha ocurrido lo mismo con Annemarie —respondió Matthäi, y me lo contó todo.

Me convenció de inmediato. Hice venir a Henzi, a Feller y a cuatro agentes, les di instrucciones e informé al fiscal. A continuación nos pusimos en marcha. La gasolinera estaba vacía. La Heller había llevado a la niña a la escuela y después se había marchado a la fábrica.

—¿Sabe la Heller lo que ha ocurrido? —pregunté.

Matthäi negó con la cabeza.

—Ni se lo imagina.

Fuimos al claro. Investigamos cuidadosamente, pero no encontramos nada. Después nos dividimos. Era casi mediodía; Matthäi regresó a la gasolinera para no despertar sospechas. El día era propicio, un jueves, la niña no tenía clase por la tarde; me vino a la memoria que Gritli Moser había sido asesinada un jueves. Era un día claro de otoño, caluroso, seco, por todas partes zumbaban las abejas y las avispas y demás insectos, chillaban los pájaros, a lo lejos se oían hachazos. A las dos resonaron con claridad las campanas del pueblo, y entonces apareció la niña, abriéndose paso a través de los arbustos hacia donde yo estaba, sin esfuerzo, dando saltos, botando, corrió hacia el pequeño arroyo con su muñeca, se sentó, mirando incesantemente hacia el bosque, atenta, tensa, con los ojos brillantes. Parecía esperar a alguien, pero no podíamos ver nada. Nos habíamos escondido detrás de árboles y matorrales. Entonces volvió Matthäi, cauteloso, se apoyó en un árbol cerca de mí, al igual que

había hecho yo.

—Creo que aparecerá en una media hora —susurró.

Yo asentí.

Estaba todo organizado de la forma más puntillosa. El acceso al bosque desde la carretera estaba controlado, incluso contábamos con equipo de radio *in situ*. Íbamos armados hasta los dientes con revólveres. La niña estaba allí sentada junto al arroyo, casi inmóvil, llena de expectación asombrada, nerviosa, magnífica, de espaldas al basurero, en parte al sol, en parte a la sombra de alguno de los grandes abetos oscuros; no se oía un solo sonido aparte del zumbido de los insectos y del trino de los pájaros; sólo de vez en cuando cantaba la niña para sí con su delicada voz «María se sentó en una piedra», una y otra vez, siempre las mismas palabras y los mismos versos; y alrededor de la piedra donde estaba ella sentada se apilaban latas de conserva oxidadas, bidones y alambres; y algunas veces, en sacudidas repentinas, soplaba el viento sobre el claro, el follaje danzaba, crujía, y volvía a quedarse en calma. Esperamos. Para nosotros no había otra cosa en el mundo que aquel bosque encantado en otoño con la niña con su falda roja en el claro. Esperábamos al asesino, decididos, ávidos de justicia, compensación y condena. La media hora ya había pasado hacía tiempo; de hecho, habían pasado ya dos horas. Esperamos y esperamos, esperamos exactamente igual a como Matthäi había esperado durante semanas, durante meses. Dieron las cinco; cayeron las primeras sombras, después llegó el crepúsculo, se difuminaron y apagaron todos los colores. La niña se alejó dando saltos. Ninguno de nosotros dijo una palabra, ni siquiera Henzi.

—Volveremos mañana por la mañana —decidí—, pasaremos la noche en Chur. En el Steinbock.

Y así esperamos también el viernes y el sábado. Ciertamente, debería haber llamado a la policía de los Grisones. Pero era asunto nuestro. No quería verme obligado a dar explicaciones, ni deseaba ninguna intromisión. El fiscal había llamado el jueves por la noche, acuciante, protestando, amenazando, calificándolo todo de locura, echando chispas y exigiendo que regresáramos. Yo no cedí, me mantuve firme y mandé de vuelta a un solo agente. Esperamos y esperamos. Para nosotros ya no se trataba de la niña ni del asesino, se trataba de Matthäi: el hombre tenía que demostrar que tenía razón, debía ver cumplido su objetivo, de lo contrario sería una desgracia; así lo sentíamos todos, incluso Henzi, que por fin se había convencido. La noche del viernes declaró categórico que el asesino desconocido aparecería el sábado, teníamos una prueba incontrovertible, los erizos, y además la niña iba una y otra vez, se sentaba inmóvil en el mismo lugar, era evidente que esperaba a alguien. Así que permanecemos en nuestros escondrijos, detrás de nuestros árboles y arbustos, inmóviles, durante horas, observando a la niña, las latas de conserva, los rollos de alambre, la montaña de cenizas; fumábamos en silencio, sin hablar unos con otros,

sin movernos, oyendo cantar una y otra vez «María se sentó en una piedra». El domingo nuestra posición se volvió más complicada. El bosque se llenó de repente de gente que paseaba a causa del buen tiempo que continuaba haciendo; un coro mixto con su director y todo irrumpió en el claro, haciendo ruido, sudando, en mangas de camisa, tomando posiciones. Resonó con fuerza: «Caminar es el placer del molinero, caminar»^[18]. Por fortuna no íbamos de uniforme detrás de nuestros arbustos y árboles. «Los cielos ensalzan la gloria eterna»^[19], «hallihallo, hallihallo»^[20]; después llegó una pareja de enamorados, se comportaron sin tapujos, a pesar de la presencia de la niña, que simplemente estaba allí sentada, con incomprensible paciencia, en inconcebible espera, después de cuatro tardes seguidas. Esperamos y esperamos. Los tres agentes regresaron también a la ciudad, llevándose el equipo de radio; quedábamos cuatro, Matthäi y yo junto con Henzi y Feller. Lo cierto es que nuestra presencia allí ya resultaba casi injustificable, pero sólo eran tres las tardes que habíamos pasado allí apostados, puesto que el domingo el terreno no era nada seguro para el asesino. En eso Henzi llevaba razón, así que esperamos también el lunes. La mañana del martes también Henzi regresó a Zürich. Alguien debía encargarse de la Kasernenstrasse. No obstante, aun en el momento de partir estaba Henzi convencido de nuestro éxito. Esperamos y esperamos y esperamos, seguimos al acecho, cada uno ahora por su lado, puesto que éramos demasiado pocos para guardar una mínima organización. Feller se había apostado en las cercanías del acceso al bosque detrás de unos arbustos, donde se encontraba a la sombra y donde dormitaba al calor veraniego del otoño e incluso una vez roncando tan fuerte que el viento esparció sus ronquidos por el claro; eso fue el miércoles. Matthäi, por el contrario, se había apostado en el lado del claro que quedaba en dirección a la gasolinera, y yo observaba la escena desde el lado opuesto. Así acechábamos, esperando al asesino, al gigante de los erizos, temblando cada vez que oíamos pasar un coche por la carretera, la niña entre nosotros, que se sentaba cada tarde en el claro a la orilla del arroyo, cantando «María se sentó en una piedra», obstinada, absorta, inexplicable; empezamos a detestarla, a odiarla. Muchas veces tardaba en llegar, naturalmente; se daba una vuelta por los alrededores del pueblo con su muñeca, sin embargo nunca demasiado cerca de las casas, puesto que no estaba yendo a la escuela y esta circunstancia ya nos había puesto en alguna dificultad, lo que había requerido por mi parte una charla en privado con la maestra, para evitar una investigación por parte de la escuela. Fui cauteloso al exponer las razones de nuestra presencia allí, me identifiqué y obtuve la titubeante aprobación de la maestra. La niña deambulaba en círculos por el bosque y nosotros la seguíamos con los prismáticos hasta que finalmente regresaba al claro. Salvo el jueves, cuando, para nuestra desesperación, se quedó junto a la gasolinera. Queriéndolo o no, tendríamos que esperar al viernes. Yo tenía que tomar ahora una decisión; Matthäi llevaba mucho tiempo callado, detrás del árbol, cuando al día siguiente apareció la niña saltando con su vestido rojo y su muñeca y se sentó a esperar como todos los días. Seguía dominando un tiempo otoñal, fastuoso, lleno de

colorido, un derroche de fuerza antes de la decadencia; pero el fiscal no nos concedió ni media hora más. Llegó en coche a eso de las cinco de la tarde, con Henzi, de forma totalmente imprevista, y vino hacia mí, que llevaba allí desde la una de la tarde descansando primero sobre un pie y luego sobre el otro, mirando a la niña con furia en los ojos, la vocecita revoloteando sobre nosotros, «María se sentó en una piedra». Yo estaba más que harto de aquella canción, más que harto de la niña, de su espantosa boca desdentada, de sus ridículas trenzas, de su anodino vestidito rojo; la niña había llegado a parecerme odiosa, vulgar, ordinaria, idiota, habría sido capaz de estrangularla, de matarla, de hacerla pedazos, con tal de no seguir oyendo aquella estúpida canción. Era para volverse loco. Todo estaba igual que siempre, igual de ridículo, sin sentido, desolado, quizás había cada vez más hojas secas, el viento arreciaba con mayor frecuencia y el sol era de un tono más dorado al caer sobre la inmunda pila de basuras. Ya no había quien lo aguantara. Y entonces el fiscal echó a correr, fue como una liberación; avanzó por entre la maleza hacia donde estaba la niña, sin temor a ensuciarse los zapatos de ceniza, y cuando le vimos aproximarse a ella, también nosotros salimos de nuestros escondrijos. Había llegado el momento de poner fin a todo aquello.

—¿A quién esperas? —gritó el fiscal frente al rostro asustado de la niña sentada en la piedra y aferrada a su muñeca—. ¿A quién estás esperando? ¿Quieres responder, maldita cría?

Ya habíamos llegado todos junto a la niña, rodeándola, y ella nos miraba llena de pavor, estupefacta, sin comprender nada.

—Annemarie —dije yo, y mi voz temblaba de rabia—, hace una semana alguien te dio chocolate. Seguro que te acuerdas, eran bolitas de chocolate con forma de erizo. ¿Te las dio un hombre vestido de negro?

La niña no me contestó, tan sólo se quedó mirándome, con lágrimas en los ojos.

Entonces Matthäi se arrodilló delante de la niña, cogiéndola por los hombros.

—Mira, Annemarie —le explicó—, tienes que decirnos quién te dio el chocolate. Tienes que contarnos cómo era ese hombre. Una vez conocí a una niña —continuó, enfático, poniendo toda la carne en el asador—, una niña con un vestidito rojo como el tuyo, a la que un hombre grande vestido de negro le dio también chocolate. Las mismas bolitas de chocolate que tú estabas comiendo. Y después la niña acompañó al hombre al bosque, y allí el hombre la mató con un cuchillo.

Matthäi calló. La niña siguió también callada, mirándole, los ojos como platos.

—Annemarie —gritó Matthäi—, tienes que decirme la verdad. Lo único que quiero es que no te ocurra nada malo.

—Mientes —respondió la niña en voz baja—. Mientes.

Ahí el fiscal perdió la paciencia por segunda vez.

—Estúpida mocosa —gritó, agarrando a la niña del brazo y sacudiéndola—, ¿quieres decirnos de una vez qué es lo que sabes?

Y todos los demás gritamos con él, sin articular palabra, porque simplemente

habíamos perdido los nervios; también nosotros la sacudimos, y empezamos a pegarle, a golpear el pequeño cuerpo que yacía sobre las latas de conserva entre cenizas y hojas rojas; sin piedad, con saña, gritando de furia.

La niña aguantó en silencio nuestra rabia durante una eternidad, aunque debieron transcurrir tan sólo unos segundos. Pero después comenzó a gritar con una voz tan inhumana que nos quedamos helados, sin movernos.

—¡Mientes, mientes!

La dejamos ir, horrorizados. Sus gritos nos habían devuelto a la razón, llenándonos de terror y vergüenza por nuestro comportamiento.

—Somos animales —jadeé—, somos unos animales.

La niña corría a través del claro hacia la espesura del bosque. «¡Mientes, mientes!», seguía gritando, con tal furia que pensamos que había perdido la cabeza, pero corría directa a los brazos de su madre, pues ésta, para colmo de males, acababa de aparecer en el claro. Justo lo que nos faltaba. Estaba al tanto de todo, la Heller, pues había pasado por la escuela y la maestra se había ido de la lengua; lo supe, no tuve que preguntarlo. Y ahí estaba, aquella furia vengadora, con su hija sollozando abrazada a su regazo, y mirándonos con la misma mirada que su hija nos había lanzado. Por supuesto, nos conocía a todos y a cada uno de nosotros, a Feller, a Henzi, y por desgracia también al fiscal. La situación era embarazosa y grotesca, todos estábamos avergonzados y nos sentíamos ridículos. Todo aquello no era más que una comedia vil y lamentable. «¡Mentira, mentira, mentira!», seguía gritando la niña, fuera de sí. Matthäi se acercó a ellas, vencido, inseguro.

—Señora Heller —dijo, afable pero sumiso, lo cual no tenía sentido pues sólo restaba una cosa por hacer: poner punto final a todo aquel asunto, cerrar el caso de una vez por todas, desembarazarse de todas las suposiciones, daba lo mismo que existiera el asesino o no existiera—. Señora Heller, he sabido que un desconocido le ha dado chocolate a Annemarie. Tengo la sospecha de que se trata de la misma persona que hace unas semanas le dio chocolate a otra niña para atraerla a un bosque y, una vez allí, la asesinó.

Habló con tanta precisión, con un tono de voz tan formal, que estuve a punto de echarme a reír. La mujer le miró cara a cara, con calma. A continuación habló, usando un tono tan formal y afable como el de Matthäi.

—Señor Matthäi —preguntó, con suavidad—, ¿nos ha tenido usted a Annemarie y a mí en esa gasolinera sólo para atrapar a esa persona?

—No había otro camino, señora Heller —respondió el comisario.

—Es usted un cerdo —dijo la mujer con toda tranquilidad y sin hacer un solo gesto. Cogió a la niña y echó a andar por el bosque, hacia la gasolinera.

Allí nos quedamos, en el claro, ya la mitad en sombras, rodeados de viejas latas de conserva y rollos de alambre, hundidos los pies en cenizas y hojas. Todo había acabado, el plan se había convertido en algo risible, ridículo. Una debacle, una catástrofe. Sólo Matthäi guardaba la compostura. Estaba impecablemente erguido y digno en su mono azul. Se inclinó, yo no daba crédito a mis ojos y oídos, haciendo una concisa reverencia ante el fiscal, y dijo:

—Doctor Burkhard, ahora no nos queda otra cosa que hacer sino esperar. No hay otro camino. Esperar, esperar y seguir esperando. Si además pudiera usted proporcionarme seis hombres más y el equipo de radio, eso sería suficiente.

El fiscal miró alarmado a mi antiguo subordinado. Se había esperado cualquier cosa menos esto. Incluso estaba decidido a darnos su opinión sobre todo aquello. Ahora, en cambio, tragó saliva un par de veces, se llevó una mano a la frente, y de pronto se giró sobre sus talones y se alejó pisando fuerte a través de la hojarasca, hacia el bosque, junto con Henzi, hasta que desaparecieron ambos. A una señal mía, también Feller se marchó.

Estábamos solos Matthäi y yo.

—Ahora haga el favor de escucharme —le grité, decidido a hacerle entrar en razón e irritado conmigo mismo por haber apoyado e incluso haber hecho posible aquella locura—, la operación ha fracasado, debemos admitirlo, hemos esperado durante más de una semana y no ha venido nadie.

Matthäi no respondió. Miró alrededor, alerta, al acecho. Después caminó hasta el borde del bosque, rodeó el claro y regresó. Yo seguía allí, en el basurero, hundido hasta los tobillos en las cenizas.

—La niña le ha esperado —dijo.

Negué con la cabeza.

—No —repliqué—, la niña venía aquí para estar sola, para sentarse junto al arroyo, soñar con su muñeca y cantar «María se sentó en una piedra». Que estuviese esperando a alguien es una simple interpretación nuestra.

Matthäi me escuchaba con atención.

—Alguien le dio a Annemarie los erizos —dijo, testarudo, convencido aún.

—Alguien le dio chocolate a Annemarie —dije—, es cierto. ¡Cualquiera puede darle chocolate a una niña! Pero que las trufas sean los erizos del dibujo, eso es también una pura interpretación suya, Matthäi, y no hay nada que pruebe que se

corresponda con la realidad.

Matthäi calló de nuevo. Volvió a caminar hasta el borde del bosque, rodeó el claro de nuevo, buscó algo en un sitio donde las hojas caídas se habían ido amontonando, y después se rindió y regresó junto a mí.

—Este es el sitio para un asesinato —dijo—, puede sentirlo. Voy a seguir esperando.

—Pero eso es una locura —respondí, otra vez lleno de rabia y tedio, tiritando, cansado.

—El vendrá —dijo Matthäi.

Le grité, fuera de mí:

—¡Tonterías! ¡Bobadas! ¡Eso son estupideces!

Él pareció no haberme oído.

—Volvamos a la gasolinera —dijo.

Me alegró poder abandonar por fin aquel detestable lugar. El sol estaba ahora bajo, las sombras se alargaban, todo el valle ardía con un tono dorado, y el cielo sobre nosotros era puro azul; pero todo me era odioso, me sentía como si me hubieran deportado a una enorme postal kitsch. En seguida apareció la carretera y con ella los automóviles, los descapotables con gente vestida de colores chillones, un caudal irrefrenable que pasaba bramando. Era absurdo. Llegamos a la gasolinera. Junto a los surtidores estaba Feller, esperando en mi coche, ya medio dormido. Annemarie estaba sentada en el columpio, cantando con voz llorosa y cascada «María se sentó en una piedra», y había un muchacho apoyado en el quicio de la puerta, aparentemente un obrero de la fábrica de ladrillos, con la camisa abierta y el pecho velludo, y sonriendo entre dientes con un cigarrillo en la boca. Matthäi le ignoró. Entró en el pequeño local y fue hasta la mesa donde una vez nos habíamos sentado; yo le seguí. Puso sobre la mesa una botella de aguardiente y se sirvió un vaso tras otro. Yo estaba tan harto de todo que ni siquiera pude beber. No se veía a la Heller por ninguna parte.

—Será duro lo que tengo que hacer —dijo—, pero el claro no está lejos, ¿o cree usted que es mejor que espere aquí, en la gasolinera?

No respondí. Matthäi iba de un lado a otro, bebiendo, ignorando mi silencio.

—Es una lástima que Annemarie y su madre se hayan enterado —dijo—, pero ya se arreglará.

Fuera, el ruido del tráfico y la niña salmodiando «María se sentó en una piedra».

—Yo me marchó, Matthäi —le dije.

Él siguió bebiendo, sin mirarme.

—Esperaré un poco aquí y otro poco en el claro —decidió.

—Adiós —dije, y salí de la habitación, al aire libre, pasando por delante del muchacho y de la niña; le hice señas a Feller de que se sacudiera la modorra, y él me abrió la puerta del coche.

—A la Kasernenstrasse —le ordené.

Hasta aquí la historia, al menos en la medida en que mi pobre Matthäi figura en ella, siguió contando el ex comandante de la policía cantonal. [Este es el lugar adecuado para mencionar que nuestro viaje de Chur a Zurich ya había concluido hacía largo tiempo y que ahora el viejo y yo estábamos sentados en su amado Kronenhalle, tan a menudo citado en su narración, atendidos, naturalmente, por Emma, y bajo un cuadro de Gubler que había reemplazado al Miró, todo en consonancia con las costumbres de mi viejo acompañante. También señalaré que ya habíamos comido —*bollito milanese* [21]: era ésta una de sus tradiciones, así que por qué no compartirla—, eran casi las cuatro, y después del Café Partagás, que era como el comandante llamaba a su pasión por fumarse un habano mientras se tomaba un *espresso*, pidió un *Réserve du Patron* y me ofreció una segunda *Charlotte*. Además debería aclarar, aunque sólo sea desde un punto de vista técnico, y en honor a mi oficio y a la honestidad literaria, que por supuesto no he reproducido en todos sus detalles la narración de mi verboso compañero, y con esto no aludo tan sólo al hecho de que tanto él como yo hablábamos en suizo-alemán, sino a esas partes de su historia que no quiso relatar desde su propio punto de vista, desde su propia experiencia, sino desde un punto de vista objetivo, como hechos en sí: la escena, por ejemplo, en que Matthäi hace su promesa. En esos momentos he tenido yo que intervenir, elaborando y reelaborando, aunque por supuesto me he tomado un gran trabajo para no falsear los hechos, tratándolos como material que mi acompañante me proporcionó para trabajar sobre él con arreglo a las leyes de la literatura y convertirlo en algo publicable].

Por supuesto, continuó, volví a visitar a Matthäi en más de una ocasión, cada vez más convencido de que se había equivocado al considerar inocente al buhonero, puesto que no volvió a producirse ningún nuevo asesinato en los meses siguientes, ni en los años siguientes. En fin, no necesito entrar en detalles: el hombre se fue degradando, se convirtió en un borracho, se volvió estúpido; no había manera de ayudarlo ni de poder cambiar nada; los muchachos que de noche merodeaban por la gasolinera y silbaban, ya no lo hacían en vano; las cosas se pusieron feas, la policía del cantón realizó algunas redadas. Tuve que contárselo todo a mis colegas de Chur para que mirasen para otro lado. Allí siempre han sido más razonables que nosotros. Así que todo siguió su curso, un curso fatal, y el resultado ya lo ha visto usted. Es bastante triste, sobre todo por la niña, Annemarie, que tampoco ha seguido un buen rumbo. Tal vez porque distintas instituciones se entrometieron para ayudarla.

Cuidaban de ella, pero la niña se escapaba continuamente y regresaba a la gasolinera, en la que hace dos años instaló la Heller esa cantina tan cutre. El diablo sabe cómo consiguió la licencia; el caso es que eso le dio a la niña la puntilla. Se puso a trabajar allí. En todos los sentidos. Para decirlo todo, hace tan sólo cuatro meses que salió en libertad, después de un año en la prisión de Hindelbank; pero la chica no ha escarmentado. Usted ya ha podido constatarlo, no hace falta que siga. Pero lo que se habrá estado preguntando usted es qué tiene que ver mi relato con la crítica que le hice a su conferencia, y por qué llamé genio a Matthäi. Es comprensible. Usted objetará que una ocurrencia ocasional no es necesariamente una ocurrencia acertada o genial. También eso es cierto. Incluso puedo imaginarme lo que está maquinando usted en su coco de escritor. Lo único que hace falta, se dirá usted astutamente, es poner a Matthäi en el camino correcto, que atrape finalmente al asesino, y ya tiene usted la magnífica novela, o el gran guión de cine. Al fin y al cabo, la tarea del escritor consiste en aplicar una serie de trucos para hacer que las cosas se vuelvan transparentes y así la más alta idea resplandezca detrás de ellas y se vuelva aprehensible; es más, usando esos trucos, haciendo que Matthäi tenga éxito, mi arruinado detective no sólo se vuelve interesante, sino también una figura bíblica, una especie de moderno Abraham de esperanza y fe. Mi absurdo relato, el de cómo alguien persigue a un asesino inexistente porque cree en la inocencia de un culpable, se transforma en un relato lleno de sentido; en el reino de la poesía, el buhonero culpable se convierte en inocente, el asesino inexistente se hace real, y un suceso que tiende a ridiculizar el poder de la fe y la razón humanas se transforma en otro que ensalza por el contrario esos poderes; no tiene importancia si los hechos ocurrieron así o no, lo importante es que esa versión parezca posible. De ese modo, aproximadamente, me imagino yo el curso de sus pensamientos, y soy capaz de vaticinar que esa variante de mi historia es tan elevada y positiva que pronto verá la luz, ya sea en forma de novela o en forma de película. En general lo contará usted todo como yo he intentado contarle, sólo que más fácil de entender. Después de todo, es usted un profesional, y sólo hacia el final del relato dará vida al asesino y hará que triunfen la esperanza y la fe, con lo cual la historia se volverá aceptable para el mundo cristiano. Si es por eso, todavía se pueden discutir alternativas más morigeradas. Sugiero, por ejemplo, que apenas Matthäi descubra las trufas y con ellas el peligro que se cierne sobre Annemarie, se le haga imposible seguir con el plan de utilizar a la niña como cebo, ya sea por madura humanidad, ya sea por amor paternal, y ponga a salvo a Annemarie y a su madre y coloque junto al arroyo una muñeca gigante. Imponente y solemne, el asesino surge de la espesura bajo el sol del crepúsculo y se aproxima a la supuesta niña: es el mago de Annemarie, ansioso por volver a utilizar su navaja de afeitar; al descubrir que le han tendido una trampa diabólica, es presa del delirio y de la cólera; luego viene la pelea con Matthäi y los policías, y entonces, quizá como conclusión —tiene usted que disculpar mi tendencia a lo poético—, una conmovedora conversación entre el comisario herido y la niña, no

muy larga, sólo unas cuantas sentencias. ¿Por qué no? La niña podría haberse escabullido de junto a su madre para ir a reunirse con su querido mago, corriendo en pos de una inaudita dicha, y así, incluso después de tanto horror, podría brillar un rayo de maravillosa poesía, plena de tierna humanidad y abnegación. O puede ser que prefiera usted fabricar algo distinto, incluso es más probable: le conozco un poco, aunque, con la mano en el corazón, prefiero a Max Frisch; lo que a usted le interesará será justo el sinsentido, el hecho de que alguien crea en la inocencia de un culpable y busque a un asesino que no existe, que es como muy acertadamente hemos definido la situación. Pero ahora se vuelve usted más cruel que la propia realidad, por puro placer y para dejarnos en ridículo a los policías: Matthäi encuentra a un asesino, que resulta ser uno de esos santos de opereta que a usted tanto le gustan, uno de una secta, un predicador con el corazón de oro, quien por supuesto es inocente y simplemente incapaz de hacer el mal y que justo por eso, por medio de esos perversos trucos de usted, atrae sobre sí todas las sospechas. Matthäi liquida a esa alma pura, todas las pruebas encajan, por lo cual acogemos de nuevo entre nosotros al feliz detective como a un genio y celebramos su regreso a la policía. También eso sería imaginable. Ya ve usted, le tengo calado. Pero espero que no atribuya usted todo mi discurso al *Réserve du Patron*, aunque ya vamos por el segundo litro, es cierto; además debe presentir usted que aún me queda por contarle el final de la historia, si bien de mala gana; pues por desgracia esta historia tiene también su clímax —no voy a escondérselo—, y se trata de un clímax completamente sórdido, usted ya se imagina, tan sórdido que simplemente no hay forma de utilizarlo en ninguna novela o película decente. Es tan ridículo, estúpido y trivial, que de golpe y porrazo arruinaría el esfuerzo de trasladarlo al papel. Aunque hay que añadir, en honor a la verdad, que ese clímax fundamentalmente habla en favor de Matthäi, le hace justicia, le convierte en un genio, en un hombre capaz de penetrar en los factores de la realidad que a los demás se nos ocultan, que avanza a través de hipótesis y suposiciones que a los demás se nos hacen inviables y que casi llega a vislumbrar esas leyes que mantienen el mundo en movimiento y a las cuales los demás ni siquiera nos acercamos. Sólo a vislumbrarlas, naturalmente. Pues precisamente a causa de ese clímax espantoso, que existe, por desgracia —llamémoslo lo imprevisible, llamémoslo lo casual, si usted quiere—, su genialidad, sus planes y sus acciones se tornan mucho más dolorosamente absurdos que antes, cuando según la opinión de la Kasernenstrasse estaba equivocado: nada es más cruel que un genio que tropieza con algo estúpido. Cuando ocurre algo así, todo depende de la postura que adopte el genio respecto a ese algo ridículo con lo que ha tropezado: de si puede aceptarlo o no. Matthäi no pudo aceptarlo. Quería que sus cálculos saliesen también en la realidad. Por eso tuvo que negar la realidad y desembocar en el vacío. Así que mi historia termina de una manera particularmente triste, precisamente con la más banal de todas las «soluciones» posibles. Pero de vez en cuando es así como ocurre. Muchas veces la peor posibilidad es la correcta. Somos hombres, tenemos que contar con ello,

armarnos contra ello y sobre todo tener presente que la única manera de no estrellarnos contra lo absurdo, que está llamado a manifestarse cada vez más claramente y con más fuerza, y de hacer esta tierra habitable de algún modo, es ser humildes y contar con lo absurdo en nuestros cálculos. Nuestro entendimiento sólo ilumina el mundo de manera provisional. En la zona crepuscular de sus límites anidan todas las paradojas. Cuidémonos de creer que esos fantasmas son realidades «en sí», como si existiesen fuera del espíritu humano, o peor aún: no cometamos el error de considerarlas una equivocación evitable que podría incitarnos a interpretar el mundo de acuerdo con una especie de moral obstinada e intentar establecer una estructura racional sin fisuras, pues precisamente esa perfección sin fisuras sería su mentira mortal y un signo de terrible ceguera. Pero perdone que haya introducido este comentario en mitad de mi hermosa historia, un comentario filosóficamente impresentable, lo sé, pero concédale a este viejo tener algunos pensamientos sobre aquello que conoce por haberlo vivido. Tal vez esos pensamientos no sean tan inútiles, pues a pesar de ser tan sólo un policía, me esfuerzo sin embargo en ser un hombre, no un buey.

Bueno, fue el año pasado, y por supuesto otra vez un domingo, cuando recibí la llamada de un sacerdote católico y tuve que ir a visitar el hospital cantonal. Me faltaba poco para jubilarme, eran los últimos de mis días de oficina. De hecho, mi sucesor ya se encontraba en activo; no Henzi, que por fortuna no había conseguido el ascenso, a pesar de su Hottinger, sino un hombre de altura moral y rigor, dotado de un civismo que sólo puede ser beneficioso para el puesto. La llamada la había recibido en mi casa. Sólo acepté el ruego porque se trataba de algo importante que deseaba comunicarme una moribunda, lo que sucede muy a menudo. Era un día de diciembre, soleado pero frío. Todo desnudo, triste, melancólico. En momentos como ése, nuestra ciudad es para ponerse a aullar. En esas condiciones, ir a ver a una moribunda era una doble osadía. Por esa razón, y de un humor un tanto sombrío, me demoré un rato en el parque, dando vueltas alrededor del Arpa de Aeschbacher ^[22], hasta que finalmente entré en el edificio. Señora Schrott, clínica médica, pabellón privado. La habitación tenía vistas al parque. Estaba todo lleno de flores, rosas, gladiolos. Las cortinas no estaban echadas del todo. Los rayos del sol, oblicuos, caían sobre el suelo.

Junto a la ventana estaba sentado un sacerdote descomunal, con una cara escandalosamente roja y una barba gris y descuidada, y en la cama yacía una mujercita, vieja, de delicadas arrugas, el cabello ralo y del color de la nieve, extraordinariamente dulce, y evidentemente muy rica, a juzgar por el trato que allí le dispensaban. Junto a la cama había un complicado aparato, algún artilugio médico en el que desembocaban los diversos tubos que surgían de debajo de las mantas. La máquina estaba bajo la supervisión constante de una enfermera. Esta entraba en la habitación periódicamente, en silencio y en actitud vigilante, por lo cual la conversación se interrumpía con la misma periodicidad: quería mencionarle a usted este dato justo al principio.

Saludé. La anciana señora me miró con atención y sumamente tranquila. Su rostro era céreo, irreal, pero aún extrañamente vivaz. En sus arrugadas y amarillentas manos sostenía un librito negro con los cantos dorados, aparentemente un devocionario, pero apenas podía creerse que aquella mujer se estuviera muriendo, tan vital, tan entera era la fuerza que emanaba de ella, a pesar de todos aquellos tubos que salían de debajo de las mantas. El cura siguió sentado. Con un ademán tan majestuoso como desmañado, me señaló una silla junto a la cama.

—Siéntese —me dijo, y cuando yo me hube sentado, volvió su profunda voz

proveniente de la ventana ante la cual se alzaba él como una enorme silueta—: Cuénteles al comandante lo que tiene que contarle, señora Schrott. A las once celebraremos la extremaunción.

La señora Schrott sonrió. Sentía mucho causarme tantas molestias, aseguró con elegancia, y su voz era suave, ciertamente, pero clara, incluso animada.

Le mentí, asegurándole que no me molestaba en absoluto, convencido ahora de que la viejecita quería anunciarme la donación de un fondo para policías en apuros o algo parecido.

Lo que ella quería, prosiguió, era contarme una historia inofensiva y sin importancia, un suceso que probablemente ocurría en todas las familias una o más veces y que por eso se le había venido a la cabeza sólo entonces, al hallarse tan cerca de la eternidad, y no antes. Si lo había mencionado en su confesión había sido tan sólo por casualidad, ya que acababa de ir a verla una nieta de su único ahijado que llevaba flores y una faldita roja. El padre Beck se había exaltado y había comentado que debía contarme a mí aquella historia, ella no sabía por qué, todo aquello pertenecía al pasado, pero si el padre lo juzgaba oportuno...

—Cuénteselo, señora Schrott —resonó la voz junto a la ventana—, cuénteselo. — Y en la ciudad comenzaron a sonar, apagadas y lejanas, las campanas de las iglesias, anunciando el final del sermón. Lo intentaría, aseguró la anciana, haciendo una nueva tentativa de ponerse a parlotear. Hacía ya mucho tiempo que no contaba ninguna historia, desde la muerte de Emil, el hijo de su primer marido. Había muerto de consunción. Ahora sería tan viejo como yo, o mejor como el padre Beck. Pero ella quería imaginarse que yo era su hijo, y que también el padre Beck lo era, puesto que después de Emil había dado a luz a Markus, prematuro, que murió a los tres días de haber nacido tras sólo seis meses de gestación. El doctor Hobler había dicho que era lo mejor que podía pasarle a la criatura. Y así siguió su confusa charla durante un rato.

—Cuénteselo, señora Schrott, cuénteselo —la apremió el cura con su voz de bajo, sentado inmóvil ante la ventana, moviendo tan sólo de vez en cuando la mano derecha, como una especie de Moisés, para alisarse la salvaje barba gris, y emanando tibias oleadas de olor a ajo—. ¡Debemos proceder con la extremaunción!

Entonces, de repente, la anciana se convirtió en un ser lleno de orgullo e incluso aristocrático, levantó un poco su pequeña cabeza, y sus ojillos relampaguearon. Ella era una Stänzli, dijo, su abuelo había sido el coronel Stänzli, que había dirigido la retirada de Escholzmatt durante la guerra del Sonderbund ^[23], y su hermana se había casado con el coronel Stüssi, que había formado parte del Estado Mayor en Zurich durante la Primera Guerra Mundial y había sido íntimo amigo del general Ulrich Wille ^[24] y conocido personalmente al Kaiser Guillermo, como sin duda recordaría yo.

—Naturalmente —respondí yo, aburrido—, por supuesto. —¿Qué me importan a mí el viejo Wille y el Kaiser Guillermo?, pensé; cuénteme ya lo de la donación,

abuela. Si se hubiese podido fumar, un buen Suerdieck habría sido el mejor remedio de insuflar algo de aire salvaje en aquella atmósfera de hospital y olor a ajo. Y el cura insistía con su voz de órgano de iglesia, infatigable:

—Cuénteselo, señora Schrott, cuénteselo.

Yo debería saber, prosiguió la anciana —y aquí su rostro adoptó una expresión curiosamente obstinada, casi fulminante—, que su hermana y el marido de ésta, el coronel Stüssi, tuvieron la culpa de todo. Su hermana era diez años mayor que ella, tenía ahora noventa y nueve y llevaba viuda casi cuarenta años; poseía una villa en el Zürcherberg, acciones de Brown-Boveri y la mitad de la Bahnhofstrasse; y entonces, de la boca de aquella mujercita agonizante, brotó tan turbio torrente, o mejor dicho, tan soez cascada de injurias, que no me atrevo a repetirlas. Y al mismo tiempo la anciana se irguió un tanto, y su cabeza de níveos cabellos se bamboleó repetidas veces con viveza, como loca de alegría y placer por aquel ataque de cólera. Pero en seguida se tranquilizó de nuevo, al volver a entrar la enfermera, eah, señora Schrott, vuelva a tumbarse, despacito. La viejecita obedeció, e hizo un débil movimiento con la mano cuando volvimos a quedarnos solos. Explicó que todas aquellas flores se las enviaba su hermana, sólo para hacerla enojar, pues su hermana sabía de sobra que ella no soportaba las flores, que detestaba ver derrochar el dinero inútilmente; pero que no pensara yo que habían tenido algún altercado, no, siempre habían sido dulces y cariñosas la una con la otra, por pura maldad, naturalmente: era un rasgo de carácter de los Stänzli, esa cordialidad aun en el caso de no poder soportarse, y de esa cordialidad hacían uso para atormentarse entre sí y torturarse hasta hacerse sangre, y menos mal, pues, de no haber sido una familia tan disciplinada, aquello habría sido el infierno en la tierra.

—Cuénteselo, señora Schrott —la apremió una vez más el sacerdote—, los santos óleos esperan. —Y yo deseaba ya, no un pequeño Suerdieck, sino uno de mis gordos Bahianos.

Aquel infinito flujo verbal volvió a chapotear: se había casado en el año noventa y cinco con su querido Galuser, doctor en medicina de la ciudad de Chur, que Dios le tenga en su gloria. La boda no les había sentado bien a la hermana y al coronel, quienes, como ella bien sabía, no consideraban al doctor lo suficientemente noble, y cuando el coronel murió de gripe, al acabar la Primera Guerra Mundial, la hermana se volvió definitivamente insufrible: practicaba un verdadero culto en honor del militar muerto.

—Cuénteselo, señora Schrott, cuénteselo —la urgió el sacerdote, aunque de ninguna manera impaciente, a lo sumo delatando una tenue tristeza ante tamaño embrollo, mientras que yo me dejaba llevar, sobresaltándome a veces al oír—: Piense en los santos óleos, cuénteselo, cuénteselo.

No había nada que hacer, la mujercita seguía cotorreando en su lecho de muerte, infatigable, locuaz, a pesar de su voz gorjeante y de los tubos bajo las mantas, yéndose por las ramas. Yo esperaba vagamente, en la medida en que todavía me era

posible pensar, alguna banal historia sobre algún policía servicial, y la noticia de la donación de un fondo de algunos miles de francos para chincar a su hermana de noventa y nueve años; me preparaba para pronunciar unas cálidas palabras de agradecimiento y, reprimiendo firmemente mis irreales deseos de fumarme un cigarro, echaba de menos mi acostumbrado aperitivo y el tradicional almuerzo de los domingos en el Kronenhalle con mi mujer y mi hija. Entretanto la anciana seguía parloteando acerca de su segundo marido, con quien se casó tras fallecer el señor Galuser, el señor Schrott, a quien también Dios tenga en su gloria. El señor Schrott había sido para ella algo así como un chófer y un jardinero, pues se ocupaba de todos los trabajos que en una casa grande y vieja son ocupación preferente de los hombres, como arreglar la calefacción, reparar las ventanas y todo eso, y aunque su hermana no sólo no hizo ningún comentario al respecto, sino que incluso acudió a Chur para asistir a la boda, ella sabía que también ese matrimonio la disgustaba, aunque la hermana, para hacerla rabiar mucho más, jamás se lo había dejado ver. Y así se había convertido en la señora Schrott.

La anciana dejó escapar un suspiro. Fuera, en algún lugar del pasillo, las enfermeras cantaban. Un villancico.

—Bueno, fue una vida armoniosa la que llevé con mi amado esposo —continuó la mujercita, después de escuchar algunos compases de la canción—, aunque me imagino que para él fue algo más duro. Albert tenía veintitrés años cuando nos casamos (había nacido justo en 1900) y yo tenía ya cincuenta y cinco. Pero estoy segura de que fue lo mejor para él. Él era huérfano. Su madre era..., no quiero decir lo que era, y nadie sabía quién era su padre, ni siquiera cómo se llamaba. Mi primer marido lo había acogido cuando sólo tenía dieciséis años. No había encajado en la escuela, le costaba escribir, y leer. El matrimonio, simplemente, fue la solución más limpia. Una viuda siempre está en boca de todos, aunque en realidad yo nunca tuve nada con el pobre Albert, ni siquiera estando casados, algo comprensible, dada la diferencia de edad. Pero mis bienes eran escasos, necesitaba economizar para ir tirando con las rentas de mis casas en Zurich y Chur; pero qué iba a hacer el bueno de Albert con sus limitadas aptitudes mentales ahí fuera, en el duro combate de la vida. Habría estado perdido, y hay deberes cristianos que no se pueden eludir. Así que nos fuimos a vivir juntos, honorablemente; él se ocupaba de la casa y del jardín, era un hombre apuesto, he de reconocerlo, alto y fuerte, vestido siempre con pulcritud y formalidad; nunca tuve que avergonzarme de él, aunque casi nunca hablaba, excepto tal vez «sí, mami, por supuesto, mami», pero era dócil y moderado con la bebida, aunque con la comida sí que disfrutaba, en particular con los fideos, con la pasta en general, y el chocolate. Era su pasión. Pero de otra manera era un hombre como es debido y lo fue durante toda su vida, y desde luego más agradable y obediente que el chófer con el que se casó mi hermana cuatro años después, a pesar del coronel, y que tampoco tenía más de treinta años.

—Cuénteselo, señora Schrott —sopló desde la ventana la voz del sacerdote,

inconmovible e indiferente, al quedarse callada la mujercita durante unos instantes, aparentemente extenuada, mientras que yo seguía esperando ingenuamente la fundación para policías pobres.

La señora Schrott asintió.

—Verá usted, comandante —dijo—. En los años cuarenta, mi vida con Albert empezó a ir poco a poco cuesta abajo. No sé con exactitud qué es lo que no andaba bien, pero algo en su cabeza debía haberse dañado. Se volvió cada vez más inexpresivo y silencioso, se quedaba absorto y a menudo se pasaba días enteros sin hablar. Seguía haciendo su trabajo, como le correspondía, así que yo no podía echarle nada en cara, pero se pasaba horas dando vueltas por ahí en bicicleta. Tal vez la guerra le había afectado, o la circunstancia de que no le hubieran admitido en el ejército, ¡quién sabe lo que se le pasa a un hombre por la cabeza! Además, se volvió más glotón; por suerte, teníamos nuestras gallinas y nuestros conejos. Y entonces le sucedió al bueno de Albert lo que quería contarle a usted. La primera vez fue poco antes de que acabara la guerra.

Se calló, pues acababan de entrar otra vez la enfermera y un médico, los cuales examinaron tanto los aparatos como a la enferma. El médico era un alemán rubio, que parecía sacado de los grabados de un libro, alegre y enérgico en el desempeño de sus funciones rutinarias de domingo, cómo está usted, señora Schrott, cada vez más animada, ya empiezan a verse resultados, tenga paciencia, no se rinda ahora; después salió de la habitación, seguido por la enfermera, y el sacerdote volvió a insistir: «Cuénteselo, señora Schrott, la extremaunción es a las once», una perspectiva que no parecía alarmar a la señora lo más mínimo.

—Cada semana, el bueno de Albert iba a Zurich, a llevarle huevos a mi militarista hermana —empezó otra vez la mujercita—, ponía la cesta en la parte de atrás de la bicicleta y regresaba por la tarde, ya que solía partir temprano, a las cinco o las seis, siempre muy pulcro, vestido de negro y con sombrero redondo. Todo el mundo le saludaba amablemente cuando atravesaba Chur pedaleando, y luego continuaba carretera adelante, silbando su canción favorita: «Soy un muchacho suizo y amo a mi país». Esta vez fue un bochornoso día de pleno verano, dos días después de la fiesta nacional, y no regresó a casa hasta pasada la medianoche. Le oí trajinar largo rato en el cuarto de baño, entré y vi que el pobre Albert estaba todo cubierto de sangre, también la ropa. «Dios mío, Albert», le pregunté, «¿qué te ha pasado?» Tan sólo me miró, con una mirada estúpida, y dijo: «Un accidente, mami, todo va bien, ve a dormir, mami». Y yo me fui a dormir, aunque inquieta, puesto que no había visto ninguna herida. Pero a la mañana siguiente, cuando estábamos sentados a la mesa, él comiéndose sus cuatro huevos, como de costumbre, y su pan con mermelada, leí en el periódico que habían asesinado a una niña en Sankt-Gallen, aparentemente con una navaja de afeitar, y caí en la cuenta de que la noche antes, en el cuarto de baño, él había estado limpiando su navaja de afeitar, si bien sólo se afeitaba por las mañanas, y de repente comprendí lo que había ocurrido, fue como una iluminación, y me dirigí

completamente seria al pobre Albert y le dije: «Albert, has asesinado tú a esa niña en el cantón de Sankt-Gallen, ¿no es cierto?» Dejó de masticar los huevos y la mermelada y los pepinos y dijo: «Es cierto, mami, tenía que hacerlo, oí una voz desde el cielo». Y siguió comiendo. Saber que estaba tan enfermo me dejó trastornada. Lo sentí mucho por la niña. También pensé en llamar al doctor Sichler, no al viejo, sino a su hijo, que también es muy eficiente y comprensivo; pero después pensé en mi hermana, se volvería loca de alegría, aquel sería el día más hermoso de su vida, así que me planté decidida y firmemente frente a Albert y le dije expresamente: «Esto no puede volver a pasar nunca, nunca, nunca más». Y él dijo: «Sí, mami». «¿Cómo fue que ocurrió?», le pregunté. «Mami», dijo él, «cada vez que iba a Zurich por la carretera de Wattwil me encontraba con una niña con una faldita roja y trenzas rubias, es un gran rodeo, pero desde que conocí a la niña, allí junto al bosque, ya no podía dejar de dar ese rodeo, la voz desde el cielo, mami, y la voz desde el cielo me ordenó que jugara con la niña, y después la voz desde el cielo me ordenó que compartiese con ella mi chocolate y que después la matara, todo la voz desde el cielo, mami, y después me fui al bosque y me escondí detrás de un matorral hasta que llegó la noche, y después volví a casa contigo, mami». «Albert», dije yo, «desde ahora no vas a volver a ir en bicicleta a casa de mi hermana; le mandaremos los huevos por correo». «Sí, mami», dijo él, untó de mermelada otro trozo de pan y después salió al patio. Ahora tengo que contárselo todo al padre Beck, pensé, para que hable seriamente con Albert. Pero cuando miré por la ventana y vi al bueno de Albert allí a pleno sol tan entregado a sus tareas, completamente tranquilo e incluso un poco triste mientras reparaba la conejera, y contemplando el patio limpio como una patena, pensé: Lo hecho, hecho está. Albert es un buen hombre, en el fondo tiene un corazón de oro, y además eso no volverá a ocurrir.

La enfermera volvió a entrar en la habitación, consultó los aparatos, puso en orden los tubos, y la anciana volvió a recostarse en la almohada, aparentemente exhausta. Yo apenas me atrevía a respirar, el sudor me corría por la cara sin que yo le prestara atención. De repente tenía frío y me sentía doblemente ridículo al pensar que había estado esperando una donación de la anciana. Y luego estaban las flores, innumerables: rosas rojas y blancas, gladiolos encendidos, ásteres, zinnias, claveles que a saber de dónde procedían, un jarrón lleno de orquídeas, absurdo, pretencioso, y el sol tras las cortinas, y el voluminoso sacerdote inmóvil, el olor a ajo. Habría podido rugir de rabia, habría arrestado a aquella mujer, pero ya no tenía sentido, los santos óleos estaban listos, así que me quedé allí sentado, con mi traje de los domingos, ceremonioso e inútil.

—Siga contando, señora Schrott —la apremió pacientemente el sacerdote—, siga contándoselo.

Y ella siguió contando.

—Entonces las cosas con el bueno de Albert mejoraron mucho —dijo con voz tranquila y plácida, y era realmente como si les estuviese contando a dos niños un

cuento en el que el mal y lo absurdo son algo tan maravilloso como el bien—. No volvió a ir a Zurich. Pero al acabar la Segunda Guerra Mundial pudimos volver a usar el automóvil que yo había comprado en el año treinta y ocho porque el coche del señor Galuser, que Dios le tenga en su gloria, estaba pasado de moda. Así que el bueno de Albert me sacaba por ahí en nuestro Buick. Una vez incluso me llevó al Tamaro, en Ascona, y entonces pensé que, si conducir le hacía tan feliz, por qué no podía dejarle que volviese a Zurich: yendo en el Buick no habría peligro, tendría que conducir pendiente de la carretera y no podría oír ninguna voz procedente del cielo. Así que empezó a ir en coche hasta Zurich, como el hombre servicial y bien educado que era, a llevarle a mi hermana huevos y, algunas veces, un conejo. Pero por desgracia hubo una ocasión en que, de nuevo, no llegó a casa hasta pasada la medianoche. Fui en seguida al garaje. Lo había sospechado, porque Albert había estado cogiendo otra vez trufas de la bombonera, y allí le encontré, limpiando el interior del coche, que estaba lleno de sangre. «¿Has matado a otra niña, Albert?», le dije, con voz severa. «Mami», me dijo, «tranquila, no ha sido en el cantón de Sankt-Gallen, ha sido en el cantón de Schwyz, la voz del cielo lo ha querido, la niña tenía también una faldita roja y unas trenzas rubias». Pero yo no me tranquilicé, e incluso fui más severa con él que la primera vez; fui casi malvada. No se le permitiría usar el Buick en una semana. También quería ir a ver al padre Beck, estaba decidida; pero mi hermana se habría alegrado demasiado, no lo permitiría. Así que vigilé más de cerca al bueno de Albert, y vinieron dos años realmente buenos hasta que volvió a matar, porque la voz del cielo se lo había ordenado. Pobre Albert: estaba totalmente hundido y había llorado, pero yo ya lo había intuido por las trufas que faltaban en la bombonera. Había sido una niña del cantón de Zurich, también con faldita roja y trenzas rubias, es increíble el poco cuidado que ponen las madres al vestir a sus hijas.

—¿La niña se llamaba Gritli Moser? —pregunté.

—Se llamaba Gritli, y las otras dos, Sonja y Eveli —respondió la anciana señora—. Anoté los nombres de todas. Pero el pobre Albert estaba cada vez peor, empezaba a írsele la cabeza, había que decírselo todo diez veces, yo me pasaba el día riéndole como a un chiquillo. Y fue en el año cuarenta y nueve o cincuenta, ya no lo recuerdo con exactitud, unos pocos meses después de lo de Gritli, cuando volvió a mostrarse intranquilo y agitado; incluso el gallinero estaba patas arriba, y las gallinas andaban por ahí cacareando, porque Albert ya no les daba el pienso como es debido, y otra vez se pasaba las tardes dando vueltas por ahí en nuestro Buick, él decía que salía a dar un paseo, pero yo noté que volvían a faltar trufas en la bombonera. Así que me quedé al acecho, y cuando avanzaba sigiloso por la sala de estar, el pobre Albert, con la navaja de afeitar en el bolsillo como una estilográfica, aparecí de repente y le dije: «Albert, has encontrado a otra niña». «La voz del cielo, mami», respondió él, «por favor déjame, sólo esta vez, lo que manda el cielo hay que hacerlo, y tiene también una faldita roja y trenzas rubias». «Albert», le dije con severidad, «no puedo permitirlo, ¿dónde está la niña?» «No lejos de aquí, junto a una gasolinera», dijo el

bueno de Albert, «por favor, por favor, mami, déjame obedecer». Yo me mantuve firme. «De eso nada, Albert», le dije, «me lo habías prometido, ve a limpiar el gallinero y dales de comer algo decente a las gallinas». Entonces el bueno de Albert se enfureció, por primera vez en todos nuestros años de casados, que por otra parte fueron muy pacíficos, y gritó: «Sólo soy tu criado». Así estaba de enfermo. Y salió corriendo hacia el Buick con las trufas y la navaja de afeitar, y un cuarto de hora más tarde recibí una llamada telefónica: Albert había chocado contra un camión y había muerto. Vinieron el padre Beck y el capitán Bühler, de la policía, el cual fue tan atento que por esa razón he legado en mi testamento cinco mil francos para la policía de Chur, igual que he legado cinco mil a la policía de Zurich, pues poseo casas en esa ciudad, en la Freiestrasse. Y por supuesto ha venido también mi hermana con su chófer, para hacerme rabiar. Me ha echado a perder el entierro.

Miré fijamente a la anciana. Allí estaba por fin la donación que tanto había esperado. Me sentí como si hubiera hecho el ridículo.

Pero entonces hizo su aparición el doctor con dos asistentes y dos enfermeras: la visita había acabado. Me despedí de la señora Schrott.

—Hasta la próxima —dije, azorado y sin pensar, en mi cabeza el único deseo de marcharme tan rápidamente como me fuera posible, a lo cual respondió ella riéndose para sus adentros y el doctor observándome de una forma extraña; la escena era penosa; cuando finalmente salí al pasillo, me alegré de dejar atrás a la anciana, al sacerdote y a toda la concurrencia.

Por todas partes se veían visitantes con paquetes y flores, y por todas partes olía a hospital. Huí. La salida estaba cerca, ya me veía en el parque. Pero entonces pasó un hombre alto, vestido ceremoniosamente de oscuro y con sombrero y un rostro infantil y redondo, que empujaba una silla de ruedas en la que iba sentada una mujeruca arrugada y temblorosa. La anciana llevaba un abrigo de visón y sostenía con ambas manos enormes ramos de flores. Tal vez se trataba de la hermana de noventa y nueve años con su chófer, qué sabía yo, les miré horrorizado hasta que desaparecieron en el pabellón privado. Entonces casi eché a correr, me precipité hacia la salida pasando por entre enfermos en sillas de ruedas, convalecientes y visitantes, y sólo me tranquilicé un poco cuando me vi en el Kronenhalle. Ante una sopa de albóndigas.

Me fui derecho a Chur desde el Kronenhalle. Por desgracia, tenía que recoger a mi mujer y a mi hija, era domingo, les había prometido pasar la tarde con ellas y no quería dar explicaciones. No dije una palabra, conduje a una velocidad impropia de un policía, quizás aún podía salvarse algo. Pero mi familia no tuvo que pasarse mucho tiempo esperando en el coche delante de la gasolinera. El bar estaba completamente lleno. Annemarie acababa de salir de la prisión de Hindelbank, y por allí pululaban tipos de muy mala pinta. A pesar del calor, Matthäi estaba sentado en su banco, vestido con su mono de mecánico, fumando un puro y bebiendo absenta. Me senté a su lado y se lo conté todo con pocas palabras. Pero ya no había nada que hacer. Ni siquiera parecía escucharme. Dudé un momento, luego volví a mi Opel Kapitän y arranqué hacia Chur. Mi familia estaba impaciente, tenían hambre.

—¿No era ése Matthäi? —preguntó mi mujer que, como de costumbre, nunca se enteraba de nada.

—Sí.

—Creía que estaba en Jordania —dijo.

—No llegó a marcharse, querida.

En Chur tuvimos problemas para aparcar. La pastelería estaba llena de gente de Zurich poniéndose morada y sudando y con todos sus críos gritando, pero por fin encontramos una mesa y pedimos té y pasteles. Mi mujer volvió a llamar a la chica que nos había atendido.

—Por favor, pónganos también doscientos gramos de trufas.

Le sorprendió un poco, pero sólo un poco, que yo no quisiera probarlas. Por nada en el mundo.

Y ahora, amigo mío, haga usted lo que quiera con esta historia. Emma, la cuenta.



Friedrich Dürrenmatt (Konolfingen, 1921 - Neuchâtel, 1990) Dramaturgo y narrador suizo en lengua alemana, que fue además artista plástico. Hijo de un pastor protestante, estudió teología y filosofía en Berna y Zurich. Empezó trabajando como dibujante, grafista y crítico de teatro. «Escribo conociendo lo absurdo de este mundo, pero sin desesperar», dijo como comentario a sus comedias satíricas e inconventionalmente moralistas en las que, a menudo, se mezcla lo cruel con lo grotesco y que lo convirtieron en uno de los dramaturgos más significativos de la segunda mitad del siglo XX.

Inició su escritura teatral con *Está escrito* (1947), sobre los anabaptistas; *El ciego* (1948); *Rómulo el Grande* (1949), sobre la caída del Imperio Romano y la inutilidad de lo heroico; *El matrimonio del señor Mississippi* (1952), comedia satírica y paródica que trata la imposibilidad de cambiar la naturaleza humana; *Un ángel en Babilonia* (1954), en la que un ángel lleva a Babilonia, como regalo del cielo, a una joven que ha de pertenecer al más pobre de los mendigos, pero todos rechazan hacerse mendigos por esa joven; *Hércules y la cuadra de Augias* (1954).

En *La visita de la vieja dama* (1956), «una comedia trágica», los habitantes de una población empobrecida ven la posibilidad de enriquecerse mediante el asesinato de uno de sus conciudadanos, de quien la vieja dama, que fue su amor juvenil, trata de vengarse. La futura víctima adquiere grandeza trágica en la aceptación de su culpa. En 1964, Bernard Wicki convirtió el drama en una película con el título de *La visita del rencor* y Gottfried von Einem hizo sobre esta obra una ópera (1971, «*Der Besuch der alten Dame*»).

Los físicos (1962) presenta a un científico genial que se oculta, fingiéndose loco, en un manicomio, a fin de proteger al mundo de las consecuencias de sus descubrimientos. Otros dos físicos, agentes de sistemas políticos opuestos, que debían secuestrarlo, deciden renunciar, fingiéndose locos, a las consecuencias de la investigación. Pero la directora del manicomio se ha apropiado de los resultados de las investigaciones y los ha vendido al mejor postor.

Cabe mencionar otras obras teatrales como *Frank V*, *El meteoro* (1966), *Los anabaptistas*, *El rey Juan*, *Play Strindberg* (1969) y *Tito Andrónico*. De la prosa narrativa de Dürrenmatt destacan las novelas *La promesa*, *Griego busca griega* (1955) y la policíaca *El juez y su verdugo* (1952). Además de versiones propias de dramas, entre otros de W. Shakespeare y J. A. Strindberg, escribió también numerosas piezas radiofónicas y textos sobre teoría teatral.

Notas

[*] La cita es correcta. Esas líneas no se encuentran en la novela de Graham Greene y fueron aportadas, genialmente, por Orson Welles en la película de Carol Reed (la frase completa es: «**Recuerda lo que dijo no sé quién: en Italia, en treinta años de dominación de los Borgia, hubo guerras matanzas, asesinatos... Pero también Miguel Ángel, Leonardo y el Renacimiento. En Suiza, por el contrario, tuvieron quinientos años de amor, democracia y paz. ¿Y cuál fue el resultado? El reloj de cuco**»). Genialmente... pero de contenido inexacto, porque

1. La idea de los «**quinientos años de amor, democracia y paz**» tiene poco que ver con la historia de Suiza, que en tiempos de los Borgia tenía uno de los más completos ejércitos de Europa y, mucho antes de ser proclamada su «neutralidad en las guerras» (Tratado de Westfalia, 1648), estuvo metida en contiendas como la batalla de Marignano (1515) y las guerras de Kappel (Siglo XVI).
2. El reloj de cuco no es un invento suizo, sino alemán.

Al margen de esa puntilliosidad histórica, la frase de Orson, en la línea de la amoralidad de su personaje, Harry Lime, es efectivamente genial. (N. de E. D.) <<

[1] Chur: ciudad suiza, capital del cantón de los Grisones, en la Suiza Oriental, sede episcopal desde la Edad Media. Es frecuente usar su nombre italiano, Coira, en lugar del alemán Chur. <<

[2] Emil Staiger: profesor de literatura alemana de la Universidad de Zurich, autor de un monumental estudio sobre Goethe publicado en 1952. <<

[3] *Weltwoche*: revista semanal publicada en Zurich desde 1933 hasta la actualidad.

<<

[4] El cantón de los Grisones (en alemán, Graubünden) es el más oriental de los cantones suizos. Es una importante región vinícola. <<

[5] Kerenzerpass: puerto de montaña a 743 metros de altitud desde el cual se domina el lago Walen. <<

[6] Walensee: uno de los mayores lagos de Suiza, dividido entre los cantones de Sankt-Gallen y Glarus. Tiene una superficie de 24,19 kilómetros cuadrados. <<

[7] En el original, «Matthäi Am Letzten», expresión popular procedente del catecismo luterano en que se hace referencia al apóstol Mateo (Matthäi). Su sentido más habitual es el de advertir a alguien que debe ponerse en lo peor. <<

[8] Kasernenstrasse: literalmente, «calle de los barracones» o «calle de los cuarteles». Como se verá, se llama así por la presencia en la misma de un acuartelamiento militar. <<

[9] El föhn es un fenómeno meteorológico característico de los Alpes, consistente en un viento cálido y seco seguido de precipitaciones abundantes. <<

[10] Bernerplatte: cocido a base de distintas variedades de carne y embutidos, acompañado de verduras y patatas. <<

[11] Twanner: vino originario de la zona de Twann, en el cantón de Berna. <<

[12] SBB: Schweizerische Bundesbahn, principal compañía ferroviaria suiza. <<

[13] «So nimm denn meine Hände und führe mich»: canción religiosa con letra de Julie von Hausmann y música de Friedrich Silcher. <<

[14] Poderosa familia de la banca suiza. <<

[15] ETH: Eidgenössische Technische Hochschule, Escuela Técnica Superior de la Confederación Suiza. <<

[16] «Am Brunnen vor dem Töre»: canción con letra de Wilhelm Müller y música de Franz Schubert, titulada propiamente «Der Lindenbaum» <<

[17] «Mariechen sass auf einem Stein»: canción popular sobre una muchacha rubia que es abatida por un cazador hechizado que la confunde con un corzo. <<

[18] «Das Wandern ist des Müllers Lust»: canción con letra de Wilhelm Müller y música de Karl Friedrich Zöllner, muy popular entre los vagabundos y los excursionistas. No se refiere a la versión del mismo poema musicada por Franz Schubert e incluida en el ciclo *La bella molinera*. <<

[19] «Die Himmel rühmen des Ewigen Ehre»: himno religioso con letra de Christian Fürchtegott Gellert y música de Beethoven. <<

[20] Alude a una canción popular suiza. «De blogeti Hansli». <<

[21] Plato a base de carne, típico del norte de Italia. <<

[22] El Arpa es una escultura de Hans Aeschbacher, levantada en 1953 delante del hospital cantonal de Zurich. Fue motivo de polémica entre los habitantes de la ciudad a causa de su carácter no figurativo. <<

[23] La guerra del Sonderbund fue la breve guerra civil que tuvo lugar en Suiza en noviembre de 1847. <<

[24] Ulrich Wille: general del ejército suizo durante la Primera Guerra Mundial. <<